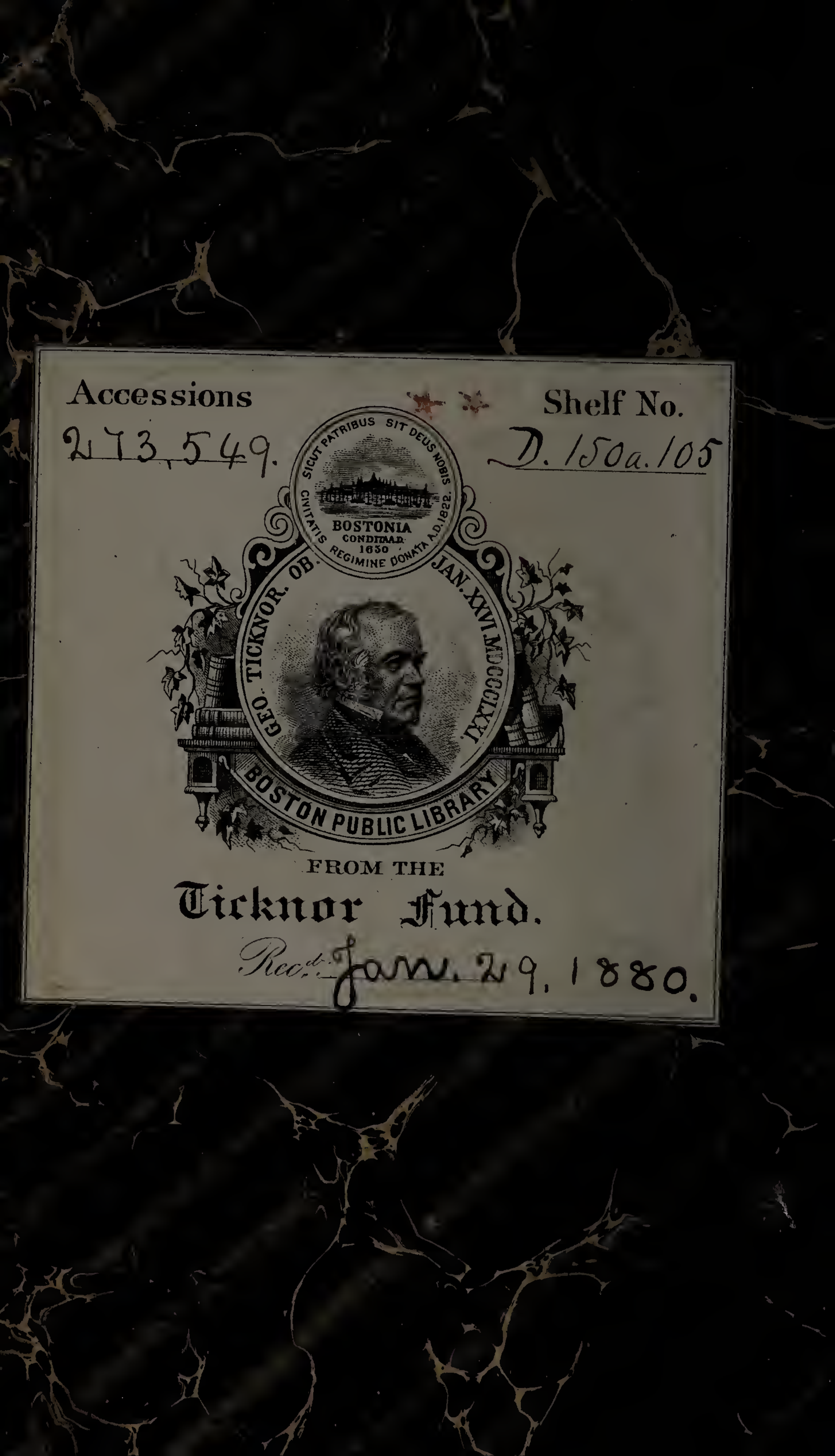
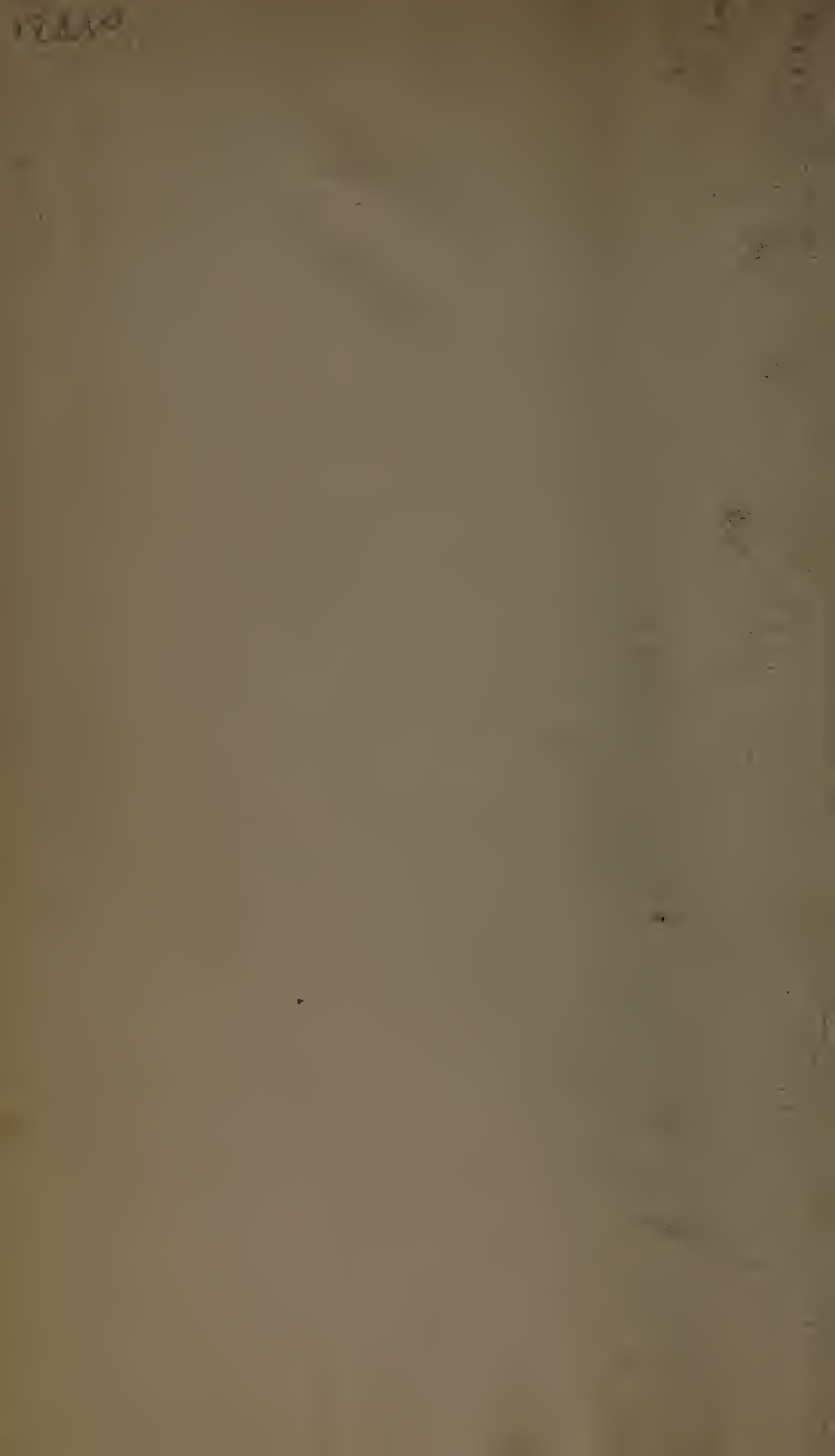
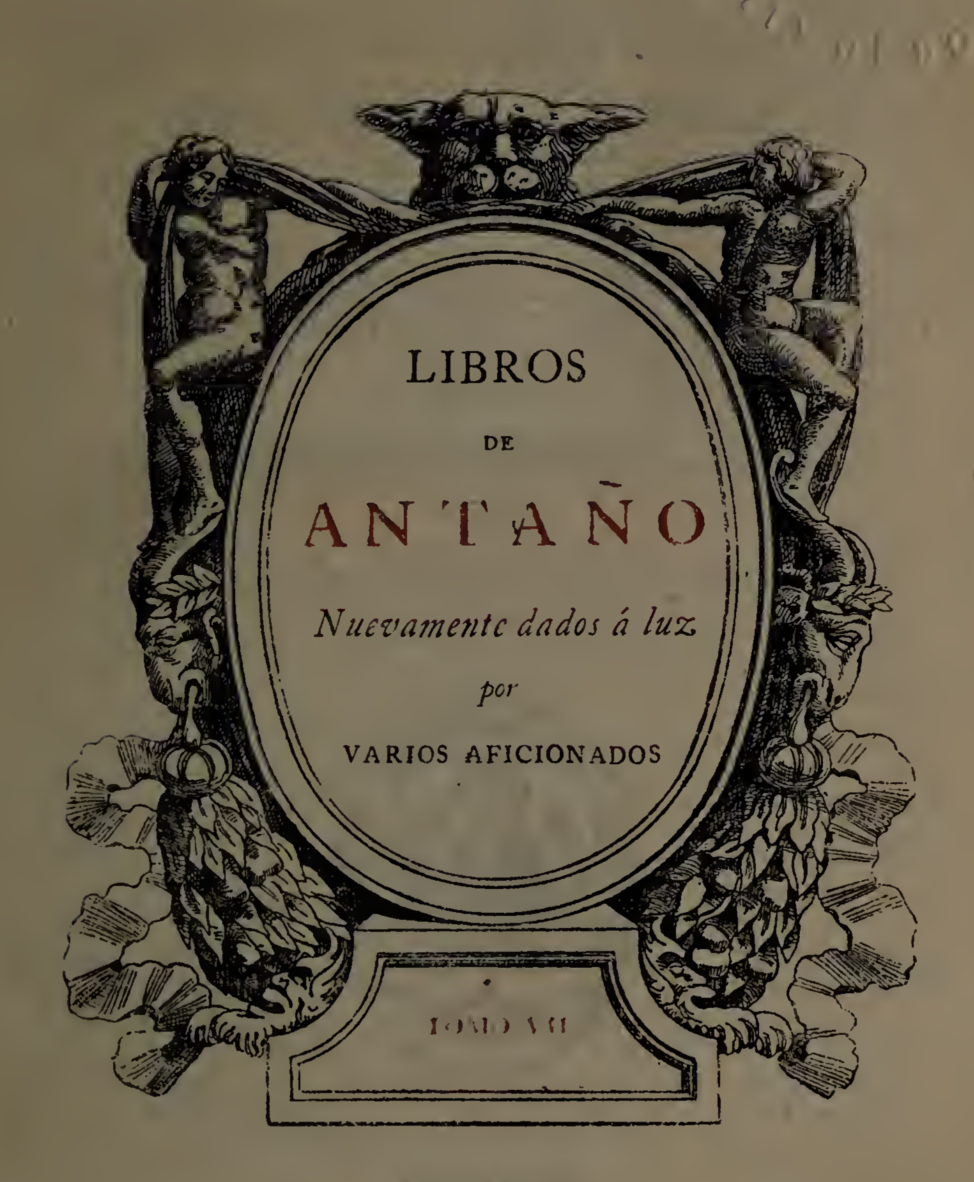




Accessions
273,549.
Shelf No.
D.150a.105
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D.1822.
GEO. TICKNOR, OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
FROM THE
Ticknor Fund.
Rec.d Jan. 29, 1880.







LIBROS

DE

ANTAÑO

Nuevamente dados á luz

por

VARIOS AFICIONADOS

TOMO VII

MADRID,
IMPRENTA, EST.ª Y GALV.ª DE ARIBAU Y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.
Calle del Duque de Osuna, n.º 3.
1877.

LA DESORDENADA CODICIA DE LOS BIENES AGENOS

Y LA

OPOSICION Y CONIVNCION

DE LOS

DOS GRANDES LUMINARES DE LA TIERRA

POR

EL Dr. CÁRLOS GARCÍA



MADRID
LIBRERÍA DE LOS BIBLIÓFILOS
—J. A. FERNANDO FÉ.—
C.ra de S. Jerónimo, 2

1877



ADVERTENCIA

Siguiendo el propósito que inspiró la coleccion de Libros de antaño, reimprimimos en el presente volúmen dos obras, que, tanto por sus asuntos, como por su estilo, merecen contarse entre las clásicas de la antigua literatura castellana; y que habian llegado ambas á hacerse raras. Una y otra se deben á un mismo Autor, que disfrazó probablemente su verdadero nombre bajo el de *Doctor Cárlos García*, y del cual se han ocultado hasta ahora noticias auténticas, áun al diligente y erudito D. Nicolás Antonio, quien, ademas, parece que sólo llegó á ver uno de sus dos libros (1). Éstos, sin

(1) «*Carolus García*, nescio quis, doctorem sese nuncupans, »non sine utriusque gentis invicem sibe emulæ observatione mul»ta, gallicè simul et hispanicè conscripsit: *Antipatía de los Fran»ceses y Españoles*. Rothomagí apud Gallos, 1627, 12.º Opus

embargo, hubieron de gozar gran popularidad, como lo prueban las numerosas reimpresiones y traducciones que, en particular el que va segundo en nuestra edicion, llegó en pocos años á alcanzar, y de las que darémos breve noticia al fin de esta *Advertencia.*

La desordenada codicia de los bienes ajenos, de que no conocemos otra edicion sino la hecha en París, en casa de Andres Tiffeno, 1619, 12.º, y sobre la cual se ha, por decirlo así, calcado nuestra reimpresion, aunque, al parecer, no logró tanto favor del público, presenta acaso más valor en el fondo y en la forma, dando tambien más claramente á conocer el talento, la instruccion y la experiencia del Autor. *La oposicion y conjuncion de los dos grandes luminares de la tierra*, si bien, á nuestro entender, inferior en condiciones literarias á la otra, hubo de deber tal vez á la oportunidad de las circunstancias en que vió la luz, reciente el matrimonio del Monarca frances con una Infanta española, la proteccion y el aura popular que le dieran, tanto la adulacion como la moda reinantes. Esas mismas

»hoc italicè reddidit Clodius Vilopoggius, Venetiisque ac Ma»ceratæ deinde prodiit apud heredes Grisæi, 1658, 12.º»—*Bibliotheca Hispana Nova*, edic. de Madrid, 1783, tom. I, pág. 232, col. 2.ª

mudables y caprichosas condiciones temporales pudieron tambien influir en que tres de las reimpresiones de *La oposicion y conjuncion* se publicasen con el diferente título de *Antipatia de los Franceses y Españoles*, sin variar su texto.

De todos modos, las dos obras en este volúmen insertas muestran bien el sello particular de la época, de transicion histórica y literaria para nuestra España, en que se escribieron. El espíritu bélico y aventurero, engendrado en las grandes empresas que tanto contribuyeron á ensanchar la dominacion española, á la par que los hábitos caballerescos y el no siempre fundado orgullo personal, habíanse infiltrado así en nuestras costumbres como en nuestra literatura. A medida que fueron cambiando los tiempos, cambiaron asimismo los tipos sociales y los géneros literarios; á los libros de caballerías sucedieron las novelas pastoriles primero, y las picarescas despues. Éstas, que tanta y tan permanente boga alcanzaron, debíanse tambien principalmente á las condiciones excepcionales y transitorias en que se halló una gran parte de nuestra Nacion en el primer tercio del siglo XVII: las numerosas clases que libraban su vida en el ejercicio de las armas quedaron en su mayoría ociosas y sin me-

dios de subsistencia, y hubieron de encontrarse en una falsa posicion, para salir de la cual, los más corrompidos y sagaces apelaron á la lisonja, á la astucia ó á la mendicidad y la vagancia, asociada frecuentemente con el delito y áun el crímen; no de otra manera llegaron á crearse los tipos y personajes que dieron asunto al *Guzman de Alfarache*, á *La Garduña de Sevilla* y tantas otras novelas del género picaresco.

Muchos de aquellos aventureros, llevados de su aficion al movimiento, ó buscando más fácil y ménos trillado camino á sus hambrientas y trapaceras mañas, refugiáronse en extranjeros reinos, y muy particularmente en la vecina Francia, donde, ya afiliados al séquito de un magnate, ya abanderizados en truhanescas compañías, ya por riesgo y cuenta propios, ganaban con mayor ó menor trabajo su vida. Eran los más de ellos gente tan dispuesta á enristrar la péñola para componer en prosa ó verso obras, en su mayor parte sacadas del propio natural, como para frecuentar antecámaras refiriendo cuentos, trayendo y llevando chismes, sirviendo de compañeros en no siempre santas aventuras, ó para enseñar la lengua española ó el pespunteo de una guitarra, para dar y recibir por cuenta ajena, y

no pocas veces con alevosía, cuchilladas y golpes, para ocupar, en fin, el término medio entre el ayo y el encubridor, el amigo y el criado, el bufon y el asesino.

Uno de estos tipos tan conocidos y comunes en nuestra literatura picaresca, antójasenos que hubo de ser el Autor que escribió bajo el nombre de Cárlos García, dándose á sí propio, como D. Nicolas Antonio dice, el título de doctor, para merecer el cual acaso no le faltaban letras, segun lo prueban las doctrinas, citas y máximas en sus libros esparcidas; pero que al propio tiempo muestra claramente en los argumentos que trata, en las anécdotas que refiere, en los extranjerismos que coloran su lenguaje, y en otras muchas circunstancias y condiciones de sus obras, los caractéres y resultados de una vida desigual, movible y aventurera. Digamos aquí de paso que para nosotros es indudable que García escribió sus libros única y exclusivamente en castellano, y no en esta lengua y en la francesa, como D. Nicolas Antonio dice. Bien claramente se indica en las portadas de todas las ediciones que hemos visto de *La Antipatía*, haber sido vertida ésta al frances por un señor R. D. B., ni, por otra parte, era fácil que nuestro

encubierto Autor manejase ambos idiomas con la soltura y abundancia tan necesarias, si habia de conservarse la propiedad, ligereza y donosura tan características en trabajos de este género, y que constituyen sus principales y más estimables cualidades.

No se nos oculta que á tales obras y á semejante Autor correspondia en este lugar más completo estudio y detenido análisis, que condujeran acaso á juicio crítico acabado y á investigacion perfecta; mas ni nuestras fuerzas alcanzan (ménos hoy que nunca, por circunstancias especiales) á tamaña tarea, ni cuadraria quizá tampoco á la índole ni á los términos de la empresa acometida en la Coleccion de los Libros de antaño.

Dispénsenos, pues, el lector que ciñamos esta *Advertencia* á las breves y someras observaciones que anteceden y á las que, segun lo ofrecido, pondrémos punto con la indicacion de ediciones que, de las obras del Dr. García, han llegado á nuestra noticia.

Del libro *La Desordenada codicia de los bienes ajenos* no conocemos otra edicion sino la de París, en 1619, cuya portada hemos reproducido lo más fielmente posible, y que constituye un volúmen en 12.º

de 347 págs., más cinco hojas al principio, de dedicatoria y tabla de capítulos, con texto solamente castellano.

De *La Oposicion y conjuncion de los dos grandes luminares de la tierra*, hemos visto, con este título, las siguientes ediciones, todas ellas en 12.º, y con el texto castellano y al frente la version francesa, hecha por R. D. B. s. d. l. c.

Una de París, en la imprenta de Francisco Huby, año 1617: 398 págs., más ocho hojas al principio, de portadas, dedicatorias y tablas de capítulos. Es la que reproducimos en este volúmen, aunque sólo su texto castellano.

Otra de Cambray, en la imprenta de Juan de la Ribera, 1622: 514 págs., más cinco hojas de portadas, dedicatorias y tablas de capítulos.

Otra de Gante, en la imprenta de Alexandro Sersanders, 1645: 398 págs., mas 11 al principio, de portadas, preliminares (1) y tablas de capítulos, y otra al fin, de emblema tipográfico. En esta edicion se omiten las iniciales del traductor frances.

(1) Estos preliminares son un proemio en defectuosísimo castellano, firmado A. S. C. V.; un prefacio con la firma A. S. L., en frances, tampoco muy correcto, y dos epítomes historiales de España y Francia, tambien en lengua francesa.

Con el título de *Antipatía de los Franceses y Españoles* hemos visto ejemplares de las ediciones siguientes, todas tambien en 12.° y con texto castellano y version francesa al frente.

Una de Rouen, en casa de Santiago Cailloüe, 1627, 401 págs., más tres hojas, de portada, dedicatoria y tabla de capítulos.

Otra de Cambray, por Juan de la Rivière (el mismo impresor de la edicion ántes citada de 1622), sin año. Esta edicion resulta idéntica á plana y renglon á la antecedente de Rouen, 1627, hecha con iguales tipos, y áun reproduciendo las propias erratas, faltas tipográficas y defectos materiales, por lo que sospechamos sea la misma, y que en ella no tuviese el impresor Juan de la Ribera más parte, que la portada, en que afrancesó su nombre.

Otra, tambien de Rouen, 1630, por el propio Santiago Cailloüe, que hizo la reseñada de 1627, y con ella idéntica á plana y renglon.

Por fin, sabemos positivamente que existen de esta última obra una traduccion inglesa, que hemos tenido en las manos sin poder tomar de ella nota, y la italiana que, segun se ha visto, menciona don Nicolas Antonio.

J. M. E.

LA DESORDENADA CODICIA DE LOS BIENES AGENOS.

Obra apazible y curiosa, en la qual se descubren los enrredos y marañas de los que no se contentan con su parte.

Dirigida al Illustrissimo y Excellentissimo Señor, Don Luys de Rohan, Conde de Rochafort.

EN PARIS,
En casa de Adrian Tiffeno, á la enseña de la Samaritana.

M DC XIX.



AL ILLUSTRÍSIMO Y EXCELENTÍSIMO

SEÑOR DON LUIS DE ROHAN,

CONDE DE ROCHAFORT.

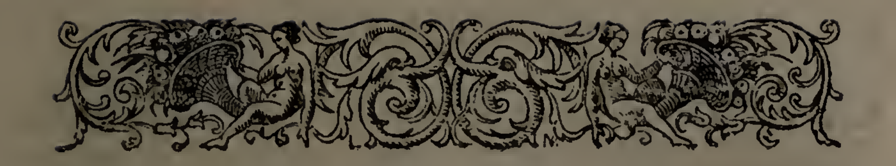
EXCMO. SEÑOR:

Si *los presentes que se hacen hubieran de estimarse por lo que ellos valen, y no por la voluntad con que se ofrecen, ni mi atrevimiento tuviera disculpa, ni el agravio de V. Ex.ª admitiera satisfaccion. Pero, considerando cuán propio sea de la nobleza favorecer los humildes de-*

seos de quien debajo sus alas se ampara, he querido echar mi pobre cornadillo en el templo, como la otra vejezuela, sacrificando un átomo á la inmensidad y ofreciendo un nada al todo. Recíbale V. Ex.ª, le suplico, no como obra digna de ese peregrino ingenio, sino como muestra de un ánimo obligado y agradecido, y no permita que su bajeza y estilo escurezcan la gloria que tendré cuando yo me confesáre y el mundo me tuviere por

Humillísimo criado de V. Ex.ª

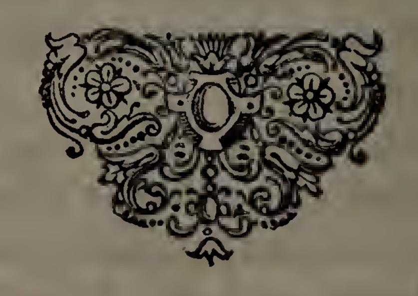
García.



TABLA

DE

LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN EL PRESENTE LIBRO.





LA

DESORDENADA CODICIA

DE LOS BIENES AJENOS.

CAPÍTULO I.

En el cual compara el Autor la miseria de la prision á las penas del infierno.

Es tan parecida la terribilidad que del infierno nos pintan las sagradas letras á la miseria que en la prision se padece, que, á no tener ésta la esperanza que á la otra falta, pudiéramos darle el título de verdadero infierno, pues en lo esencial tienen recíproca y cabal corres-

pondencia. De donde me maravilla en extremo la inútil diligencia que algunos escritores modernos hacen, buscando modos equivalentes con que declarar al mundo la ferocidad de aquella horrible habitacion, pudiendo conseguir su intento sólo con representar la desesperada vida que en la prision se padece; la cual y su extremada miseria será perfectamente conocida, si primero tratáremos por menudo las desdichas y lacérias que en el perpétuo infierno se pasan.

Los autores, que desta materia escriben, reducen las penas del infierno á dos puntos, el primero y más principal de los cuales es la privacion de la Divina Esencia, á quien ellos llaman pena esencial, por ser la que propiamente contiene cuantos tormentos se pueden imaginar en el infierno. Y es ésta de tan mala digestion, tan extremada y terrible, que, si el alma tuviere en el otro mundo cuantos placeres y gustos puede inventar el humano pensamiento, estando privada de Dios, no habrá cosa que tenga siquiera una mínima sombra de consuelo. Porque, siendo Dios la raíz y fuente de todo lo bueno, y estando en solo él depositados cuantos contentos y alegría hay en el mundo, es llano que con él tendrá el alma

todo el consuelo posible, y sin él un infinito abismo de confusion y dolor: con el cual y la certidumbre que tiene de que su mal no se acabará jamás, maldice su sér, su nacimiento y los dias que vivió.

La otra pena, que en el infierno tienen los condenados, es la accidental, llamada así por ajuntarse á la primera como accidente; la cual no sirve de otro, que de avivar la aprension del condenado, precipitándole en la amarga contemplacion de su miseria. Á ésta se reducen la miserable compañía de los demonios, la horrible y espantosa habitacion del infierno, la diversidad de tormento, las contínuas lamentaciones, el cáos, desórden, confusion, fuego, temblor, sufre, tinieblas y otras mil aflicciones que allí se pasan, de las cuales y de la privacion de la Divina Esencia está compuesto el miserable y perpétuo infierno.

Y cuanto á la variedad de ministros que en aquella tenebrosa caverna residen, ya se sabe que en la sangrienta batalla que tuvo el arcángel San Miguel con Lucifer sobre la honra y silla de su Criador, cayeron del cielo y de lo más alto de su perfeccion á los abismos y boquerones del infierno, no solamente él, pero gran número de ángeles, los cuales fueron

cómplices de su maldito deseo y temeraria pretension. Y éstos, aunque igualmente participan la pena esencial, que es la privacion de Dios, con todo eso, tienen entre sí alguna diferencia, ora sea por ser cada uno de su especie, como dice un doctor de la Iglesia, ora por lo más ó ménos que hubo de consentimiento en su malicia. Porque, sin duda, los que obstinadamente defendieron la insolencia de Lucifer cayeron en lo más bajo y profundo de la tierra, cual es el centro del mundo, adonde los teólogos constituyen el infierno. Y los que no fueron tan vehementes y protervos, sino que tibiamente aprobaron su pretension con cierta y determinada complacencia, no cayeron tan abajo, quiero decir, que la pena accidental déstos no fué tan grande como la de aquéllos: y así desta suerte se fué diversificando la pena accidental destos espíritus, segun los grados de más ó ménos malicia que en su pecado tuvieron. De donde, y de la diversidad de oficios que entre ellos hay, vienen á llamarse unos subterráneos, otros ácueos, otros aéreos, ígneos, orientales, occidentales, etc. Y aunque en el infierno no hay órden alguno, como dice Job, con todo eso, entre los sobredichos espíritus hay un cierto gobierno y órden, suborde-

nándose en várias y diversas compañías, con diversos grados y calidades; así como los ángeles buenos en la celestial Hierusalen están por su órden divididos en ángeles, arcángeles, tronos, potestades, querubines, serafines y demas hierarquías.

Todas las legiones de demonios, que del cielo cayeron, quedaron sujetas al arcángel San Miguel, el cual tiene sobre todas mando y señorío, así como tambien (segun los cabalistas dicen) cada ángel bueno de los príncipes tiene imperio sobre una legion. Y ultra la obediencia que todos deben á San Miguel, como á capitan general, despues de Dios, tienen tambien entre ellos su príncipe de maldad, á quien se humillan y obedecen, y de quien se derivan varios lugares-tinientes y gobernadores, los cuales dividen enteramente el gobierno de toda la infernal milicia, teniendo cada uno de ellos á su cargo la disposicion y buen órden de su escuadra. No de otra suerte, que en un bien compuesto ejército, siendo grande la multitud de soldados, se reparte el cuerpo dél en varios y diversos gobernadores, como son general, maestre de campo, capitanes, alférez, sargentos, cabos de escuadra y otros á este talle, los cuales disponen con toda puntualidad el ejér-

cito y soldados. Y así como destos hay varios oficios, siendo unos de á pié, otros de á caballo, unos piqueros, otros mosqueteros, otros gastadores, y finalmente de diversos entretenimientos y empleo, así tambien entre los malignos espíritus hay diversos oficios y condiciones, tentando unos de avaricia, otros de lujuria, otros de ambicion, y, finalmente, cada pecado particular tiene determinados y señalados ministros, teniendo todos uniformemente un solo fin y blanco, que es llevar el alma al infierno.

En este diabólico ejército hay unos demonios que no salen jamas del infierno, sino que están siempre encerrados en él, recibiendo las almas que entran allá, y dándoles el lugar, puesto y especie de tormento que sus pecados merecen; y otros que siempre andan vagabundos, rodeando la tierra y buscando almas que llevar al infierno. Pero nadie piense que éstos tienen poder ni autoridad de llevar el alma al infierno, ni aquéllos de encerralle en sus lóbregas y escuras cavernas, sino es por particular mandamiento y comision de Dios, pronunciado por San Miguel ó otros ángeles buenos. Y esto hay, cuanto á los ministros del infierno.

Por cuento de su capacidad y anchura, digo que es tan grande, que en él entran toda suerte de pecadores y delincuentes, estando ordinariamente poblado de blasfemos, perjuros, homicidas, lujuriosos, invidiosos y, finalmente, toda suerte de malhechores; los cuales, aunque comunmente tienen la pena esencial, que es la privacion de Dios, y todos están en el infierno, con todo eso, las moradas y puestos son diferentes, segun los merecimientos de cada uno; pues es cierto que no será tanta la pena del que debe poco, como la que tiene el que mucho debe; creyendo firmemente que aquel justo Juez da así el premio como el castigo, á cada uno segun lo que merece.

Á toda la sobredicha variedad se ajunta la extremada confusion del infierno, el desórden, inquietud, desconcierto y contínua agitacion que en él hay, pues es llano que donde la rabia y desesperacion reinan, no puede esperarse alguna uniformidad y acuerdo.

Este es el estado, práctica y disposicion de aquella infernal habitacion y horrible caverna, vivo retrato de la desesperada vida que en la prision se padece; en la cual hallará el contemplativo tan cabal y recíproca correspondencia, que casi sólo el nombre tienen diferen-

te. Porque, primeramente, á la pena esencial del infierno, que es la privacion de la Divina Esencia, corresponde en la prision la privacion de la libertad, á la cual con justo título podemos llamar pena esencial, por ser la reina de todas cuantas aprensiones y motivos de dolor pueden afligir un honrado entendimiento. Y así como en aquélla, estando el alma privada de Dios, lo está tambien de todos los placeres del mundo, de la propia suerte en ésta no goza de cosa que tenga sombra de contento; porque, aunque un encarcelado anduviese vestido de púrpura, servido como un rey, sustentado con los más delicados manjares del mundo, su cámara cubierta de brocado, entretenido con todo género de música, visitado de sus parientes y amigos y lo demas que puede desearse, no tendria el mínimo consuelo del mundo, ántes bien lo tendrá ménos, porque todas estas cosas no sirven, que de despertalle más el apetito á desear lo que los otros gozan y él no puede alcanzar: de donde viene á aumentarse la privacion, y por consiguiente la pena.

La fortaleza y rigor deste fiero monstruo podrá fácilmente conocerse por la bondad de su contrario, siendo cosa infalible que tanto será mala la privacion de una cosa, cuanto

fuere buena la posesion della. Y siendo la libertad la más preciosa joya del alma, y la mayor perfeccion que el inmenso Autor del universo plantó en la criatura racional, es cierto que su privacion será la más perversa é insoportable de todas. Que la libertad sea la que encamina y dirige las acciones del hombre á varios y diversos fines, sin violencia, con gusto, escogiendo y mandando, la experiencia lo enseña: en lo cual el Supremo Artífice quiso diferenciar al hombre de los animales brutos, el fin de los cuales se alcanza por un instinto natural, que les lleva, como por el cabestro, al apetito y complacencia de él. Y que la libertad sea tan poderosa que haga al hombre tan absoluto y señor, que, habiéndole propuesto el entendimiento lo bueno, perfecto, honesto y deleitable, pueda determinarse á amallo, y tambien á no hacello, sin que pueda pedille residencia de este absoluto imperio otro que Dios, la natural filosofía lo dice; como tambien que por la absoluta independencia de sus acciones haya el hombre alcanzado la imágen y semejanza de Dios, y con esto la perfeccion más subida de punto que podia pretender. De donde y de otras razones, que aquí pudiera traer, se ve claramente que no hay cosa en este

mundo á que con más propriedad pueda compararse la pena esencial del infierno, que á la privacion de la libertad, pues trae al hombre á tal extremo, que se aborrezca á sí mismo, su sér, su constitucion y estado.

Bien sabe la verdad que voy escribiendo el que algun tiempo ha estado en la prision, amarrado con cadenas y hierros, sujeto á las inclemencias y rabia de esta terrible habitacion, maldiciendo, aunque noble y bien nacido, su sér, su condicion y nobleza, deseando ser mucho ménos, ó arrepintiéndose de haber sido tanto; en medio de la cual desesperacion envidia la tranquilidad y pacífica condicion de la gente plebeya, baja y ladina, y quisiera haber nacido entre ellos. Maldice sus acciones, sus estudios, los puntos de nobleza que le enseñaron sus padres y el entendimiento que tiene, pareciéndole que, si fuera un tonto, ignorante é idiota, no se viera en tan miserable trance ni extremada pena. Y si la desesperacion le dejase entre los individuos de su misma especie y naturaleza, no fuera poco; pero le va apurando y consumiendo con el fuego de la impaciencia de tal suerte, que le saca del sér racional y le reduce al de bestia bruta, y entre éstas, á la más baja é ínfima especie,

pues, suspirando la libertad, invidia el ave que vuela, al perro que ladra y la hormiga que camina, deseando ser uno dellos. Y no para aquí el veneno deste fiero animal; porque apretando esta furiosa aprension á un pobre encarcelado, no solamente le saca del órden y categoría de los animales, deseando ser árbol, estatua ó piedra, pero le reduce al nada, pesándole de haber nacido en el mundo. De donde se ve claramente que, haciendo la privacion de la libertad en el hombre un cambio tan desdichado, como es precipitalle de lo más alto y perfecto de su inclinacion y apetito á lo más bajo é ínfimo, y de la imágen y semejanza de Dios al nada, es la más fuerte y rigurosa pena que se puede imaginar y la que puntualmente retrata la esencial del infierno.

Á la pena accidental corresponden las casi innumerables aflicciones y calamidades que van siguiendo la privacion de la libertad, cuales son la hediondez de la prision, la desordenada fábrica de sus edificios, la infame compañía, las contínuas y desmesuradas voces, la variedad de naciones, los humores diferentes, la vergüenza, la persecucion, mofa y escarnio, la crueldad, el tormento, los azotes, la pobreza y otras casi innumerables miserias, que en

la prision se padecen, de las cuales y de la privacion de la libertad está compuesto este vivo retrato del perpétuo infierno.

Cuánto á sus ministros y ejecutores, nadie me negará que toda la tierra esté llena y cubierta de diablos encarnados, en su especie más obstinados y malditos que los del perpétuo infierno, y de éstos, la mayor parte caidos, como otro Lucifer y sus secuaces, del cielo de la honra; quiero decir, que por deméritos y pecados cometidos, el ángel San Miguel, que es la justicia, les ha echado del comercio y habitacion de los buenos. Y viéndose abatidos y deshonrados, han tomado el oficio de diablos para vengarse de las pobres almas inocentes, corriendo el dia y la noche por las calles, mercados y plazas públicas de la ciudad, oliendo y buscando gente que traer á la prision. Y éstos son los que el vulgo llama verguetas ó corchetes; los cuales con tal rabia y tiranía arrastran un pobre hombre á la cárcel, que los del perpétuo infierno no les hacen ventaja. Y si alguna diferencia podemos señalar entre ellos, es que los infernales huyen de la cruz; pero éstos de la prision aman, reverencian y adoran esta bendita señal, de tal suerte, que quien con ellos quisiere negociar bien y convertir algun

poco su aspereza y rigor en piedad y blandura, es necesario que vaya siempre con la cruz en las manos, porque en el punto que la dejáre, le atormentarán diez veces más de lo que merece su pecado. Y en dando con el lance, luégo dicen el *Pater noster* por el alma que prenden hasta el *Da nobis hodie*, y no pasan de allí.

Estos demonios son los que ordinariamente van paseando las calles y plazas de la ciudad, buscando las almas por los más secretos lugares della: la multitud, oficio y vacacion de los cuales es tanta, que no pienso haya más legiones de diablos en el infierno, que corchetes en la república.. Entre éstos, unos hay de á caballo, los cuales toman á su cargo ir por los campos desiertos y lugares más apartados á prender las almas y traelles á la prision; los cuales, por ser de una naturaleza más alta y relevada que los demas, podemos llamarles orientales y de la region del fuego. Y éstos se llaman arqueros, cuya legion y cuadrilla tiene por capitan y caudillo un gran diablo á quien ellos llaman Prevosto.

Otros diablos hay en este infierno, inferiores á los sobredichos, los cuales van ordinariamente de diez en diez ó de veinte en veinte, disimulados y encubiertos, por ver si podrán

pescar una pobre alma á traicion. Son tan cobardes, pusilánimes y afeminados, que muchas veces se juntan cuarenta para prender un hombre, y áun no se atreven á hacello solos y sin la asistencia y amparo de un diablo de ropa larga, que ordinariamente les acompaña. Van siempre rotos, despedazados, maltratados y desnudos; y ésta es la más baja é ínfima legion de todos cuantos hay, como los subterráneos y duendes, á los cuales el vulgo suele llamar corchetes de vara.

Cada legion de estos demonios tiene infinitos semidiablos, los cuales con grandísima astucia y cautela andan disfrazados y encubiertos por la ciudad, reconociendo todo lo que en ella se pasa. Toman y truecan cada dia mil formas y figuras, mostrándose en cada conversacion de su manera, haciéndose en una ocasion de la tierra, en otra extranjero, ya de una profesion y calidad, ya de otra diferente. Son éstos los que con grande sutileza y artificio descubren la presa, de la suerte que los podencos las perdices, llevando los sobredichos demonios al lugar propio del alma, señalándosela con el dedo; y á éstos llamamos nosotros espías, y entre ellos se llaman recors.

Otros demonios hay, que se precian de más

nobles y corteses, cuyo oficio es intimar penas, requestas y comisiones, abonar por el alma y cargarse de ella, respondiendo por su causa siempre y cuando que el juez la pidiere. Y aunque está en su guarda de ellos, le dan siempre tiempo y lugar para solicitar sus negocios, visitar sus jueces y litigar su causa, usando con ella alguna misericordia y amistad; finalmente, tienen la naturaleza mezclada de bondad y malicia, y son entre diablos y ángeles, á los cuales, por la familiaridad que tienen con el hombre, podemos llamarles aéreos. Y éstos llama el vulgo porteros.

Todos los sobredichos demonios y otras muchas diferencias de ellos, que por evitar la prolijidad no refiero, se hallan en el mundo, cada uno de los cuales va por diferentes caminos llevando almas al infierno de la prision: los cuales todos, al modo de los malignos espíritus, están divididos en diversas legiones y cuadrillas, pero no atormentan las almas, porque no entran en el infierno, solamente las entregan al lugartiniente de Lucifer, que es el carcelero, y luégo se vuelven á sus habitaciones y ranchos para dar cuenta al capitan de las tentaciones que han hecho aquel dia, y del número de almas que han llevado á la prision,

contando cada uno la traza y astucia que tuvo en su infernal oficio.

Otros demonios hay que no salen jamas de la prision, ni tienen otro empleo que atormentar las pobres almas que allí entran. Y éstos son tan tiranos, tan crueles y desalmados, que no satisfacen su rabiosa hambre, sino chupando la sangre y la vida del pobre que en sus manos cae; pues hasta que le agotan la bolsa, no le dejan respirar. Y éstos son los guijetieros ó mozos del carcelero; el cual, como presidente de esta horrible habitacion, recibe el encarcelado de las manos de los corchetes y asienta en su libro el dia de su entrada, su acusacion, su nombre y el del diablo que le prendió.

Estos demonios encerrados no tienen poder ni autoridad de atormentar el alma que los otros traen, ni los otros de prendelle, sino es por mandamiento de la justicia, declarado por San Miguel ó algun otro ángel de luz; quiero decir, por algun honrado ministro, que con verdad y razon mande, por una firma escrita, á estos malignos espíritus que prendan el alma.

Cuánto á lo demas, bien se ve que cada corchete puede traer un hombre á la prision, así como cualquier diablo puede llevar el alma al infierno; pues ordinariamente entran infini-

tos encarcelados y cada uno por su juez diferente.

Por lo que es la diversidad de moradas y habitacion, verá el curioso muchas y diferentes en la prision, acomodadas cada una dellas al delicto del encarcelado. Porque el que no fuere criminal y es noble, ordinariamente le aloxan en las cámaras más claras y bien adrezadas (advirtiendo que la nobleza de la prision consiste en la buena bolsa). Los que no son de tanta calidad y merecimiento, les acomodan en ciertas cámaras obscuras y negras, adonde continuamente presiden el humo y telarañas; y los inferiores á éstos, en la pallaza, así como tambien á los demàsiadamente criminales, en la bruna, torre ó calabozo.

Tiene tambien la prision la propiedad del infierno, que es recibir toda suerte de pecadores y criminales, estando ordinariamente poblada y llena de ladrones, cigarreros, cortabolsas, terceros, monjas de la P., homicidas, perjuros, bancos-rotos, estafadores, usureros, brujas, y finalmente, tanta variedad, cuanta de animales entraron en el arca de Noé, sin que á alguno se rehuse la entrada ni cierre la puerta.

Desta notable variedad se compone el caos

confuso de la prision, con otras mil circunstancias que le acompañan, las cuales, por ser del todo desordenadas y sin límite, no podré reducillas á un solo término, ni dalles una dificion esencial que comprenda universalmente todas las miserias desta horrible habitacion, y si ya no quisiere contentarse el curioso con la analogía y proporcion que tiene con el perpétuo infierno. La cual, supuesta como cosa tan propria de la prision, podrémos descrebilla por sus propiedades y la experiencia, diciendo que la prision no es otro, que una tierra de calamidad, morada de tinieblas y habitacion de miseria, adonde sempiterno horror y ningun órden habita. Es un cáos confuso, sin distincion alguna. Es un abismo de violencia, en el cual no hay cosa que esté en su centro. Es una torre de Babilonia, adonde todos hablan y nadie se entiende. Es un compuesto contra natura, en quien se ve la paz de dos contrarios, mezclándose el noble con el infame, el rico con el pobre, el civil con el criminal y el pecador con el justo. Es una comunidad sin concierto, un todo *per accidens*, un compuesto sin partes, una religion sin estatutos y un cuerpo sin cabeza. Es la prision sepultura de nobleza, destierro de la cortesía, veneno de la

honra, centro de la infamia, quinta esencia del desprecio, infierno de buenos entendimientos, trampa de pretensiones, paraíso del engaño, martirio de la inocencia, nublado de la verdad, tesoro de la desesperacion, crisol de la amistad, despertador de la rabia, cebo de la impaciencia, minera de traiciones, madriguera de zorras, refugio de la venganza, castigo de la fortaleza y verdugo de la vida. Aquí, el que ayer era grande, hoy es pequeño; el que estaba próspero en la ciudad, muere de hambre; el que vestia galas, va desnudo; el que mandaba, obedece; el que tenía su puerta llena de carrozas y gualdrapas, no halla un negro que le venga á visitar. Aquí la urbanidad se convierte en insolencia, el atrevimiento en subtileza, la desvergüenza en virtud, la blasfemia en valentía, la lisonja en elocuencia, la mentira en verdad, el silencio en voces, la modestia en desenvoltura, la ciencia en ignorancia y el órden en confusion. Y, por rematar la miseria deste desdichado lugar, concluyo con decir que es un bosque de animales fieros, en el cual uno despedaza y devora al otro, comiéndole el corazon y bebiéndole la sangre, sin que pueda detenelles algun escrúpulo de conciencia, temor de Dios, recelo, amor, compasion, ni otro

cualquier respecto que tenga sombra de virtud ni bondad. Aquí uno llora, otro canta; uno ora, otro blasfema; uno duerme, otro se pasea; uno sale, otro entra; á uno condenan, á otro libran; uno paga, otro pide, y, finalmente, apénas se hallan dos de un mesmo ejercicio y voluntad. En un cuerno del aposento estará uno comiendo, y luégo, tras dél, otro orinando, y en medio de los dos habrá otro desnudo, en carnes, espulgándose la camisa. Cada uno se emplea en su particular ejercicio, sin tener otra hora ni tiempo diputada para ello; que su voluntad; la cual, siendo demasiado libre en sus acciones, las produce sin algun recelo ni vergüenza. En lo que toca al sustento de la vida humana, no se guarda órden alguno entre ellos, porque su apetito es la hambre, la hora siempre, la mesa el suelo, la salsa la porquería y la música estornudos y regüeldos. La tapicería de sus aposentos son todas de luto y con algunos listones de telarañas. Sus asientos el suelo ó alguna piedra encerada con mucho lardo. Los platos donde se come están siempre enemistados con la limpieza, por servir de cofia á la olla y de otros oficios humildes; y por cuchara se sirven de los cinco dedos, jaspeados y con sus márgenes crecidas en demasía. Por lo

que es el beber, les enseña la industria humana hacer un hoyo en la copa del sombrero, y beber en él más graso que vino. Y si acaso se halláre algun jarro entre ellos, será, segun la premática y costumbre de la prision, desbocado, sin asa, sin berniz, y que haya pasado el año de noviciado y ejercitádose en los más bajos y humildes ejercicios, sirviendo de orinal, de flasco, de vinagrera, aceitera y servidor. Por servilletas toman las faldas del sayo y anchura de los calzones; y por manteles el enves de una pobre capa vieja, raida y más llena de animales, que la sábana que vió San Pedro en Damasco. En el vestir se guarda grande uniformidad, andando todos vestidos de cuaresma y con el hábito de San Agustin, pero tan acuchillado, con tantas faltriqueras y tan acomodado á las pasiones del cuerpo, que, sin deshacer la pretina de los calzones, no les falta una solucion de contínuo con que satisfacer al flujo de vientre. Viven apostólicamente, sin alforjas, sin báculo y sin calzado, no teniendo alguna cosa superflua ni doblada; ántes bien hay tanta simplicidad, que con sola una desdichada camisa cubren todo el cuerpo, y della llevan las más veces las uñas solas; pero le hacen tan buen tratamiento, que no le dan licencia hasta

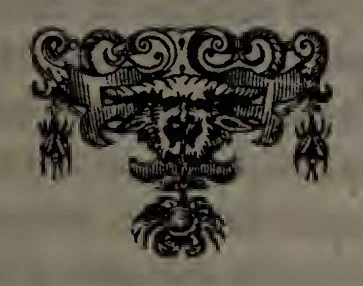
que ella de su mesma voluntad se vaya. Si el dios Momo entráre en la prision, no tendrá que reprendelles, porque se les ve hasta las entrañas. El peine, mondadientes, escobilla, lienzo de narices, espejo y jaboncillos están desterrados deste lugar; de la cual pobreza nace tanta abundancia, que en la cabeza, barba, pechos é ijadas, se les puede esconder un camello y alojar una carabana entera. Ni podemos decir que en la prision haya algun género de vicios, pues la ociosidad, que es madre de ellos, no tiene entrada, porque todos están solícitos y desvelados en buscar lo necesario para la vida humana; y el tiempo que les queda, lo pasan ejercitándose en varios instrumentos de música, teniendo por maestro desta rara virtud la sarna. Tienen tambien sus horas diputadas para el arte militar, en las cuales combaten con sus enemigos corporales, de quien salen siempre con victoria, llevando continuamente por triunfo la sangre en las uñas. Viven con la esperanza evangélica, no afligiéndose por lo que han de comer y beber mañana, asegurados que el Padre Celestial, que las aves del cielo y hormigas de la tierra sustenta, les proveerá lo necesario. Su consuelo ordinario es la fe y esperanza de que han de salir algun dia de la

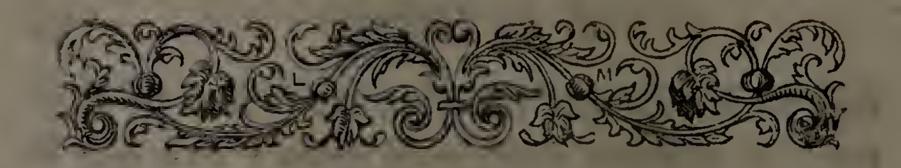
prision y que sus lacérias se han de acabar. Con este desconsuelo, viven siempre muriendo y echando cataratas y trampantojos á la razon; y si, por gran suerte, el tiempo de la prision se acaba, y la justicia consiente que alguno dellos salga della, va el demonio, tan solícito y desvelado entónces, revolviendo y enmarañándole la libertad, que parece que no hay puertas por donde salir. Uno viene de nuevo á pedille una deuda de treinta años; otro la sucesion de un abuelo suyo, y otro le trae una cédula más antigua que el diluvio. Y cuando ya su diligencia y dinero le ha librado de los enemigos de afuera, comienzan los domésticos á entonar el contrapunto; porque uno le pide cinco sueldos que le prestó once meses ántes; otro que le pague un jarro que le rompió; otro le saca un papel de cuentas, pidiéndole diez huevos y una ensalada que pagó por él. Uno pide que le pague los buenos dias, otro las buenas noches; uno pide la capa, otro el jubon, otro los zapatos, y todos le tienen asido, pidiéndole unos por amor de Dios y otros por amor del diablo. Y cuando ya escapó de aquel importuno enjambre de abejas, comienzan los abejones á rompelle los oidos. El carcelero le pide el drecho de la prision, la entrada, salida y estada de ella,

el dormir, el hablar, el comer, el estornudar, el toser, hasta la vida; haciendo más ceros en su libro, que un astrólogo en la rectificacion de un horóscopo. Y cuando ya le ha dado lo que sin cuenta pidió, le pide para guantes, la carcelera para chinelas, los mozos para zapatos y la moza para una cofia. El perro le pide que le pague lo que ladró por él la noche, el gato el trabajo que tomó limpiándole la cámara de ratones; uno le tira de una parte y otro de otra, y todos se asen de él como zarzas, hasta dejalle seco, desplumado, exprimido y desnudo como su madre lo parió.

Esta es, en breves palabras, la miserable prática deste vivo retrato del infierno, con todas sus circunstancias, en cada una de las cuales hay abundante materia para hacer un discurso muy largo y profundo. Medite en ella el lector, para que, espantado y temeroso de su ferocidad y dureza, se quite de inconvenientes tan peligrosos como cada dia se presentan al hombre en la libertad. Porque, si una vez cae en las manos del diablo y llega á pasar la puerta del infierno, aunque su causa sea más justa que la balanza de San Miguel y la justicia su protectora, siempre quedará chamuscado con la marca del infierno, en el cual, quien entra una vez,

deja lo mejor que tiene en las manos de Pluton. Y aunque entre más lleno y rico que la reina Sabbá cuando vino á visitar al rey Salomon, saldrá más exprimido, destilado y flaco, que aquellas siete vacas que en sueño vió Faraon en Egipto.





CAPÍTULO II

De un gracioso coloquio que tuvo el Autor en la prision con un famosísimo ladron.

NADIE se engañe con el proverbio, que el vulgo celebra por máxima cuando dice que todo lo nuevo aplace, porque, cuándo la lógica no condenára por falsa esta proposicion, la experiencia descubriera el engaño y falacia de ella, pues no pienso que persona en el mundo haya hallado agradable la prision la primera vez que en ella entró. De mí, sé decir que cuando en ella estuve, aunque muy nueva para mí, no hallé cosa que me agradase, ántes bien, el gusto que las cosas nuevas traen consigo, se convirtió en notable admiracion y en extremada pena, viendo lo que no quisiera, oyendo lo que me desplacia y entreteniéndome con lo

qué ménos me agradaba. Pasé los primeros dias en lo qué todos los que allí entran, que es considerar la habitacion, escandalizarse de las conversaciones que allí se pasan y huir el trato familiar de los habitantes. Y pasára yo todo el tiempo que allí estuve en semejante empleo, si fuera en mi mano el hacello, pues la compañía no me convidaba á ser demasiado doméstico y familiar. Pero la necesidad, acompañada con la curiosa importunacion que los encarcelados tienen cuando alguno entra de nuevo en la prision, me obligó á humanarme y abatirme al trato ordinario de la gente más baja y grosera, con quien tuve suficientísima relacion de los sujetos y calidades de aquella habitacion, no con más trabajo, que dalles audiencia, porque con ella sabrá el discreto más pecados en cuatro dias, que en cien años un confesor. En conclusion, con un buen semblante y algunas blanquillas que en mi bolsa traia, gané la voluntad de la chusma, de tal suerte, que no habia persona, de cualquier calidad que fuese, que no me estimase en mucho y consultase conmigo lo más intrínseco de su conciencia. Pero la frecuencia deste prolijo trato é importuna conversacion me molestaba de tal suerte, que no era mio, ni tenía libertad de pasar un cuar-

to de hora á solas. Y así, procuré por mil caminos evitar la porfía de aquella indiscreta gente; mas no fué posible deshacerme dellos, sin perder tambien el crédito que con ellos habia ganado; por donde quise probar si en aquel martirio, ya que no tenía merecimiento, podria hallar algun gusto y pasatiempo con que divertirme y entretenerme; y así continuando mi acostumbrado cuanto enfadoso empleo, estando un dia sentado en un banco que en la capilla de la prision habia, en compañía de tres ó cuatro destos de *Judica me Deus*, oyéndoles algunas dificultades que conmigo habian venido á consultar sobre los diez mandamientos, entendí el eco de una triste voz que con gran lástima me llamaba. Alborotáronse todos los circunstantes, y uno de ellos salió corriendo á informarse de la improvisa novedad; pero la ligereza del que me andaba buscando previno la curiosidad del que salió á pidillo, porque, apénas se oyó la voz, cuando tras della se dejó entràr por la puerta uno de mis devotos y tenido en mucha consideracion entre aquella gente *non sancta*, mudado el color, el rostro bañado en lágrimas, sin sombrero, cruzadas las manos, sollozando y pidiendo con mucha humildad á los circunstantes le

dejasen solo conmigo, encareciendo la brevedad como principal remedio de su desdicha. Hiciéronlo así, y él, viéndose solo y con libertad de descubrirme su pensamiento, sin algun preámbulo, prevencion, advertencia ó cortesía, dijo: Señor, hoy es el dia de mi fiesta, y se me hace merced de la escribanía de un puerto, con un capelo de cardenal; ¿qué remedio habrá para un mal tan grande? Verdaderamente, me suspendió algun tanto la cifra de sus palabras, juntamente con la figura que representaba, porque no sabía cómo glosar un lenguaje incógnito y acompañado con tantos suspiros; pero, reparando un poco en ello y presumiendo ya lo que podia ser, creí que el capelo le habia recibido en un jarro de vino y que de su mucha abundancia se le habia subido á la cabeza aquella noble dignidad; y así, medio riendo, le respondí: Amigo, el correo que os trajo la nueva ¿es de á doce ó de á veinte? No es de á doce, ni áun de á cuatro, desdichado de mí, respondió él, que no estoy embriâgo, ni en mi vida lo estuve; y pluguiese á Dios que todo el mundo viviese tan recatado en este particular como yo; mas, como dice el proverbio, unos tienen la fama y otros lavan la lana: y vuestra merced no hace bien

de burlarse de un pobre desdichado que llega á pidille consejo en tan extremada afliccion. Admiróme grandemente su asentada respuesta, y, no pudiendo dar en el blanco de lo que podía ser, le dije, algo colérico: Acabad ya de contarme la causa de vuestra pena, y no me tengais más suspenso con vuestra cifra y enigmas. Yo conozco ahora, señor mio, dijo él, que vuestra merced no ha estudiado términos martiales, ni ha visto las coplas de la jacarandina, y así le será dificultoso entender la concusion de los cuerpos sólidos con la perspectiva de flores rojas en campo blanco. De esta segunda respuesta me acabé de confirmar que no estaba embriâgo, pero loco sí; y como á tal, otorgué todo lo que me decia, aunque sin entendelle. Y tomando pié de sus mesmas razones, le pregunté ¿quién le hacia cardenal y por qué? Á lo cual me respondió diciendo: Sabrá vuestra merced, qué algunos de tercio y quinto, oficiales de topo y tengo, sobre el siete y llevar, se encontraron conmigo un domingo á media noche, y hallándome con el as de palos, dió su suerte en azar y yo quedé con el dinero. Picáronse y, deseando vengar su agravio, se fueron á Cipion, manifestando una llave universal que en mis manos habian visto, so-

bre lo cual se hicieron largas informaciones por los señores equinociales, y al cabo de un rigoroso exámen que se me hizo, no hallándome bueno para Papa, me dejaron el oficio de Cardenal. Por muy dichoso os podeis tener, le respondí, con tan alta dignidad, pues son muy pocos y con mucho trabajo los que llegan á ella. Yo la renunciaria de buena gana, dijo él, y sin pension, si alguno la quisiese recebir por mí, y áun me obligaría á pagalle las bulas; porque, á decille la verdad, es carga muy pesada, y quien la da no tiene muy buena reputacion en el vulgo, ni amigos en la ciudad; y ésta es la causa que no la estimo. Y no piense vuestra merced que, con decir no quiero aceptalla, se remedia esta pena, porque no está en mi mano ni en la de los que semejantes cargos reciben el podello hacer, pues las dignidades se reparten por merecimientos; y así, aunque el hombre las rehuse, se las hacen tomar por fuerza. Y porque alguno, por demasiado humilde, no se excuse ni haga resistencia, le atan como si fuese loco. Verdaderamente amigo, le dije, deberíais teneros por dichoso y bienaventurado con tal eleccion, supuesto que va por merecimientos y no por favor. Bienaventurado, dijo él, sí, por cierto, que lo soy, aun-

que indigno pecador, pero no dichoso, que á serlo, no fuera bienaventurado. Con esta respuesta me acabé de desengañar de que no estaba loco ni embriâgo, sino que, de solapado y tacaño, encubria su razonamiento; y determinando dejalle con sus satíricas gracias, me levanté en pié diciéndole algunas palabras injuriosas, á las cuales respondió, con mucha humildad, diciendo: Refrene vuestra merced su cólera, le suplico, señor mio, que el habelle hablado por cifras no carece de misterio. Y créame, que no ha habido en ello otra intencion, que ocultar mis desdichas á algunos soplones, que ordinariamente van desvelados escuchando las vidas ajenas para relatallas á sus correspondientes; pero ahora, que sin recelo puedo hablar, yo me declararé, confiado en que vuestra merced, como de tan buen entendimiento, no se escandalizará de oir mis flaquezas, ni por ellas me privará del buen consejo que de su extremada caridad espero. Y así, sepa que el cardenal, es el que hoy me darán á mediodia en las espaldas; la escribanía del puerto, la que reciben los que van condenados á galeras; los de tercio, son algunos de nuestra compañía, los cuales guardan la calle cuando se hace algun hurto, y éstos llevan el

tercio; los de quinto, son alguna gente honrada, ó á lo ménos tenida del vulgo por tal, la cual encubre y guarda en su casa el hurto, recibiendo por ello el quinto de lo qué se roba. Ahora sabrá vuestra merced, que hallándome por desgracia una noche en un Santiago que se hizo, corrió la caña tan poco, que no hubo de qué hacer cuarto ni quinto; y siendo yo el que me puse en el mayor peligro, quise alzarme con todo, prometiendo en otra ocasion más ganančiosa emendar la falta pasada. Los de siete y llevar, quiero decir, mis compañeros, no hallaron á propósito la satisfaccion que les dí, porque absolutamente pidian su parte. Yo, viéndome imposibilitado del todo, por tenelle ya comido, metí el pleito en voces, y asiendo de un palo, que es el as que vuestra merced oyó, dí á uno dellos en la cabeza un mal golpe, y viéndose herido y los compañeros burlados, se fueron á Cipion, que es el Prebosto, y acusáronme de ladron de guanzúa, que es el instrumento con que abrimos todo género de puertas; y prosiguiendo la acusacion, dieron conmigo en la cárcel, condenándome los señores de la Córte (á quien nosotros llamamos equinoctiales) á pasear las calles acostumbradas, y despues á servir á su majestad en las ga-

leras de Marsella; la cual ejecucion debe hacerse hoy á mediodia: estoy temblando, porson ya diez horas dadas. Si vuestra merced sabe algun remedio que darme, hará una grande obra de misericordia, porque temo que, habiéndome desnudado el verdugo y hallándome con cinco marcas que injustamente me han dado cinco veces que he estado preso, me hará sin duda hacer el camino más corto.

Hasta aquí llegó el malaventurado con la explicacion de su cifra, sin que yo pudiese interrumpir su discurso, ¡tanta era la suspension que sus intrincadas metáforas me dejaban!; y acabando su cuento con un profundo suspiro que del alma le salia, se dejó caer entre mis brazos medio desmayado. Y volviendo en sí, comencé á consolalle lo mejor que pude, dándole, por último remedio, que se apelase á la Córte, esperando siempre de aquel supremo tribunal más misericordia, que de los jueces inferiores. Apénas acabé mi razonamiento, cuando entraron por la puerta de la capilla tres ó cuatro camaradas suyas, muy muertos de risa, dándole por nueva que la que le habian dado era falsa y sus azotes no eran verdaderos, sino cierta impostura de sus enemigos, maliciosamente inventada para turballe. Con esta nueva

volvió el desdichado tan repentinamente en su sér primero, que, sin quedalle algun rastro ni señal de sentimiento, hizo veinte y cinco cabriolas en el aire con mil gracias y donaires, y sus compañeros comenzaron á dalle pelillo y matraca sobre el caso; de los cuales supo tan bien defenderse y con tan agudas razones, que me dejó grandísimo deseo de conversalle á solas y muy de espacio, por saber largamente su trato, vacacion, oficio y la declaracion de algunos equívocos que ordinariamente mezclaba en su discurso; pero él, conociendo en mí este deseo, en agradecimiento de la paciencia con que le habia estado oyendo y del buen consejo que le habia dado en su necesidad, me prometió dar larga cuenta de su vida, de la de sus padres y de los varios acontecimientos que en su arte le sucedieron, juntamente con todas las menudencias que entre los de su oficio se pasan. Y, dándome la asignacion para dos horas de la tarde, nos fuimos á comer.





CAPÍTULO III.

En el cual cuenta el Ladron la nobleza y excelencia del hurtar.

No fué perezoso el buen Andres (que así dijo se llamaba) en acudir al prometido puesto ni negarme la relacion que con tanto deseo le habia pidido; porque media hora ántes de la señalada le hallé que me estaba esperando con grande impaciencia, y tan grande, que, sin saludarme, se metió de hocicos en su historia, diciendo desta manera:

Sabrá vuestra merced, señor mio, que, si desde el punto de su nacimiento anduviera buscando por todas las universidades del mundo quién con más fundamento, experiencia y doctrina le informára de lo que desea saber, fuera

imposible hallarle, pues en lo qué toca (y esto no por soberbia) á ser hombre de los de leva y monte, y entendérseme las enigmas de Mercurio Trismegisto y otras filosofías ocultas, no daré ventaja á hombre de la tierra. Con este y otros segretos, reservados sólo á mi discrecion, he hallado la piedra filosofal y el verdadero *Eleysir vittæ* (*sic*), con qué convierto el veneno en medecina, el sayal en brocado y la hambre en hartura, sin poner de mi caudal otro, que la manipulacion. No hago como mil ignorantes de nuestros tiempos, los cuales, embelesados con el ganancioso fin que la prática del gran *Lapis philosophorum* promete, se arriscan temerariamente á gastar el todo por buscar el nada, y á deshacer cien mil esencias por una quinta, incierta y mentirosa, cuyos excesos y curiosidad no tienen otro fin y paradero, que deshonra, pobreza, miseria y, finalmente, una muerte afrentosa. Porque, ordinariamente, los que, habiendo gastado sus bienes y los ajenos en buscar lo qué no hallaron, vengan su rabia á martillazos sobre los siete metales que fueron causa de su ruina. Y, lo qué peor es, no hay hombre en el mundo que con todas las experiencias y desdichados fines en que los alquimistas paran, no le haga la curiosidad ca-

briolas en el apetito y cozquillas en la voluntad, todas las veces que oye hablar desta arte. La mia, señor mio, no es deste jaez, ni ménos está sujeta á las fantasías y quimeras de Geber, Arnaldo, Raimundo y otros grandes prometedores, cuya sabiduría consiste en no entenderse. Fácil es, clara y sin alguna mezcla, pero quien la ejercitáre, es necesario que sea sagaz, prudente y avisado, porque, en faltando algo desto, fácilmente se romperá el orinal y se perderá en un instante lo que en toda la vida se ganó. Ni ménos tiene esta noble arte los principios de Aristóteles, porque él y otros muchos que le siguen imaginaron que no puede de nada hacerse algo, siendo verdad que en esta nuestra arte de nada se hace el todo. Y si algun principio podemos atribuirle de los que él propone en su Física, es la privacion, pues della sola se pasa á la posesion de infinitos bienes. En lo qué toca á los instrumentos, yo confieso que los hay, pues no hay arte que esté sin ellos, pero tan fáciles y de poco gasto, que nosotros mesmos los hacemos, y, hechos una vez, duran una infinidad. El caudal que ha menester uno de nuestros artífices, es sólo el buen ánimo y entera disposicion de su cuerpo y miembros, sin otros dijes, arrequibes ni za-

randajas, y con solo esto, le pasan maestro. Y no piense vuestra merced que esta arte, teniendo su orígen tan pobre como el nada, sea afrentosa ni infame, porque es la más noble, más absoluta y privilegiada de cuantas hoy hay en el mundo; tanto, que no conoce ni respeta Rey ni Roque, ni se le da un maravedí de cuantos monarcas hay sobre la tierra, ni del brazo eclesiástico ni seglar; ántes bien, todos le contribuyen y pagan tributo, trabajando todos para ella. Sus campos están fértiles en tierra seca; coge el fruto sin sembrar; con ninguno tiene trato y á todos pide, á nadie presta, y todos le deben; sus mieses crecen sin lluvia y de todo toma diezmo. No viene flota de la India, ni caravana de Levante, de la cual no sea pretendiente; ni hay mercader en la China, que no le sea deudor, y, finalmente, todo y á todos alcanza. Y lo qué más se debe estimar en esta preciosa arte, es la grande facilidad con que se ejercita, en qué excede á todas cuantas artes hay hoy inventadas en el mundo, el fin de las cuales es contrario al desta, pues ellas se perficionan haciendo, y ésta nuestra deshaciendo. Y siendo más fácil el deshacer que el hacer (como dijo el Filósofo), no hay que dudar, sino que será más fácil ésta nuestra, que to-

das las demas, cuyo fin se alcanza con mucha pena, dificultad y trabajos.

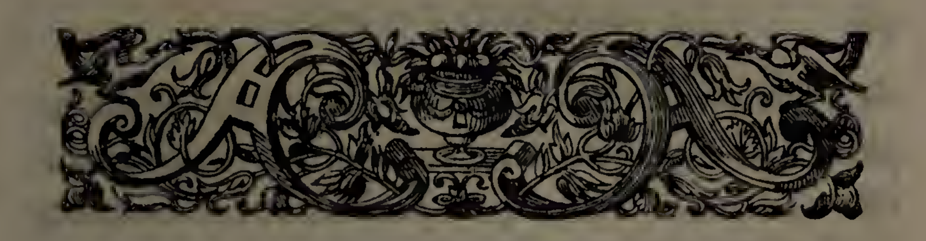
Más adelante pasára el buen Andrés con las alabanzas y excelencias de su hurtador oficio, si, con mi demasiada impaciencia, no le interrumpiera, pareciéndome del todo impropios los títulos y nobleza que le daba, tanto por ser de suyo infame, cuanto por los innumerables peligros que ordinariamente suceden á los que en semejantes tratos andan. Y así le dije, medio enojado. No sé, hermano Andrés, cómo ni con qué razon podeis estimar esta vuestra arte por noble, fácil y ganànciosa, pues vos mesmo me habeis contado los peligrosos trances en que os habeis visto, y del poco provecho y mucha miseria que hay en ella, me asegura vuestra pobreza y calamidad; por lo cual me admiro en extremo de ver la perseverancia que habeis tenido en vuestra desdichada arte, debiendo escarmentar con las experiencias pasadas. Vuestra merced tiene razon, señor mio, respondió él, y confieso que nos suceden muchas desgracias y azares; pero más come un buey que cien golondrinas; quiero decir, que un buen lance nos hace espaldas á muchas desgracias, cuantimás, que no nos suceden tantas como vuestra merced piensa, y, aunque nos sucedie-

ran muchas más, no sería posible apartarnos deste trato, sino es con la muerte, porque no sé qué tiene consigo esta nuestra arte, que es como hidrópico, que, cuanto más bebe, más sed tiene, y de un solo acto se hace hábito, *qui difficile removetur a subjecto.* Y yo sé bien que vuestra merced, siendo hombre letrado, aprobará mi doctrina, pues suele disputarse entre los filósofos sí aquella máxima de Aristóteles, que dice que *ex pluribus actibus generatur habitus*, sea universalmente verdadera. Y dicen algunos que de un solo acto puede engendrarse un hábito; lo cual se debe entender de los actos morales, y entre estos, de los malos; quiero decir, que para engendrar un hábito de pecar, un solo acto basta; pero para hacer bien, son menester muchos. La razon es evidente, porque, estando la voluntad humana dispuesta, por el *Fomes pecati* y miserias contraidas en su concepcion, á pecar, un solo acto deja en ella cierta disposicion interna con que se facilita y dispone á semejantes actos. Pero, estando el apetito tan estragado, bascoso y mal dispuesto para recebir la virtud, será necesario, no sólo un acto de bondad, pero muchos, si alguna disposicion ó habitud de bien hacer le ha de quedar. Por donde puede vuestra merced juz-

gar que, aunque nos sucediesen millones de desgracias, sería casi imposible poder dejar nuestro trato ni mudar de vida, teniéndole ya convertido en naturaleza. Y si esto se hubiese de hacer, sería menester hacer el mundo de nuevo, porque, cual más cual ménos, toda la lana es pelo; todos somos de la confradía; nadie está contento con su suerte, quien más tiene más quiere, y á todos nos agrada lo que poco nos cuesta y tomar truchas á bragas enjutas. Pero el desdichado paga por todos; que, como dice el proverbio, para ellos se hizo la horca. Todos hurtamos, y, por nuestros pecados, unos lavan la lana y otros tienen la fama. Dichosos los que hurtan hipocráticamente, quiero decir, como médicos, cuyas faltas cubre la tierra, sin podelles acusar ni pidir restitucion de la vida y dineros que hurtaron públicamente y á ojos vistos. Y, aunque destos hay unos á lo divino y otros á lo humano, todos se encuentran y dan en un mesmo blanco. Que, sanguijuelas hay tambien que chupan dulcemente, saboreando el mundo con un buen semblante, rostro macilento y cuello torcido, colorando con endiosadas palabras sus ambiciosos intentos; y por esto se dijo que tras de la cruz está el diablo. Y otros hay tambien que, aunque no tuer-

cen el cuello ni hablan tanto de Dios, tuercen con todo eso la jurisdiccion de su oficio al que más diere; los cuales, estando murados con ciertas ropas largas, anchas y de respeto, no hay hombre que ose decilles una palabra, ni áun mostralles por señas la mala satisfaccion que dellos se tiene. Pero el desdichado que no tiene á Dios en la lengua, ni escorza en que engastarse, si no fuere muy prudente y discreto, todas las persecuciones del mundo le envisten de tropel, escupiéndole todos en la cara y siendo el terrero de todas las afrentas del mundo. Así que vuestra merced no vitupere á bulto nuestra arte, porque ofenderia á todo el mundo y por ventura á sí mesmo, pues *nemo sine crimine vivit.* Cuanto más, que si vuestra merced supiese la dulzura que trae consigo coger el fruto que un hombre no ha plantado y hallar la cogida en su granero, sin tener campo ni viña, se mamaria los dedos. ¿Es poco, le suplico, amanecer un hombre sin blanca ni cornado, ni áun saber de dónde lo sacará aquel dia para sustentar su familia, y al anochecer se hallará con cien ducados, sin saber de dónde vinieron? ¿Es poca suerte, en el mayor descuido y necesidad, hallar vestidos hechos y drechos, sin pagar el paño, sastre ni

hechuras? ¿Hay nobleza en el mundo, como ser caballero sin renta, y tener los bienes ajenos tan propios, que pueda disponer dellos á su gusto y voluntad, sin que le cueste más que el tomallos? ¿Estima vuestra merced en poco, ser mercader sin caudal, ganar docientos por nada, sin pasar el mar, ni entremeterse en ferias ó mercados, ni tener cuidado si el mercader hará banco roto, ó el año será más estéril ó abundante, caro ó barato? Y si, por via de reputacion ó crédito lleva vuestra merced nuestro oficio, ¿le parece que es poco hallar crédito de la vida, y tener á nuestra devocion uno y mil aguaciles, que nos fien los azotes, galeras, el tormento y la horca, sólo con una simple y mal segura promesa de que le satisfarémos con las ganancias del primer hurto; y que no sólo haga esto por nosotros, sino tambien por nuestros amigos, parientes y conocidos? Desemplúmese vuestra merced, y conozca que no hay vida más quieta y segura en este mundo que la nuestra, porque, por un desplacer que tengamos, hay infinitos gustos y contentos que gozar. Y esto hay, cuánto á mi vacacion y oficio.



CAPÍTULO IV.

En el cual cuenta el Ladron la vida y muerte de sus padres y la primera desgracia que le sucedió.

CUÁNTO á mi descendencia y linaje, sabrá vuestra merced que yo nací en una villa de este mundo, cuyo nombre perdí en una enfermedad que tuve en el seiscientos y cuatro. Mi padre se llamaba Pedro y mi madre Esperanza, gente, aunque ordinaria y plebeya, honrada, virtuosa, de buena reputacion y loables costumbres. Y cuánto á los bienes de fortuna, no tan ricos que pudiesen comprar baronías ni casar algunas huérfanas con lo qué les sobraba, ni tan pobres que pidiesen limosna ni se sujetasen á nadie; porque eran gente, como se suele de-

cir, vividora, que tenian pan para comer y paño para vestir. En todo el discurso de su vida se halló cosa que poderles echar en la cara, ni con que reprenderles, porque no se desvelaban en otro, particularmente mi madre, que en conservar la honra y buena reputacion que habian ganado: por lo cual y la llaneza de su trato y buen proceder, todo el mundo les honraba. Pero, como ordinariamente la virtud es invidiada y la gente de bien perseguida, no faltaron algunos maliciosos y desalmados, que con falsas y temerarias calumnias escurecieron la puridad y resplandor de sus buenas obras y limpieza de vida. Acusáronles (¿hay maldad semejante?) de haber sacrilegado una iglesia, saqueado la sacristía con los cálices y ornamentos della; y, lo que peor es, de haber cortado la mano á un San Bartolomé que estaba en un retablo, el cual decian ser de plata. Acusacion tan maliciosa, cuanto falsa, particularmente por la parte de mi madre, cuya devocion y respeto á los Santos era tan grande, que cuando iba á la iglesia, si el sacristan no le cerraba la puerta, no habia remedio de salir de allá, aunque estuviese tres dias sin comer; y su devocion era tan conocida de todos los del pueblo, que todas las veces que pasaba por la calle,

salian mil personas á encomendalle algunas Ave Marías, por preñadas, enfermos y otras personas afligidas, teniendo todos gran fe en sus oraciones y devocion. Pero, como dos alevosos bastan á condenar un justo, y en este siglo miserable no valga la inocencia, si no es favorecida, por ir las leyes donde quieren los reyes, sucedió que, no embargante los reproches que dió á los testigos, harto suficientes para convencer la malicia del acusador y manifestar la inocencia del acusado, les condenaron á muerte, juntamente con otro hermano mio y un sobrino de mi madre. Verdaderamente el caso fué feo y escandaloso, aunque falso, y su muerte injusta; pero á quien fué la causa de tanto mal, no le arriendo la ganancia; con su pan se lo coma; no se irá á Roma por penitencia, que Dios hay en el mundo que todo lo ve y juzga, y, pues él promete que no dejará perder un solo cabello del justo, á él toca la venganza del agravio hecho á sus siervos, que ansí les puedo llamar, y áun mártires, pues sufrieron constantemente por amor de Dios la muerte, acusados de los pecados que no habian cometido. Basta, finalmente, que, siendo pobres, les fué forzoso pagar con la vida lo qué no se pudo con la hacienda: solo yo

puedo alabarme de haber alcanzado alguna misericordia con los jueces, en consideracion de mis tiernos años y poca experiencia; pero la merced que se me hizo, fué una gracia con pecado, pues me dejaron la vida con condicion que fuese el Neron de aquellos mártires. Harto porfié yo y muchas diligencias hice por no cometer tan execrable delito, cual es deshacer al que me hizo: pero no fué posible, sin perder yo tambien la vida con ellos. Y así, considerando que otro haria lo que yo rehusaba, y por otra parte, la persuasion de mis amigos, que con grande cargo de conciencia me amonestaban que lo hiciese, para que no se perdiese el linaje de mis padres y quedase en este mundo quien rogase á Dios por ellos, me resolví á hacer lo qué por algun otro respecto hubiera hecho. Pero este consuelo me queda (que no es pequeño para mí), que mi padre me dió su bendicion en la hora de su muerte, perdonándome todo lo qué en este mundo pudiese haber cometido contra el respeto y reverencia debida, dándome juntamente algunos saludables consejos y encargándome la virtud y temor de Dios, procurando siempre parecer á los mios y estimarme por hijo de quien soy. Con éstas y otras razones

quedé grandemente consolado, y resuelto en acabar con su vida y mi prision.

Quedé huérfano, mozo, solo ó mal acompañado y sin consejo, sin saber á qué parte volverme, ni qué medio tomar para sustentar la vida que me habian dejado aquellos señores; porque el mucho regalo con que mi madre me habia criado, habia sido la total causa de mi perdicion, dejándome vivir ocioso y holgazan. Pero, viendo que ya la memoria del bien pasado no me era de algun provecho, y que, si habia de vivir y comer, habia de ser con el sudor de mi rostro, me resolví á buscar un amo á quien servir ó algun oficial con quien asentar: todo lo cual fué en vano, porque, siendo el caso de mis padres fresco y la infamia corriendo sangre, no hallé quien quisiera recebirme en su casa, ni áun para mozo de caballos; por donde me fué forzoso dejar mi tierra y buscar la ventura en otra extraña.

¿Qué tierra es esa, amigo, le pregunté yo, en la cual murieron vuestros padres? porque, si no me engaño, en el discurso de vuestro cuento habeis encubierto el nombre propio della, como tambien el sobrenombre dellos y el vuestro. No me mande, le suplico, respondió entónces él, que quebrante un solemne juramen-

to, inviolable entre los de nuestra arte y compañía, cual es no descubrir á persona alguna nuestra propia tierra y el nombre de nuestros padres, supuesto que á la verdad de mi historia importa poco el sabello. Y aunque le parezca á vuestra merced qué no tiene misterio el encubrillo, créame qué se engaña, porque no hay cosa más peligrosa en nuestra arte que el propio nombre, así de la patria como el de la pila, pues, cuando damos en las manos de la justicia, aunque hayamos sido mil veces convencidos de algun crímen, siendo el nombre diferente y trocado, siempre hacemos parecer que es el primero; y no sabiendo el de nuestros padres y tierra, no pueden informarse de *moribus et vitâ*, ni quedar nuestros parientes afrentados, pues (como vuestra merced habrá muchas veces visto) cuando condenan á un hombre, dicen las primeras palabras de la sentencia: «Fulano, de tal tierra, hijo de fulano y fulana, fué azotado ó ahorcado por ladron en tal dia, mes y año»; de lo cual no resulta otro, que dolor al que muere y deshonra á la parentela. Si esto pasa así, razon teneis, le dije, de ocultarlo, y, supuesto que á vos importa el callarlo y á mí no el saberlo, dejémoslo á una parte, y proseguid vuestra historia. Es pues el caso, dijo él,

que á cuarenta leguas de mi lugar asenté por aprendiz de un zapatero, pareciéndome el más ganancioso de todos los oficios, particularmente en Francia, adonde todos los que caminan van á media posta, como si la justicia les fuese detras, y todos calzan contra natura, siendo mayor lo contenido que el continente, quiero decir, el pié que el zapato: de donde vienen á durar muy poco. Aquí eché el ojo, y á este oficio me incliné por ser, ultra la ganancia, el más fácil de todos. Pero, como desde niño me enseñaron mis padres á descoser, no fué posible trocar tan brevemente el hábito, que tenía ya casi convertido en naturaleza; y así en más de seis semanas no acerté á dar un punto drecho; de la cual ignorancia y extremada rudeza tomó mi amo ocasion para menospreciarme, rompiéndome algunas formas en la cabeza, por ver si podria dejarme alguna impresa, ultra la contínua abstinencia con que me castigaba, habiéndole dado por remedio algunos amigos suyos, que aquél era singular para desentorpecer y adelgazarme el ingenio. No me pareció aquella vida buena ni codiciosa, y así determiné dejalla y buscar otra más harta y pacífica, conociendo particularmente en mí ciertos ímpetus de nobleza, que me inclinaban á cosas más

altas y grandiosas que hacer zapatos; por donde concluí conmigo en buscar todos los medios posibles para introducirme en casa de alguna persona calificada y principal, confiado en qué, con la buena disposicion que tenía, habian de ser agradables mis servicios al amo que topase. Verdaderamente, la determinacion era buena y los pensamientos nobles y honrados, pero cojos, estropiados y sin fuerza, por faltarme dineros y un vestido con que ponellos en ejecucion; pues es certísimo que si, con mis manos enceroladas, devantal y otras insignias zapaterescas, llegára á la puerta de algun caballero, no habian de dejarme entrar, sino fuese para mantearme ó jugar conmigo al abejon. Esta dificultad me tuvo algunos dias perplejo y sin saber como dar entrada á mis buenos deseos; pero, sacando fuerzas de flaqueza, y enfadado de la miserable vida que tenía, acordé sacar la medecina de la enfermedad y buscar la miel entre las picadas de la abeja, procurando vengarme del cordoban y toda la zapatería. Para este fin me vino al pensamiento un atrevimiento notable, aunque harto ganancioso y seguro, si la fortuna (que entónces estaba encontrada conmigo) no desbaratára mis intentos y traza. Consideré qué, si hurtaba algo de lo

que en casa habia, mi lance sería en un instante descubierto, y yo, como extranjero y sin amigos, maltratado, particularmente con la ojeriza que mi amo tenía contra mí y el rigor con que el hurto doméstico se castiga en Francia. Y así, una mañana de viérnes me levanté más temprano que solia, y, encerolándome las manos y áun el rostro, salí, con mi devantal ceñido y manos jaspeadas, á correr todas las boticas de la ciudad, en particular las que más conocidas eran de mi amo; y dando á entender á cada uno de los que en las boticas estaban, que un caballero esperaba en la de mi amo un par de botas de ocho puntos para calzallas luégo al instante, pidí una sola, por ver si sería al gusto de quien las pedia. Nadie hizo dificultad en dármelas, pareciéndoles que una sola bota no podia servir, ultra de que la mayor parte de los zapateros me conocian, y los que no me habian visto, quedaban al momento tan satisfechos de mi presencia, que, si el mesmo inventor de la zapatería se les presentára delante, no le dieran más crédito. Con esta invencion anduve casi por todas las boticas de la ciudad, trayendo siempre cuenta de pidir la bota de la mesma proporcion y hechura que la primera. Y la invencion me salió tan á pelo y

con tanta facilidad, que en espacio de media hora recogí más de cien botas, todas de un punto y hechura; las cuales, embaladas en un costal, cargué sobre mis hombros y tomé el camino en las manos. El caso estuvo muerto y sin sospecha casi dos horas, pero, viendo los zapateros que no volvia, ni con la bota que llevé ni por la otra que quedaba, todos cayeron en lo que realmente sucedió; y así, pasado el dicho tiempo, se hallaron en la puerta de mi casa más de cien aprendices, pidiendo cada uno su bota, lo cual visto por mi amo y otros vecinos que no me amaban mucho, avisaron la justicia, la cual, dividiéndose por las tres puertas de la ciudad, dieron conmigo no muy léjos de donde estaba, porque la pesada carga no me permitió desparecerme tan presto como quisiera. Volviéronme á la ciudad, y, haciendo mi proceso en fragante delicto, me condenaron en cuatro horas á pasear las calles acostumbradas, con tres años de destierro. Pero, no obstante esta y otras muchas desgracias que me han sucedido despues acá, es fuerza que yo confiese la excelencia desta arte, así por las razones sobredichas, como por la nobleza de su orígen, el cual sabrá vuestra merced, dándome grata audiencia.



CAPÍTULO V.

Del primer ladron que hubo en el mundo, y dónde tuvo principio el hurtar.

Cuándo esta noble arte no tuviera otra excelencia que la antigüedad de su orígen y nobleza de su primer inventor, bastaba para que todo buen entendimiento le confesára y tuviera por la más noble y principal de las que hoy se pratican en el mundo. Ella tuvo principio en el cielo; su primer inventor fué uno de los más bellos ángeles que en él habia, cuya hermosura, dignidad y grandeza era tan alta y subida de punto, que los más curiosos de su perfeccion no hallan otro título más propio con que engrandecelle, que el de estrella de la mañana, lucero de la Alba, presidente

de la Aurora y embajador del Sol. Éste, pues, fué el primer ladron que hubo en el mundo, el cual, vencido de un ambicioso deseo, se arriscó temerariamente á robar la gloria y sólio de Dios; pero fué desgraciado, porque le prendió la justicia en fragante delicto, y, confiscándole todos los bienes que tenía, le condenó á cárcel perpétua, junto con otros cómplices suyos. Y si vuestra merced me preguntáre ¿qué motivo pudo tener este Ángel, siendo tan rico, próspero y noble, para desear, no solamente lo qué no podia alcanzar, pero era del todo repugnante á su naturaleza y condicion, siendo él criatura, y lo qué queria robar infinito, inmenso y divino?, le respondo que es materia de teólogos, y que á ellos toca saber y dar razon deste caso. Pero, si no me engaño, una vez aprendí del Cura de mi lugar (que era hombre docto) predicando un dia de domingo á sus feligreses, que en Dios se pueden considerar dos cosas, aunque él sea indivisiblemente uno, cuales son el ser bueno y ser bueno infinitamente. Destas dos consideraciones, tomaba en la primera, que es la bondad, la cual apetecia como objeto natural de la voluntad, sin bajar al modo de la dicha perfeccion, que es la infinidad, de la cual, no solamente era incapaz, pero le re-

pugnaba el desealla; pues (como el mismo Cura dijo) no puede la voluntad desear ó apetecer lo qué claramente ve qué le es imposible. Y así dijo que aquella perfeccion ó bondad *in abstracto* era suficiente motivo para tener alguna complacencia en su mal deseo. Pero, sea como fuere, que no es de mi jurisdiccion averiguar ahora si el Ángel pudo desear ó no la igualdad de Dios, lo qué sé decir, es que su historia pasó como he contado, y que hoy en dia está en la prision con todos sus compañeros y secuaces, y, lo qué peor es, sin esperanza de salir jamas della.

El segundo ladron que hubo en el mundo, fué nuestro primer padre Adan, tan temerario como el Ángel, pero no tan culpado, por ser su pecado ménos malicioso y con más ignorancia: aunque no puedo persuadirme que, teniendo la ciencia infusa, ignorase la obediencia que debia á su Criador, y cuán mal librado habia quedado el Ángel por haber echado el ojo al mesmo bocado. Finalmente, vencido de las importunas razones de su mujer, y atormentado de una curiosidad ambiciosa, quiso robar la sciencia y sabiduría de Dios; pero salióle la cuenta al reves, como al Ángel, sin que le aprovechára el huir y esconderse; porque, habién-

dole interrogado el juez, y no pudiendo negar el caso por ser en fragante delicto, le confiscaron el estado de la inocencia y justicia original, quedando él y sus descendientes condenados á pasar la vida con trabajos y desventura y la mujer á parir con dolor.

Y si vuestra merced me preguntare ¿por qué no castigó igualmente Dios estos dos ladrones, siendo ambos criminales de lesa majestad, y habiendo intentado una mesma especie de hurto, cual era la perfeccion divina?, digo que esto fué (segun oí decir á un gran predicador) porque el Ángel pecó de malicia y el Hombre por flaqueza. El Ángel es de su naturaleza inflexible, incapaz de arrepentimiento y conversion, el Hombre nó. Y, finalmente, si Dios castigára al Hombre con el rigor que al Ángel, perdiera una naturaleza entera, porque todos los hombres pecaron en Adan, y el mundo quedára imperfeto. Mas, castigando al Ángel, no sucedió este inconviniente, porque otros mu chos quedaron en el cielo, pues toda la naturaleza angélica no pecó: y ésta es la causa porque Dios no fué tan severo con el Hombre, como lo fué con el Ángel. Pero esta curiosidad podrá vuestra merced preguntar á quien mejor la sepa que yo.

Basta, finalmente, que los sobredichos ladrones fueron los primeros que metieron en crédito el hurtar en el mundo, por la nobleza de los cuales y la calidad del hurto que intentaron podemos echar de ver la singularidad y excelencia desta arte: porque ni el Ángel apeteció veinte grados más de la perfeccion que tenía, ni el Hombre la inmortalidad y belleza del Ángel; sino que ambos echaron el ojo á lo mejor que habia en el mundo, cuales eran los atributos de Dios y sabiduría divina. Y no podemos decir que la pobreza y necesidad les incitaba á hurtar, porque el primero era el más noble y poderoso de todos los ángeles, y el segundo era el primero de todos los hombres, rey de los animales y absoluto señor de la tierra.

De aquí infiero el engaño notable en que vive hoy el mundo, creyendo que la pobreza fué inventora del hurto, no siendo otro que la riqueza y prosperidad; porque el amor y deseo de la honra y riqueza crece, cuanto ella mesma se aumenta (como dijo bien el otro poeta); y siendo la ambicion un fuego y insaciable hidropesía, cuanto más leña le dan, más se aumenta su llama, y cuanto más bebe, más se acrecienta la sed. Y así en estos ladrones la

grande prosperidad y riqueza que tenian, fué causa de su desordenado apetito é insaciable ambicion; porque, habiendo de apetecer lo qué no tenian, no podian intentar otro hurto, que la igualdad y sabiduría de Dios, pues todo lo demas poseian. De aquí entenderá vuestra merced que el hurtar es naturaleza en el hombre y no artificio, y que va por herencia y propagacion en todo el linaje humano. Porque, si es verdad que todos participamos del pecado de Adan y somos concebidos en él, no habiendo sido otro que hurtar la ciencia de Dios, claro es que nuestro pecado original será una inclinacion y natural deseo de hurtar. De Adan se anduvo esta noble arte extendiendo por toda su genealogía y prosapia, conservándose siempre entre los más nobles y calificados della. Y así Cain, como celoso desta original virtud, procuró robar á su hermano Abel la gracia y particular favor con que Dios aceptaba sus sacrificios y oblaciones. Iacob hurtó artificiosamente la bendicion á su hermano Esaú; David la mujer á Urías; Acab, aunque rico y próspero rey, hurtó una viña á Nabot, y, finalmente, con el hurto sujetó Nimrot todos los moradores de Asiria. Y si, dejando estos y otros muchos ladrones que las sagradas letras nos cuentan,

echáremos mano de los ejemplos que las historias humanas nos refieren, verémos que esta singular arte se conservó siempre entre la nobleza, pues Páris robó á Elena, hurtada ántes por Teseo; Teseo á Ariana; Iason á Medea; Medoro á Angélica, y á Lucrecia Tarquino. Los lacedomonios, de cuyo buen gobierno hace memoria Plutarco, tenian por loable y virtuosa costumbre el hurtar, y el que en esta arte era más diestro, sutil y extremado, aquél era tenido en mayor consideracion entre ellos. Los esparciatas enseñaban á hurtar á sus hijos desde pequeños, teniendo por máxima infalible que no podian ser buenos y valerosos soldados, si no eran diestros y experimentados ladrones. No quiero entretenerme ahora en contar la fama y nombre que ganó Viriato con sus extremados hurtos, ni la reputacion que con ellos alcanzó Crocota en tiempo de Augusto César, porque no acabaria jamas. Bástame decir que esta gloriosa arte fué inventada en el cielo, y praticada en la tierra por los más nobles y calificados moradores della.





CAPÍTULO VI.

En el cual prosigue el Ladron su historia, probando que todos, de cualquiera calidad que sean, son ladrones.

ESTA noble arte de hurtar estuvo siempre (como ya dije á vuestra merced) tenida en grande consideracion entre la gente más calificada del mundo. Pero, como no hay género de virtud ó nobleza que no sea invidiada de la gente plebeya y vulgar, se hizo, andando los tiempos, tan comun y ordinaria, que no habia remendon ni ganapan que no quisiese imitar la nobleza en ser ladrones. De donde y del poco recato y demasiada desenvoltura que en esto habia, vino á menospreciarse de tal suerte, que

los que públicamente la ejercitaban, eran castigados con penas muy afrentosas y tenidos por infames. Pero, como todas las cosas deste mundo tienen su contrapeso y declinacion, ordenó el tiempo que este abuso se remediase, buscando un medio de hurtar sin castigo, y de tal suerte disfrazado, que no solamente el hurto no pareciese vicio, pero fuese estimado por rara y singular virtud. Para este fin inventaron muchos buenos entendimientos la variedad de oficios y cargos que hoy se pratican en la república, de los cuales cada uno se sirve para hacer su agosto y enriquecerse con hacienda ajena. Y para que vuestra merced no juzgue mis palabras temerarias y mi proposicion demasiado atrevida, vaya, le suplico, discurriendo por todos cuantos oficios hay en la república, y hallará que todos somos hijos de Adan. Porque, *sic argumentor*, señor, el hombre que tiene un oficio de mil ducados de renta, sin otro beneficio, patrimonio ó pension, y tiene una casa que por el alquiler paga ochocientos, sustenta un caballo, dos lacayos y un criado, su mujer dos doncellas, y sus hijos un maestro que les enseña (que para todo esto ha menester mil ducados); y con todo eso, al cabo del año se hallan con dos vestidos, sin deudas,

y quinientos ducados de ganancia, sin que en su campo haya llovido más que en los demas, ni haya heredado los bienes de algun antecesor suyo; ergo ladron. Un sastre que come más que cose, y en término de seis años que ejercita el oficio, da en casamiento diez mil ducados á una hija, sin mezclarse en otro trato, que el de la aguja y tijeras; ergo ladron. El zapatero que en su botica tiene seis aprendices y no trabajan sino cuatro dias en la semana y aquéllos no enteros; y pasados tres años, se halla con dos casas edificadas en lo mejor de la ciudad, que cada una le renta trescientos ducados al año, sin otro patrimonio que el del cordoban; ergo ladron. El escribano que por cada hoja de papel tiene seis maravedis y en todo el año no escribe seis meses enteros; y apénas se acaban, cuando aparece con sillas de respaldo, pabellon de damasco, colgaduras de seda y otros ricos adrezos, sin que le vengan del cielo; ergo ladron. Y á este talle, hallará que en todos los oficios se paga tributo á Caco. Y advierta vuestra merced que hablo, no de los buenos y honrados oficiales, sino de los malos y perversos, los cuales, cegándose con el interese, atropellan el temor de Dios, el amor del prójimo y la verdad de la propia concien-

cia: y destos entenderá vuestra merced todo el mal que dijere. Y porque la grande atencion con que oye mis razones, descubre el deseo que tiene de saber todo lo qué en esta materia se pudiere decir, quiero manifestarle brevemente las trazas y engaños que cada uno de los malos oficiales tiene para hurtar.

El sastre hurta, pidiendo el tercio más, del paño, que ha menester el vestido; y cuando el dueño, presumiendo de muy bachiller, quisiere estar delante cuando la corta, le turba y embelesa la vista, señalando cuatro horas el derecho y enves de la pieza; y cuando le tiene ya desatenido con una infinidad de rayas, echa un pliegue falso debajo las tijeras, con qué en el córte de unos calzones le queda un cañon de ganancia, sin los botones, seda, pasamanos y otras menudencias que hurta.

El tejedor hurta, pidiendo más trama qué la tela ha menester, urdiendo cincuenta varas, en vez de cuarenta y cinco; y con la abundancia de muchos hilos quebrados, hace él un contínuo, que le vale por lo ménos un octavo lo qué hurta.

El zapatero restituye con los dientes lo qué con el boj hurtó, mordiendo y adelgazando el cordoban, para que en un par de zapatos que

le dan á hacer, le quede por lo ménos á él el empeine ó talon de uno. Y si la obra fuere suya, echa una suela gastada y el hilo podrido, para que más presto se rompa: todo lo cual me parece hurtar.

El médico y cirujano hurtan, ordenando el uno y aplicando el otro los medicamentos que entretienen y empeoran la enfermedad, para que, dilatándose el tiempo de la cura, se multiplique tambien el salario.

El boticario hurta con un *quid pro quo* hasta el alma, metiendo una droga por otra, echando mano de la más barata, sin considerar cuál humor se ha de purgar, y qué virtud tiene la que aplica; con qué hurta la honra y reputacion al médico y la vida al doliente. Y si acaso se le pide algun aceite que no tiene en su botica, no repara en tomar el del candil con que se alumbra, y vendello por de talco ú otro precioso, por no desacreditarse.

El mercader hurta, dando á usura, pasando el justo y riguroso precio, y asentando en su libro la deuda que por ventura estará tres veces pagada.

El notario y escribano hurtan con un etcétera una herencia entera: y si el proceso es criminal, á más del dinero que por la falsedad

toman, hurtan la vida á un pobre inocente.

El procurador y abogado hurtan, vendiendo mil mentiras al pobre litigante, dándole á entender que tiene ganado el pleito, aunque vean claramente que no tiene justicia, y muchas veces, concertándose un procurador con otro, venden el drecho de los pleiteantes y se parten la ganancia.

El letrado hurta la justicia al que la tiene, apasionándose por el que con algun presente ó dádiva le cohecha; torciendo violentamente los textos de Bártulo y Baldo á su interese.

El droguero y otros mercaderes de balanza hurtan, metiendo una plancha de plomo muy delgada debajo la balanza donde ponen lo que se pesa, con que, faltándole muchas onzas, muestran que tiene más del justo peso. Y cuando esto no hacen, dan con el dedo pequeño en la lengüecilla de la balanza, con que le hacen caer.

El tabernero hurta de cien mil maneras, mezclando y confundiendo un vino con otro, á más de la agua que le pone. Y cuando su vino, de tan mezclado y batizado, no tiene fuerza, cuelgan dentro en el tonel un salchichote lleno de clavo, pimienta, jengibre y otras drogas, con que le hacen parecer bueno.

El carnicero hurta, hinchando las piezas de carne con una flauta ó cañon, muy diestramente, para que parezcan mayores y le paguen más de lo que valen.

El tesorero hurta el tercio y áun la mitad de una pension, cuando algun necesitado de dinero llega á pidillo; porque, siendo el que la ha de recibir acosado de deudas ó alguna urgente necesidad, no repara en perder la metad della, ni él tiene escrúpulo de conciencia en pidilla.

El aguacil hurta, prendiendo un pobre inocente y metiéndole en un calabozo sin decille por qué; y al cabo de tres ó cuatro dias que le tiene en una cadena, envia un demonio de aquellos de la prision á decille que está acusado de falsa moneda y convencido por la deposicion de diez testigos que han deposado contra él; y que, por la consideracion de algunos amigos suyos, le librará una noche, si diere cien doblas para contentar los testigos y hacelles que callen; de lo cual amedrentado el pobre inocente, da hasta la camisa que lleva, por salir de tanta afliccion.

El cortesano hurta los favores de un privado, aplicándose á sí mesmo lo que otro recibe; porque, cargado de plumas, echando piernas, amidonado y más tieso que un huso, se va á

palacio, y oyendo en las puertas dél ó en la plaza donde están los lacayos alguna nueva, vuelve á visitar sus amigos y les da á entender que el Rey le retiró aparte con gran segreto, y que, entre otras cosas que le dijo, fué la nueva que él trae.

El perfumero hurta, sofisticando los olores, multiplicando el almizcle con hígado de vaca quemado, el ámbar con arena y jabon, y el algalia con manteca.

El clérigo hurta, diciendo cuatro misas, por cuarenta que le pagaron, á más del dinero que recibe por los aniversarios, responsos y otros sufragios, de los cuales por ventura no se acuerda jamas.

El religioso hurta un mayorazgo entero, acometiendo con un modesto semblante y el cuello torcido un doliente en el artículo de la muerte y, representándole un monte de escrúpulos y cargos de conciencia, le comuta en obras pías, aplicadas á su convento, todo lo que estaba obligado á restituir, sin que el dejar desheredados media docena de pupilos y la mujer del doliente mendigando, le engendre algun escrúpulo de conciencia.

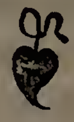
El predicador hurta, desentrañando á Santo Tomás y á San Agustin lo mejor de sus obras;

y habiéndoles hurtado hasta el pensamiento, vende en el púlpito la doctrina que dice por suya, hiciéndose primer inventor de lo que no es.

El ciego hurta en cada oracion que dice la metad; porque, habiendo recebido el dinero del que le mandó decir la oracion, pareciéndole que ya el otro está tres ó cuatro pasos apartado, comienza con su primer tono á pedir de nuevo que le manden rezar.

El mendigo hurta, representando al que le da limosna mil mentiras, diciendo que le han robado, que ha estado enfermo, que tiene su padre en la prision, y contrahaciendo el estropiado, con que cautelosamente saca limosna.

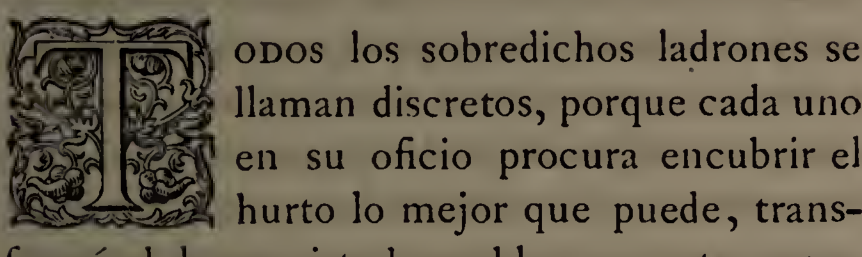
Finalmente, todos hurtan y cada oficial tiene su particular invencion y astucia para ello. Pero, como no hay regla general que no tenga su excepcion, podemos excluir del número de los ladrones toda la gente de buena conciencia, cuales son lacayos, palafreneros, cocineros, corchetes, el carcelero y sus mozos, alcahuetes, truhanes y putas.





CAPÍTULO VII.

De la diferencia y variedad de los ladrones.



TODOS los sobredichos ladrones se llaman discretos, porque cada uno en su oficio procura encubrir el hurto lo mejor que puede, transformándolo en virtud y nobleza; y esta manera de hurtar es la más segura y encubierta, de la cual hay tanta variedad y diferencias, cuantas de oficios hay en la república. Otros ladrones hay que hurtan sin máscara y muy á lo descubierto, de los cuales, aunque no hay tantas diferencias como de los primeros, con todo eso, son muchos y las diferencias dellos tantas, cuantas son las invenciones que hay de hurtar: las cuales, reducidas al número más brève y

compendioso, se dividen en salteadores, estafadores, capeadores, grumetes, apóstoles, duendes, maletas, cigarreros, cortabolsas, sátiros, devotos, mayordomos y dacianos.

Los salteadores hurtan en los caminos y despoblados con grande impiedad y tiranía, pues muy pocas veces roban sin matar, temiendo ser descubiertos y perseguidos de la justicia.

Los modos y astucia que tienen para hacer su lance, son varios, porque algunos traen avistado quince dias un hombre, esperando cuando saldrá de la ciudad; y para mejor pescalle el cuerpo, uno de la compañía se va, disfrazado en traje de mercader, á alojar en la mesma posada, con alguna bala de trapos viejos ú otra invencion, dando á entender que es un mercader extranjero y teme ir solo por el camino. Con esta invencion, entra en pláticas con el pobre mercader ó pasajero, sacándole del estómago cautelosamente lo que desea saber, informándose de dónde es, hácia dónde va, qué mercadería ó negocios lleva y cuándo parte: de lo cual dando aviso á la compañía, le esperan en el puesto más acomodado para el lance. Otros están encubiertos tras de algunas matas crecidas ó en la espesura de un

bosque, y cuando descubren de léjos el pasajero, ponen en medio del camino una bolsa cerrada, algun reloj de plata ó maleta pequeña, para que, en tanto que se apea y detiene á tomalla, puedan llegar y quitarle lo que lleva. Otros, estando escondidos en los puestos más ocultos del camino, envian uno de sus compañeros, vestido en traje de correo, y llegando al que viene, se para á miralle con grande admiracion, dando muestras de quererle conocer y traer algun pliego de cartas para él: y entrando en pláticas, le entretiene de tal suerte, que los otros tienen lugar de venir y rodealle. Otros fingen, un poco apartado del camino, una voz lastimosa y afligida, con que obligan al caminante á detenerse por ver lo que es, y estándole contando sus lástimas el que finge el engaño, sale la emboscada y le desnuda en carnes.

Los estafadores son muy poco diferentes de los primeros, aunque más corteses y ménos sangrientos. Éstos se llegan bonitamente en casa de un mercader, y no hallándole en ella, le buscan con el mayor desenfado del mundo en la plaza, campo ó iglesia, y en medio de mil personas se llegan bonitamente al oido, fingiendo comunicarle algun negocio de mucha impor-

tancia, y mostrándole un puñal, le dicen. «Este puñal pide cien ducados; hálos de traer á tal parte y tal dia, y si no lo hiciere, morena.» El pobre mercader, amedrentado con tales razones, no osa faltar á lo prometido, temiendo no le maten.

Los capeadores toman el nombre del hurto, que es tomar capas de noche, y no tienen otra astucia que la ocasion. Andan siempre de tres en tres ó de cuatro en cuatro, entre nueve y diez de la noche; y si á mediodía hallan la ocasion, no dejan perder el lance. Salen ordinariamente á capear las noches oscuras, lluviosas y de gran viento, y el puesto donde acometen es, si fuere posible, desierto de un lado, para que, á las voces que dan los que se ven desnudar, no salgan los vecinos y les prendan. Estos mesmos acostumbran algunas veces vestirse en traje de lacayos, y entrar en algun sarao ó banquete, fingiendo buscar sus amos; con cuya libertad, encuentran un monte de capas que los caballeros suelen dejar en la sala, seguros de que nadie las tocará, y muy diestramente y á la vista de todos toman dos ó tres sobre el hombro y se van con ellas, saludando á los que topan, con el sombrero en la mano.

Los grumetes toman el nombre, de la semejanza que tienen con aquellos muchachos de los navíos, los cuales suben con grande ligereza por las cuerdas á lo más alto del mástil, y los mareantes les llaman gatos ó grumetes. Y así, los que tienen este nombre, hurtan de noche subiendo ligerísimamente por una escala de cuerdas, al cabo de la cual hay dos anzuelos de hierro, para que, arrojándola hácia la ventana, se asga del encaje della, y puedan fácilmente subir y vaciar la casa. Éstos corren la ciudad y la campaña, robando oro, plata, trigo, cebada, legumbres y, finalmente, todo lo que hallan; y despues de haber hecho su lance, atan diestramente una cuerda delgada á la punta de los anzuelos, con que, despues de haber bajado, tirándola, se alzan ellos y cae la escala, sin dejar rastro ni señal del hurto.

Los apóstoles toman el nombre de San Pedro, porque, así como él tuvo las llaves del Cielo, así tambien éstos llevan ordinariamente una ganzúa ó llave universal, con que abren todo género de puertas: y para que el mucho escarbar la cerraja no haga rumor y despierte los que duermen, le apegan una plancha de plomo, con que la harán pedazos sin que los sientan los que más cerca estuvieren.

Los cigarreros tienen por particular oficio frecuentar las iglesias, saraos y banquetes públicos: cortan una media capa, las mangas de un sayo, medio manto, un cuarto de faldellin y, finalmente, lo que topan, porque de todo se saca dinero.

Los devotos son ladrones á lo divino, porque no hay pascua, jubileo, ni indulgencia que no visiten. Están perpétuamente en las iglesias y conventos, muy devotos, esperando la ocasion de esconderse debajo el altar ó tras de algun retablo la vigilia de alguna fiesta señalada, para salir de noche y vaciar las cajetas y desnudar las imágines de todas las joyas y oro que tienen. Á este lance se arriscan más en los conventos de religiosos, que en las demás iglesias, porque, como son más caritativos y temen incurrir en la irregularidad, pocas veces entregan un ladron á la justicia; y á todo mal, sale un hombre castigado de entre sus manos, sólo con disciplinarle por aquellos claustros una procesion de frailes, y encomendalle despues la enmienda y temor de Dios.

Los sátiros son gente silvestre y agreña, la cual tiene su destricto y habitacion en los campos y desiertos, robando caballos, vacas,

carneros y toda suerte de animales que la ocasion les presenta.

Los dacianos son gente cruel, desapiadada y feroz, tenida en nuestra república en ménos reputacion que los demas ladrones. Éstos roban niños de tres ó cuatro años, y rompiéndoles los brazos y piés, les dejan estropiados y contrahechos, para vendelles despues á ciegos, pícaros y otra gente vagamunda.

Los mayordomos tienen este nombre por el particular cuidado que tienen de buscar la provision de pan, vino, carne, y otras vituallas, con que sustentar la compañía: y como no hay cosa en el mundo que más ame el hombre que la bucólica, son tan varios y exquisitos los modos y trazas que estos ladrones tienen, que es imposible decillas todas. Algunos acostumbran juntarse tres ó cuatro al anochecer, y echando en un cuero de cinco ó seis azumbres el cuarto de agua, se van en una taberna, pidiendo que les allenen el cuero, del mejor vino que hubiere en ella; y concertado el precio, la tabernera comienza á mesurar hasta tenelle casi lleno. Ellos entónces hacen semblante de querer gustar si aquel vino es el mesmo que cataron al principio, y apénas lo han puesto en la boca, cuando, rugando la frente, arquean-

do las cejas y plegando las narices, alzan las voces contra la miserable tabernera, diciendo que, como ladrona y falsaria, les ha trocado el vino. La pobre mujer, viendo que sus juramentos y maldiciones no aprovechan, se resuelve en tomar su vino y sacar del cuero las mesuras que puso, con que les queda el cuarto tan bien proporcionado, que puede pasar por vino de á cuatro sueldos la pinta. Otras veces se van cinco ó seis de la compañía juntos en la taberna con dos grandes jarros ó cántaros, tan parecidos el uno al otro, que con gran dificultad se puede conocer alguna diferencia entre ellos: el uno llevan vacío y el otro lleno de agua, cubierto debajo la capa; piden que les allenen el vacío, del mejor vino que hubiere, sin reparar en el precio; y estando ya lleno, le toma uno dellos debajo la capa, y otro queda haciendo la cuenta con la tabernera, teniendo la bolsa en la mano y haciendo semblante de querelle pagar. Estando en esto, entran en consulta sobre si cenarán allí ó no; lo cual visto por la tabernera y cebada de la ganancia que le quedará si cenan en su casa, les persuade á quedarse, y ellos toman su consejo, determinando ir por la cena á otro bodegon y á llamar los demas compañeros; con la cual

ocasion, dejan el jarro lleno de agua á la tabernera, para que se les guarde en tanto que vuelven: con que ella queda contenta y segura, pareciéndole que, cuando no volvieren, siempre le quedará el jarro de ganancia.

Por lo que es la provision de carne, gallinas y otras cosas, se tiene muchas trazas y invenciones, de las cuales diré á vuestra merced una que há mucho tiempo que sucedió á uno de mis camaradas. Era (si bien me acuerdo) un sábado santo, en el cual se vendia gran cantidad de gallinas, perdices, pollos, conejos y otras cosas para la Pascua. Salieron tres de la compañía á buscar la provision, y dividiéndose cada uno por su parte, toparon dos dellos con un villano cargado de capones y perdices. Llegóse el uno á él, por comprarle lo que tenía, y y regateando un cuarto de hora el precio, por más encubrir el engaño, remató en diez escudos la compra, y dándola á su compañero para que la llevase á casa, quedó él con la mano en la faldriquera, haciendo semblante de querelle pagar. Reconoció ambos los lados de sus calzones, sacando una bolsa grande, otra pequeña, un lienzo ñudado, con algunos bultillos y otros papeles plegados, con que embelesó al Villano y dió lugar á su camarada para despa-

recerse. Finalmente, no hallándose en todos aquellos envoltorios la suma entera, rogó al Villano que se fuese con él y le pagaria. Contentóse el Villano con esto, y comenzó á seguille muy diligentemente y casi trotando, porque, como mi camarada tenía intencion de desparecerse cruzando algunas calles y plazas, caminaba á media posta. Pero, viéndose extremadamente acosado del Villano, acordó entrarse en un convento de frailes agustinos, donde estaban algunos religiosos confesando: y habiendo hecho una devota oracion, se volvió al Villano, diciéndole. «Amigo, la provision que me habeis vendido es para este convento, y el Padre que está en aquel confesionario, es el procurador dél; yo voy á decille que os pague.» Y diciendo esto, se fué hácia uno de aquellos padres que estaban confesando, siguiéndole el Villano un poco desviado; y metiéndole en la mano un real, le dijo segretamente: «Padre Reverendo, este Villano es conocido mio y viene á confesarse para cumplir con su parroquia; vive tres leguas de aquí, y le es forzoso volverse esta tarde á su aldea; suplícole me haga merced de confesarle luégo.» El buen Padre, obligado con la anticipada limosna, le prometió que luégo, en acabando de confesar el pe-

nitente que tenía á sus piés, le despacharía sin falta. Con esta respuesta llamó al Villano y le dijo: «Hermano, el Padre os despachará luégo, en acabando de confesar este hombre»; á lo cual añadió el Padre diciendo: «No os aparteis de aquí, que ahora os contentaré.» Con estas razones y seguridad, se despidió mi buen camarada, y el Villano quedó contando con los dedos el gasto que habia de hacer en zapatos, sombrero y otras menudencias que pensaba comprar para él y su familia con el dinero de sus gallinas. El penitente acabó su confesion, y el Padre hizo señas al Villano para que llegase; el cual fué tan azogado y deprisa, que el buen Padre se escandalizó grandemente, pareciéndole que traia poca devocion y ménos humildad para confesarse. Estábase de piés el Villano mirando muy atento al Fraile, por ver si echaba mano á la faldriquera, y el Fraile de la propia suerte estaba mirando al Villano, atónito y espantado de verle con tan poca devocion: pero, disculpándole con la simplicidad que suele tener la gente rústica, le dijo que se arrodillase. El Villano hizo alguna resistencia al principio, pareciéndole una ceremonia extraordinaria ponerse de rodillas para recibir el dinero de sus capones, pero, á la fin, lo hizo,

aunque gruñendo. Díjole el buen Padre que se santiguase y dijese la confesion, con que el Villano perdió la paciencia de todo punto, creyendo infaliblemente que el confesor estaba fuera de juicio, y alzándose en pié, comenzó á murmurar entre dientes y á jurar con grande obstinacion. Con esto, se confirmó el Padre en que el Villano estaba endemoniado, y habiendo hecho la señal de la cruz muchas veces, le comenzó á conjurar fuertemente poniéndole la correa de San Agustin sobre la cabeza y diciendo algunas devotas oraciones, con que el Villano salió de madre, perdiendo de todo punto la paciencia. Y asiendo al buen Padre del escapulario y echándolo en tierra, le pidia en altas voces el dinero de sus gallinas. El Fraile, creyendo tener sobre sí todo el infierno junto, comenzó con voz baja, desmayada y humilde á decir las ledanías y á encomendarse á todos los santos del calendario, rogándoles que le ayudasen en tan extrema necesidad. A la grita y alboroto, se revolvió todo el convento, saliendo todos los frailes en procesion, echando siempre agua bendita por todas partes, creyendo que una legion de malignos espíritus estaban en la iglesia. Llegaron adonde estaba el Fraile echado en tierra con el Villano,

forceando y pidiéndole siempre el dinero de sus gallinas; y habiendo el Padre Prior interrogado al Religioso del caso, y oida tambien la razon del Villano, se descubrió la justicia de entrambos y la malicia de mi compañero. Finalmente, algunas personas devotas, que en la iglesia estaban, pagaron al Villano, y con esto, se fué muy contento á su aldea.





CAPÍTULO VIII.

En el cual prosigue el Ladron las diferencias de los ladrones, con tres desgracias que le sucedieron.

Los corta-bolsas son los más comunes ladrones de nuestra república, y éstos tienen infinitos modos de hurtar. Todo su estudio consiste en meter la mano en la faldriquera del que acometen, y sacalle diestramente la bolsa y todo lo que en ella tiene, sin que lo sienta. Frecuentan ordinariamente las iglesias, sermones, ferias, saraos y otras congregaciones públicas, para que, entre tanta confusion, hagan ellos su lance. Suelen andar razonablemente vestidos, para que, metiéndose al lado de alguna persona principal, no sean sospechosos. Aco-

meten muy de ordinario á gente extranjera y recien venida, como son ingleses, alemanes y flamencos, los cuales suelen estar cuatro horas boquiabiertos y tontos, en viendo alguna cosa nueva, con tanta suspension y pasmo, que se les puede quitar hasta la camisa que llevan. De los españoles, sacan muy poco provecho, porque los sayos y coletos que llevan sobre el jubon les llegan hasta media pierna, á más de que no permiten jamas que un frances se les allegue mucho, y así es dificultoso pescalles la bolsa. Acostumbran hallarse siempre dos en un lance, dando el que roba la bolsa al que está tras dél, para que, si le asieren con la mano en la faldriquera, pueda desmentir los circunstantes y justificarse en presencia de todo el mundo.

La industria de que me serví una vez que me salió mal el lance, contaré á vuestra merced brevemente, pues la atencion con que me escucha me desengaña del poco enfado que recibe en oirme. Llegó en la ciudad de Leon el año pasado un mercader de Italia, rico, cortés y de buena aparencia, el cual, siendo registrado por nuestras espías, se me dió el cargo de acometelle. Levantéme muy de mañana aquel dia, por no perder la ocasion, y al cabo de haberle

seguido por muchas calles, plazas y iglesias (que realmente era buen cristiano) dió consigo y yo con él en una junta de mercaderes, que suele hacerse en la plaza á las once del dia. Acometíle, viéndole solo, con un trato tan ganancioso y seguro, que le hizo abrir el ojo y escuchar muy atento mis razones. Viéndole yo tan dispuesto y aparejado á mi intencion, le anduve dulcemente metiendo en un laberinto de enredos, de tal suerte, que ni yo acababa jamas de declararle el trato, ni él podia entender las circunstancias dél. Allegóse entónces mi camarada, dando muestras de no conocerme y de querer interpretar el negocio que yo habia propuesto tan confusamente, con que él comenzó á descuidarse de mí, y yo á contemplar en él. Echéle sutilmente los dos dedos en la faldriquera, por ver su profundidad y anchura, y vi que ella y el descuido de su dueño me daban campo franco para meter la mano entera y sacar lo que en ella estaba; hícelo así, y en el primer encuentro, saqué la bolsa, en el segundo, un reloj de plata que asido de una cadenilla de oro traia (con que pudiera contentarme, si en el hurtar hubiera límite). En resolucion, quise probar la tercera, por ver si podria sacar un lienzo de holanda que, con pun-

tas curiosas, habia un poco ántes mostrado; pero no fuí tan diestro en sacallo ó mi compañero en embelesarle, que no me sintiese; y así, acudiendo á defender la faldriquera con su mano, fué forzoso encontrar con la mia, de lo cual turbado y sospechoso, reconoció la bolsa y reloj, y hallándole ménos, me asió de los cabezones voceando ¡al ladron! ¡al ladron! Yo, previniendo el daño que me podria venir (porque es muy necesaria la astrología al ladron) luégo que saqué la bolsa, la di por debajo la capa á otro camarada mia, que estaba sólo dos pasos apartado de mí. Y así, con la seguridad que tenía de que no habia de hallar lo que buscaba en mi persona, desprecié sus razones desmintiéndole mil veces. El mercader me tenía asido por la mano, pidiendo siempre su bolsa, con un tono muy alto y tan soberbio, que á su rumor se juntó toda la plaza. Pero, viendo uno de mis camaradas que mi honra corria gran riesgo si el negocio se averiguaba entre tanta gente, llamó segretamente un corredor que al cabo de la plaza estaba, á quien mandó pregonar que, si alguno habia perdido una bolsa y reloj de plata, viniese á él, y dando buenas señales, se restituiria, y con esto desapareció. Apénas se oyó la voz del pri-

mer pregon, cuando mi buen italiano me soltó, pidiéndome con grandísima humildad le perdonase el juicio temerario que de mí habia hecho, lo cual hice por ruegos de los circunstantes. Yo me desparecí, y él se fué ligero como un corzo á buscar su corredor, y hallándole, le dió verdaderas señales de su pérdida; pero no se halló jamas el que habia mandado echar el pregon, y desta suerte escapé desta peligrosa afrenta.

Los duendes, llamados así por la similitud que tienen con los espíritus deste nombre, comienzan á pasear la ciudad al punto que anochece, y hallando alguna puerta abierta, se entran queditamente por ella, escondiéndose en la bodega, caballeriza ó algun otro puesto segreto y obscuro, para echar por las ventanas todo lo que en casa hubiere, estando todos dormidos. A este lance me arrisqué una vez que quise transformarme en ángel de tinieblas, pero quedéme burlado. Fué, pues, el caso que una tarde, víspera de una fiesta señalada, andando á buscar mi ventura, me presentó la desgracia una puerta medio abierta, por la cual metiendo la cabeza, vi que tras della podia tan bien entrar todo el cuerpo. Andúveme, colando una escala arriba, hasta dar conmigo

en un aposento grande, bien compuesto y adrezado, pareciéndome cosa acertada esconderme debajo una cama que en él habia, hasta que los de casa estuvieran recogidos: hícelo así, y al cabo de cuatro horas que estuve tendido en tierra, oí un rumor que muy aceleradamente venía hácia el aposento. Estuve atento por ver qué sería, y luégo á la luz de una candela vi los piés de dos criados y una moza, que con gran cuidado adrezaban una mesa y encendian fuego; y era que el dueño de casa queria cenar. La mesa adrezada y cubierta con muchas suertes de viandas, se sentaron en ella cuatro ó cinco personas, sin otros niños que en casa habia, acompañando la cena con varios discursos y razones. Yo estaba entónces tan sobresaltado y confuso, que realmente imagino que, si no les estorbára el tono de sus voces y la bulla de los niños, oyeran el batimiento de mis miembros claramente; porque mis dos nalgas se encontraban tan reciamente una con otra, que pienso el rumor se sentia de un cuarto de legua. Habia, por desgracia, un perrillo en casa, el cual andaba royendo los huesos que de la mesa caian, y habiendo uno de aquellos niños arrojádole uno, fué más diligente en tomalle un gato, que muy devoto y

despierto estaba al pié de la mesa, con el cual se escondió debajo la cama. El perro se fué tras del gato, regañando los dientes y procurando quitarle el hueso; el gato supo tan bien menear sus uñas y defender la presa, que, habiendo dado dos zarpazos en los hocicos al perro, se trabó tan grande escaramuza y rumor, que uno de aquellos criados asió de una paleta de hierro, que estaba en la chimenea, y la tiró debajo la cama tan furiosamente, que si, como me dió de llano en las narices, me diera de córte, me las llevára enteras. El golpe fué tan desatinado y terrible, que estuve media hora sin poder volver en mí; pero con él salió el gato como un rayo debajo la cama, y el perro quedó ladrando y gruñendo con tal furia, que no bastaron halagos ni amenazas para aplacarle; de lo cual enojados los que en la mesa servian, dieron en perseguille arrojándole hasta los tizones del fuego, con que él se resolvió á salir de bajo la cama y dejarme á mí con trasudores de muerte. Acabóse la confusion del perro y comenzó á despertarse otra en mis intestinos y barriga, tan violenta, que, por detener los acelerados ímpetus de un flujo de vientre que el temor y aprension me dejaron, me fué forzoso esternudar tres veces, y

con la fuerza del estornudo ofender mis calzones con la libertad de una injusta violencia. Topáronse estos dos rumores, y haciéndose de dos uno, aumentaron tanto su fuerza, que todos los circunstantes se levantaron de la mesa por ver aquella novedad y alboroto. Topáronme en fragante delicto, no hubo razon que fuese escuchada ni humildad que fuese admitida, y así quedé sujeto al rigor de su venganza: desnudándome en carnes y atándome los piés y manos, comenzaron con grande risa á enlardarme con una antorcha encendida, y despues de haber satisfecho su furiosa pasion, me entregaron en manos de la justicia, de cuyo poder salí sellado y firmado.

Los maletas son ladrones que se aventuran á grandes peligros é inconvenientes, porque se encierran en una bala, cesto ó tonel, y fingiendo ser alguna mercadería encomendada, hacen que algun amigo suyo, transformado en mercader, la lleve á la casa de otro, para que la noche, estando todos durmiendo, rompa con un cuchillo la tela y salga á vaciar lo que hay en casa. Deste género fuí cuando me sucedió la cuarta desgracia en este oficio: porque habiendo fingido un amigo mio cuatro balas para ponellas la noche en casa de un platero

riquísimo, fué de parecer que yo me encerrára en una dellas, encubriendo sus lados con lienzos, telas y fustanes. No hizo dificultad el platero en recibillas, por ser el tiempo que las habia de guardar muy corto, como tambien por parecerle que, si el dueño dellas muriera en este medio, habia de quedarse con alguna; y así las hizo poner en la rebotica, con que yo quedé seguro de hacer el golpe muy fácilmente. Estuve esperando la noche, con los deseos que un lance tan señalado merecia, y vino; pero desgraciada para mí, pues acertaron á quedarse tres ó cuatro aprendices aquella noche en casa, con la ocasion de las balas, determinando juntallas y acostarse sobre ellas. Acabada la cena, se recogieron todos, acomodando el desgraciado lecho y la bala donde yo estaba en medio las otras, con que comenzaron á dormir tan sordamente, que podian rastralles una legua sin sentirlo. Yo, impaciente del desmesurado peso que sobre mí estaba, y por otra parte, ahogándome la poca respiracion y mucha estrechura que tenía, comencé á menearme un poco, y viendo la inmovilidad de lo que sobre mí estaba, creí infaliblemente que debian haber puesto una bala sobre mí, con la cual imaginacion y las extremadas angustias que te-

nía, saqué mi afilado cuchillo, y echándolo hácia arriba, di un rasgo en el terliz de la bala y una desaforada cuchillada en las nalgas del que sobre mí estaba echado. Levantóse como un rayo, dando voces á los cielos, pidiendo ayuda á los vecinos y llamando á la justicia, creyendo que alguno de sus compañeros le habia querido matar. La confusion, voces y sobresalto de la vecindad fué tan grande, que, ántes que viniese la luz, llegó la justicia, rompiendo las puertas de casa. Y hallando el pobre herido desnudo, medio desmayado y lleno de sangre y á todos los demas rasguñados y confusos, tomó la deposición del herido, sin reconocer la bala ni llegarse á ella, pareciéndole que no era necesario saber el puesto y lugar del exceso. El platero estaba muy atento escuchando las quejas del herido y la interrogacion del aguacil, y habiendo considerado las circunstancias del caso, creyó que la bala donde el herido dormia estaria llena de sangre, las telas gastadas y él obligado á la reparacion del daño. Y así, con esta inquietud, se llegó á reconocer la bala, y viendo el rasgo que en ella habia, caló los dos dedos, para ver si habia algo gastado, y dió con ellos en mis barbas (bien pudiera yo mordelle, si creyera que fuera acertado el ha-

cello, pero estúveme quedito, creyendo que no diera en la cuenta). Llegó la antorcha más cerca del rasgo, y abajándola para mejor ver lo que habia tocado, comenzó á derretirse la cera y gotearme todo el rostro, con que me fué forzoso bullirme un poco y él desengañarse mucho, gritando en alta voz: ¡Ladrones! ¡ladrones! Llegóse el aguacil, que áun estaba escribiendo la deposicion del herido, y abriendo la bala, me hallaron dentro y llevaron en volandas á la prision, de la cual salí al cabo de siete dias tras de un carro y bien acompañado, sin otras mercedes que se me hicieron, la mayor de las cuales fué condenarme á diez años de galeras.

Todos los sobredichos ladrones tienen ordinariamente sus espías en los cambios, aduanas y mercados públicos, visitando todos los que van y vienen, qué dinero llevan, cuándo y en qué moneda, adónde lo dejan y en cuyas manos, para dar aviso á la compañía. Y en esto hay tal diligencia y cuidado, que no llega extranjero en la ciudad, que medio cuarto de hora despues no esté registrado en nuestro libro con todas sus calidades, á saber, quién es, de dónde viene, hácia dónde va y qué trato es el suyo. Y si en esto hubiere alguna negligencia,

las espías que tienen aquella parte de la ciudad á su cargo, pierden los provechos y ganancias que les pueden venir de la comunidad aquel dia, á más de una muy afrentosa reprension que nuestro capitan les da en presencia de todos los demas ladrones.





CAPÍTULO IX.

Adonde cuenta el Ladron la industria que tuvo pará salir de las galeras de Marsella.

Bien puede vuestra merced creer que recebí de muy mala gana el viaje que aquellos señores me mandaron hacer para Marsella, pues ningun gusto puede haber en lo que se hace por fuerza. Con todo eso, obedecí con grande resolucion, esperando que la fortuna me presentaría alguna buena ocasion para meterme en libertad. Y así, todo mi estudio y cuidado no era otro, que trazar modos y maneras para llegar á este blanco; y habiendo intentado muchas, que no tuvieron efecto, di con una, que me salió harto bien, si la fortuna se tuviera por contenta de las persecuciones pasadas,

y no me hubiera hecho caer más en la tentacion. La traza, pues, fué que, estando el Capitan de la galera donde yo estaba forzado, enamorado por extremo de una dama muy principal, y ella no dél, bebia los aires por convertilla á su devocion y amor. Y como es ordinario en los enamorados encenderse cuando hallan dificultad en lo que aman, fué la extremada tibieza de la Señora un vivo fuego para él, de tal suerte, que no tenía un punto de reposo, sino es cuando de sus amores trataba. Yo, habiendo tenido noticia dello, por la relacion de un forzado que cada dia iba en casa de mi amo á llevar agua, leña y otras cosas necesarias al servicio della, determiné echar entónces mi lance y no perder la ocasion; y así le hablé muy familiarmente, prometiéndole que, si con fidelidad me ayudaba en esta empresa, no podia esperar ménos que la libertad, la cual yo le aseguraba como la mia propria. El buen Antonio (que así se llamaba el forzado) dió tanto crédito á mis razones y prometida libertad, que no veia la hora de verse empleado en lo que yo le rogaba, esperando con grande impaciencia que le declarase el modo y lo que él habia de hacer por mí. Viéndole yo entónces tan á propósito á mi intencion, y por otra

parte, tan entero y sencillo, le dije: «Advertid, amigo Antonio, que há mucho tiempo que deseo comunicaros el segreto que oiréis; pero, como todas las cosas quieren prudencia, paciencia y ocasion, no lo he hecho hasta agora, por parecerme que no convenia hacello ántes, como tambien por no estar tan satisfecho como agora de vuestra bondad y talento: porque, como se suele decir, una hanega de sal ha de comer un hombre con su amigo, ántes de fiarse dél. Bien sabeis los amores de nuestro amo con aquella Dama de junto á la Iglesia mayor, y cuán perdido anda por ella, sin haber tenido un solo favor, al cabo de tanto tiempo que le sirve y de tantos ducados que ha gastado en regalarla; pues, si yo hallase modo é invencion segura para que, sin gastar un sueldo ni importunar los poetas, la gozase muy á su salvo, ¿en cuánto estimaria el Capitan este favor, y qué agradecimiento haria á quien le diese lo que tanto desea?» «Verdaderamente, respondió Antonio, tengo por cierto que saldria loco de contento, y que, no solamente te daria libertad á tí, pero tambien á todos por quien tú la pidieses.» «Pues, amigo, le dije yo, si tienes conocimiento particular con alguno de los que en casa del Capitan privan, será menester comunicalle este

negocio, para que él se lo diga, asegurándole que yo haré infaliblemente lo que aquí prometo; y advierte que este negocio no sufre dilaçion.» El contento que Antonio recibió fué tan grande, que, sin decirme adios ni responderme una sola palabra, se despidió de mí como un rayo, rogando á un soldado de la galera que le llevase en casa del Capitan por hablalle sobre cosas de importancia. Fuése, y supo dar tal órden á mi negocio, que, pasada media hora, vino el Mayordomo de casa á decir al Cómite que me enviase con un soldado, porque el Capitan me queria ver. El pronto efecto que hizo la diligencia de Antonio, me dió extraño contento, dándome seguras esperanzas de que, con tan buen principio, habia de llegar mi pretension á un fin dichoso. Finalmente, di conmigo en la cámara de mi Amo, roto, despedazado, desnudo y con una gruesa cadena asida del pié, saliéndome él al encuentro, como si yo fuera alguna persona de calidad; y metiendo su mano en mi rapada cabeza, comenzó á hacerme algunas caricias, preguntándome de qué tierra era, cómo me llamaba, y por qué me habian condenado á galeras. Y habiéndole respondido lo mejor que pude disimular, me retiró hácia un lado de la cámara, para preguntarme si era

cierto lo que habia prometido á Antonio. «Mi señor, le respondí yo, no sé lo que él ha dicho, ni la promesa que ha hecho; lo que sé decir es que, si él ha hablado conforme lo que yo le dije, todo es verdad sin faltar un punto. Yo le dije, señor, que, si tú me prometieses sacarme desta pena en que estoy y darme entera libertad, te haria gozar de los amores que tanto deseas y tan desvelado te traen; lo cual de nuevo te prometo y aseguro, haciendo partido claro contigo que, si no hiciere lo que prometo, me mandes cortar la cabeza ó echar en la mar.» «Á mucho te obligas (me dijo él con un semblante risueño y blando, deseoso de ver ya el efecto prometido); pero, si tú eres hombre de tanto ingenio y sabiduría, que hagas eso por mí, esta galera en que estás será tu ventura, pues, no solamente me contentaré con darte libertad, pero te haré uno de mis domésticos y el más privado de todos. Mas, dime, ¿de qué suérte harás esto tú?» «Sabrá vuestra merced, señor mio (le respondí), que yo me crié con un grande Astrólogo, el cual, con sus estrellas y horóscopos, disimulaba la arte mágica con tanto artificio, que no habia persona en el mundo que lo imaginase. Servíase de mí en algunas experiencias mágicas, pareciéndole que,

por ser muchacho y de rudo ingenio, no entenderia los secretos de su arte; pero engañóse en ello, porque, aunque hacia el tonto é ignorante, tenía el ojo alerta á todas sus experiencias, y las estudié tan bien, que me quedaron en la memoria muchos segretos *ad amorem*, entre los cuales, tengo uno segurísimo y experimentado, con el cual, si una mujer fuere más dura que un diamante, la haré venir más blanda que la cera. Así que el segreto que á vuestra merced propongo, es mágico y no natural, y es necesario tener algun cabello de la persona amada, para metello en ejecucion; con el cual y algunas ceremonias que se hacen, queda el corazon de la dama tan rendido y enamorado, que no tiene reposo ni sosiego, sino es cuando está ó piensa en la cosa amada. Pero esto se ha de hacer de noche, luna creciente y en el campo, siendo solos tres de compañía, y éstos gente de ánimo y resolucion, que no se alteren ni turben por cualquiere accidente ó vision que se les presente delante.» «Si este tu segreto, dijo el Capitan, no tiene otra dificultad que el buen ánimo, fácilmente saldrémos con ello: porque, cuando todo el infierno se me pusiere delante, soy hombre que no volveré el pié atras, ni se me mudará el color del rostro:

y por los cabellos, que dices ser necesarios, yo te daré cuantos quisieres.» «Yo conozco, señor, en la fisonomía, le respondí, que vuestra merced tiene el natural muy propio para la arte mágica y que, si la hubiera estudiado, hiciera maravillas con ella; y así, pues el tiempo nos es favorable, y vuestra merced tiene ya cabellos de la dama, manos al pandero, no dejemos pasar este creciente de la luna, sin hacer nuestro negocio. Vuestra merced podrá salir á caballo y el otro que nos acompañáre tambien; que yo, aunque maltratado con el peso de mi cadena, iré á pié.» «Todo estará en órden, dijo el Capitan, para juéves en la noche; y tú, pues eres el maestro desta experiencia, prepárate bien y estudia lo que has de hacer, para que, por negligencia ó descuido, no se pierda nuestro intento; y por ahora, vuélvete á la galera, que yo te inviaré á llamar con mi Mayordomo, que será el tercero de nuestra compañía, hombre animoso, fiel y valiente: y si algo fuere menester para el caso, podrás en este medio proveerlo, que yo daré órden de que se pague todo lo que tú comprares.» Con esta buena respuesta, me despedí de mi Amo, más alegre que una pascua de flores, viendo que mi negocio quedaba muy bien entablado y en buen

punto; y habiendo entrado en la galera, hallé mi buen Antonio, que con grande impaciencia me estaba esperando, por saber lo que habia pasado con el Capitan y en qué estado tenía mi negocio: al cual di larga cuenta del concierto hecho y de la buena voluntad con que me habia recebido, aceptando mi buen deseo. Apénas hube comenzado mi discurso, cuando vi entrar por la popa de la galera al Mayordomo del Capitan, el rostro encendido, los ojos alterados y bailones, con azogue en los piés, preguntando por mí. Y habiendo llegado donde yo estaba, y apartándome á un lugar retirado, me dijo: «Yo soy, amigo, el Mayordomo del Capitan desta galera, el cual me ha mandado que te venga á ver y sepa de tí todo lo que fuese necesario para el negocio que habeis concertado: dispone y ordena á tu voluntad, que dinero hay para todo: y, por lo que á tí se te puede ofrecer, toma este escudo de oro, que yo te presento en señal de la amistad que quiero tener contigo, y asegúrate que tendrás en mí un buen intercesor para con el Capitan. Pero razon será tambien que tú me correspondas con recíproco agradecimiento, haciendo algo por mí.» «A mucho me obligas, señor (le respondí entónces muy humilde), allanándote

tanto con quien es tan desigual; mira en qué puede mi pobre y flaco talento servirte, que con el alma lo haré.» «No quiero yo (dijo el Mayordomo) que aventures tu alma, porque ésta es de Dios, pero queria bien rogarte que, con tus segretos y arte, me ayudases á conquistar los amores de una Dama principal de quien cinco años há que estoy enamorado; y por ser yo de un poco más baja calidad que ella, no hay remedio que quiera escucharme. Y, si fuere posible hacerse un camino y dos mandados, y con una piedra matar dos pájaros, sería de grandísimo contento para mí, y me dejarias obligado, no como amigo, pero como esclavo. Ahora es la luna creciente y el tiempo muy acomodado para ello, pues no pienso há menester más ceremonias mi Dama, que la del Capitan: y si en la mia son menester cabellos, véaslos aquí, que há más de un año que los llevo conmigo, guardándolos como reliquias.» Y sacando un papel de la faldriquera, me puso en la mano una mata de cabellos. Yo, que no deseaba otra cosa para que el negocio me saliera bien, sino que el tercero de nuestra compañía se embelesase tambien, quedé casi fuera de mí de contento, el cual no pude encubrir ni disimular, sin dar algunas muestras de turba-

cion en mi rostro, de las cuales él tomó ocasion para preguntarme de qué me turbaba, y qué dificultad tenía; á lo cual le respondí: «Señor, temo que, si el Capitan sabe que yo hago alguna cosa por tí, se desdeñará contra mí, y perderé esta buena ocasion, en la cual consiste no ménos que mi libertad: y esta consideracion es la que me turba, y no falta de deseo para servirte.» «Pues ¿quién se lo ha de decir?» dijo él entónces. «El diablo, respondí yo, que nunca duerme. Pero, sea lo que fuere, que yo me resuelvo, aunque pierda la gracia del Capitan, á servirte, pues es la primera cosa que me has mandado. En lo que toca á las cosas necesarias para el negocio del Capitan y tuyo, es menester que compres un saco nuevo, grande, una cuerda pequeña y otra gruesa, de cáñamo, ocho varas de largo, un cuchillo nuevo, un cadenado y una escoba. Y esto lo comprarás, sin hacer precio alguno, quiero decir, que des toda la moneda que te pidieren, sin regatear; y asegúrate que, ántes de ocho dias, gozarás de tus amores con mucha libertad.» «Más contento me dejas con esta respuesta, dijo el Mayordomo, que si el Rey me hubiera dado una pension de mil ducados: haz lo que prometes, y verás lo que yo haré por tí»; y dándome un es-

trecho abrazo, se fué lleno de gozo y alegría, dejándome el hombre más contento del mundo, pues, si por todo él buscára una ocasion que más á pelo me viniera, fuera imposible hallarla, porque, así mi Amo como el Mayordomo estaban tan ciegos, embelesados y tontos, que, si les hubiera propuesto que el dia era noche, lo hubieran creido. Por otra parte, me daba mil sobresaltos el corazon, considerando en qué laberinto me metia, si el negocio no me salia bien; pero sacaba fuerzas de flaqueza, valiéndome del remedio ordinario que tienen los que se ven en alguna necesidad, cual es la audacia y resolucion. Con este buen ánimo, estuve esperando el juéves, el cual vino más alegre y sereno que una primavera, aunque cansado y prolijo, porque á ellos con el deseo que tenian de gozar sus damas, y á mí de salir á puerto del engaño que les tenía tramado, nos pareció el más largo de todo el año. Cada hora que daba el reloj se desesperaban, temiendo errar el cuento de las horas, como hacen los que esperan una cosa que mucho desean; y tras deste cuidado, se quedaban en éxtasi, contemplando lo que harian en la posesion de sus amores, como si verdaderamente hubiesen ya pasado la noche y vencido la difi-

cultad. Esta suspension y extremado martelo me venía á mi de molde, para que no vieran los trampantojos que les metia delante y las berlandinas que les vendia. Por donde hallo que tienen mucha razon los que pintan el amor ciego, pues, si no lo fueran, echáran de ver que todas mis promesas eran al viento y que las trazas que les habia propuesto, no podian tener otro fin que engañarles.





CAPÍTULO X.

En el cual acaba de contar la traza comenzada, con ciertos coloquios de amor que pasaron entre él y el Mayordomo.

CERRÓ la noche, que habia de ser dia para mí, dejando el cielo esmaltado con millones de estrellas, tan resplandecientes y claras, que con su rutilante luz afrentaban el dia y allenaban mi alma de gozo, cuando mi buen Mayordomo entró por la galera, galan, bizarro y con los mejores vestidos que tenía, porque, entre otros documentos que á él y á su Amo habia dado, el más principal fué encargarles la limpieza, como cosa más necesaria á los experimentos mágicos. Y habiéndome saludado con un estrecho abrazo, me dijo: «Para que veas,

amigo, que con el Capitan puedo lo que quiero y que no me falta voluntad para ayudarte, sabrás que, por mi intercesion, te permite dejar la cadena por esta noche, y podrá ser para siempre, para que con más libertad puedas caminar y hacer las diligencias necesarias; y aunque el Capitan hacia dificultad en ello, yo he podido tanto, que he alcanzado este favor, en prendas de lo mucho que por tí deseo hacer.» Yo, que entónces era más solapado y tacaño que tonto, caí en alguna malicia, imaginando que aquella anticipada liberalidad era paliada y por probarme; y así le respondí: «Yo te agradezco, señor, la diligencia y cuidado que de mí has tenido, alcanzando de mi Amo que me quite la cadena, merced que aceptára yo de muy buena gana, si fuera posible, pero no lo es, porque una su las más principales condiciones que ha de tener el que hace la experiencia, es no mudar su traje, condicion y estado, y así no puedo ir, sino es en mi propia forma y con la cadena, porque, de otra suerte, hariamos nada.» No quedó poco satisfecho el Mayordomo de mi repuesta, asegurándose que no reinaba en mí algun género de malicia ni engaño, sino la verdad pura y sencilla; y teniendo lástima de mí, creyendo firmemente que en mi sentencia hubo

más pasion que justicia, me dió un segundo abrazo, diciendo: «Amigo, Dios, que suele dar tras de la llaga la medecina, te trujo á esta galera, para que por ella vinieras en conocimiento de mi Amo, y gozáras las señaladas mercedes que de su grande liberalidad puedes prometerte, si el negocio te sale bien.» «¿Cómo bien? repliqué yo? ¿Luego tiene el Capitan alguna duda ó recelo de que le puedo engañar?» «No tiene, por vida de los dos, respondió el Mayordomo, supuesto que, aunque quisieses hacerlo, no podrias; sino que el grande deseo que ambos tenemos de ablandar la dureza de aquellos tigres, y convertirles á nuestro amor, nos hace tener por imposible lo que á tí es tan fácil: y esto es cosa ordinaria entre los amantes.» «Nunca lo fuí, respondí yo, y cuando lo fuera más que Narciso, no me parece que pudiera persuadirme á creer que el dia es noche, que los bueyes vuelan y otras fantásticas imaginaciones que á los tales suceden, las cuales pueden atribuirse más á locura y desatino, que á pasiones del amor.» «Bien parece, dijo el Mayordomo, que no te han herido sus flechas, que, si las hubieras probado, no habláras con tanta libertad y desenfado. Advierte, amigo, que esta enfermedad de amor la ponen los médicos entre las pasiones

melancólicas, en las cuales va el doliente creyendo lo que no es, y figurándose mil fantasmas y visiones, que no tienen otro fundamento que su imaginacion depravada, la cual hace el mesmo efecto en los enamorados, dándoles una impresion de celos, otra de disfavor, otra de privanza, haciendo de nada un gran monte: todo lo cual nace del ardiente deseo que tienen de poseer lo que tanto aman; pero persuadir esto á quien no lo ha probado, es tomar agua en un arnero y poner puertas al mundo.» «No soy dotor, señor Mayordomo, le respondí, ni áun bachiller, porque, quedando sin padres, muchacho y sin hacienda, quedé tambien sin ciencia, con solas cuatro palabras que aprendí de la lengua latina; pero, con el discurso natural, verdadero maestro de todas las ciencias, alcanzo la poca razon que tienen los enamorados, sobresaltándose tan á menudo y por tan ligera ocasion. Porque necesariamente sus amores y aficion se reducen á dos puntos, cuales son, ser la mujer buena ó mala, fiel ó traidora. Si es buena, fiel y correspondiente con recíproco amor, grandísima necedad es tener celos della. Si es infiel y por tal conocida, no es menester otro desengaño, para no fiarse en ella ni amalla. De donde infiero que todos esos

acidentes que me dices pasan por los enamorados, son sobras de mucha locura y falta de discrecion, siendo notable disparate amar á quien me aborrece, supuesto que el ódio no puede ser objecto de amor, ni el amor de ódio, pues ordinariamente amamos á quien con su amor nos obliga.» «Si por experiencia va, dijo el Mayordomo, tú perderás el pleito, porque ordinariamente aborrecen las mujeres á quien las ama, tomando ocasion de ver un hombre rendido, amartelado y con demasiado amor; y éste es vicio, en ellas convertido ya en naturaleza, huir de quien les sigue y aborrecer á quien les adora, como dello tenemos el Capitan y yo larga experiencia.» «No piense vuestra merced haberme ya concluido, señor Mayordomo, le respondí, que le haré ver claramente en qué falacia pecan sus argumentos, si tuviere paciencia para escucharme. Y advierta que el amor no mueve á amar, ni el ódio á aborrecer, y quien le crió con esta filosofía, le dió á tragar mala leche: porque el amor, por sí solo y sin estar acompañado con otras circunstancias, cuales son ser proporcionado y razonable, no es motivo de otro amor. Que una princesa de alto y noble linaje esté obligada á amar

un ganapan que muere por ella, sólo porque él le adora, *negatur antecedens:* no está obligada á hacello, ni su voluntad á aficionársele, no hallándose en él el verdadero objecto de amor. Como, tambien bastarda y viciosamente, aborrece el príncipe una doncella humilde y honrada, porque ella le menosprecia, no queriendo consentir con su amor lascivo. De donde se ha de inferir que, ni el amor bajo del carbonero obligará la voluntad de la princesa, ni el desprecio de la doncella honrada y humilde engendrará aborrecimiento en el noble. Cuando, junto con el amor, se halla lo bueno, útil y deleitable, que son los anzuelos con que se prende la voluntad, entónces es motivo de amor, y no podrá la dama aborrecer al que con estas condiciones le ama. Pero, habiendo en el dicho amor desigualdad, deshonra y ningun provecho, bien podrá hacello. En el ódio hallará vuestra merced esta doctrina más clara: porque, cuando un hombre se muere por una dama y ella le aborrece por extremo, aquel aborrecimiento no es el que enciende al otro en su amor, sino la estimacion que ella tiene de su honra y el temor de la infamia que recela, si condeciende con el gusto del que le ama, cuya consideracion le hace tibia, retirada

y cobarde, y á él extremadamente apasionado. De donde queda concluido que la dama no ofende aborreciendo á quien le adora, ni un hombre debe aborrecer á quien le menosprecia.» «Esta tu filosofía, amigo, respondió el Mayordomo, está compuesta de más palabras que doctrina, y la reprobára yo con vivas razones, si el tiempo nos diera lugar para ello; pero ya la hora es llegada, y el Capitan nos estará esperando: sólo te quiero rogar que te acuerdes de mí como amigo, haciendo un encanto equivalente á la crueldad que de mi dama te he contado.» «Pierde cuidado, señor, le dije, que yo haré de tal suerte que, cuando tu dama fuere mas áspera y helada que los montes Perineos, se convierta en más fuego de amor que la montaña de Ethna echa.» «Así lo creo, dijo el Mayordomo, pero no dejo de maravillarme de que, teniendo tanta habilidad, no encantases al juez para que se enamorára de tí y no te condenára á galeras.» «Si para hombres valiera este segreto, le dije, ¿no hubiera ya cien años que yo fuera duque, conde, ó gobernador de alguna provincia? No vale, sino para mujeres, porque el primero que lo inventó, le dió esta sola virtud.» «Esa sola me basta á mí, dijo el Mayordomo, si con ella pudiere ablandar aquel dia-

mante; pero con la esperanza que me has dado, tengo por cierta la victoria y estoy impaciente por ver ya el dia de mañana. Con estas pláticas llegamos á la otra parte del puerto, donde mi buen Capitan nos estaba esperando, con grandes ánsias y cuidado, del cual fuí muy bien recebido; y preguntándome por qué no me habia quitado la cadena, como él habia mandado, le respondí con las mesmas razones que al Mayordomo, de que él quedó satisfecho en extremo. Metiéronse ambos á caballo, y yo les anduve siguiendo poco á poco, por el peso de mi cadena, y apartándonos cuanto una legua de la ciudad, llegamos al puesto que yo les habia señalado. Apeáronse, y atando los caballos al tronco de un árbol, nos retiramos juntos al lugar donde se habia de hacer la experiencia. Y previniéndoles yo con algunas ceremonias necesarias al caso, hice un círculo en tierra, murmurando algunas palabras incógnitas, volviéndome muchas veces al Oriente y Occidente, con otras ceremonias tan extraordinarias, que tenian al Capitan y Mayordomo atónitos y suspensos. Y al cabo de una media hora que anduve dando vueltas por el círculo como un loco, hize meter al Capitan dentro, encomendándole que no hablase palabra, hasta que yo

se lo dijese; el cual estuvo tan obediente y dispuesto, que, si le cortára entónces los mostachos, creyera que aquello era necesario para el encanto. Hícelo desnudar en camisa, enseñándole ciertas palabras á cada cosa que se quitaba, las cuales pronunciaba con tanta eficacia, que no perdia una sílaba, creyendo que, si faltaba en un punto, se perderia el negocio. Desnudéle hasta la camisa, con la dicha ceremonia, sin que mostrase algun género de recelo y temor, asegurado con la presencia de su Mayordomo, el cual estaba tan atónito de ver las ceremonias que yo hacia, como impaciente y deseoso de que las acabase, pareciéndole que no habia de haber tiempo ni encanto para él. Retoçóme la piedad en el alma, y compadeciéndome de su inocencia, no quise quitalle la camisa, porque entónces hacia uno de los mayores frios del invierno: y ora fuese el temor, ora el frio, le dió un tan extraordinario temblor de miembros y crujir de dientes, que el rumor se sentia de un cuarto de legua. Yo le confortaba, animándole con la brevedad del encanto y la segura posesion de sus amores, encomendándole empero el silencio, y advirtiéndole que, si hablaba palabra, nos hallaríamos todos en un pestañear de ojos en Berbe-

ría. Teniéndole, pues, en este punto, quiero decir, desnudo en camisa, le dí el cuchillo en la mano, mandándole que diese con él ciertas estocadas á las cuatro partes del mundo, pronunciando en cada una algunas palabras, y por último remate, le hice meter dentro del saco. Fué maravilla y milagro de Dios lo que entónces vi con mis ojos, porque siempre imaginé que en llegando el saco sospecharia algo, y toda mi traza daria al traste: pero un corderito no fué más obediente y manso que él, pues, sin alguna resistencia ni muestra de desconfianza, se puso dentro, asegurado con la presencia del Mayordomo y la ignorancia de sus amores, que á buena fe que, si él supiera que el Mayordomo habia tambien de encantarse, no entrára en el saco. Finalmente, embalado el pobre Capitan, le tendí en tierra papo arriba, atando la boca del costal con una cuerda que asida dél estaba, y hablando siempre con su Mayordomo para dalle ánimo, encargándole la paciencia de un cuarto de hora que habia de durar el encanto, le dejé desta suerte, apartándonos el Mayordomo y yo cuanto un tiro de ballesta. El cual, asiéndome por la mano, y enojado por extremo, me dijo. «Mas apostaré que has olvidado algo de mi negocio; porque

no veo aquí saco ni cuchillo para mí como para el Capitan?» «No es menester saco, señor mio, le respondí, porque los experimentos mágicos se hacen más ó ménos fuertes, segun lo más ó ménos de crueldad que tienen las damas: y siendo la del Capitan desdeñosa en extremo, hice en él encanto del saco, que es el más fuerte de todos.» «Pese al cielo, dijo entónces el Mayordomo, contigo, hermano, ¿qué has hecho? la mia es la dura, la fuerte, la tigre y la leona, que la del Capitan, aunque no le ama, siempre le hace algunos favores, y si por dureza va, cien sacos habia yo menester, cuanto más uno; ¿qué harémos?» «Sosiéguese vuestra merced, señor Mayordomo, le dije entónces, viéndole tan afligido, que para todo hay remedio, sino para la muerte, y lo que no va en la madeja, va en el centenal. Yo haré con los cabellos y cuerdas una trena, que no será ménos eficaz que el saco del Capitan; y pues es tan cruel como vuestra merced dice, yo haré cierta cosita de añadidura, que en el punto que no le vea no podrá reposar.» «Eso sí, plégate Dios, hermano, dijo él, eso busco. Martiricémosla de tal suerte, que mi amor le atormente sus pensamientos y memoria, y haz presto mi negocio, ántes que el de mi Amo se

acabe.» En estas pláticas, llegamos al pié de un árbol, lugar donde le dije que habia de hacer su encanto, y haciendo brevemente un círculo, y enseñándole lo que habia de hacer, le hice meter en él, desnudo en carnes, porque yo habia menester una camisa. Teniéndole ya desta suerte, tomé los cabellos de su dama, y mezclándoles con una cuerda, hice una gruesa trena con que le até las manos, y los extremos della al tronco del árbol, declarándole el misterio que en cada ceremonia estaba encubierto. (Y le atára yo tambien los piés, si no cayera en alguna malicia, siendo la tal accion más de salteador que de mago.) Pero, como las manos solas bastaban para mi negocio, no quise pasar más adelante. Finalmente, teniéndoles mudos, desnudos, atados y defendiéndose de las inclemencias del cielo con solo el fuego de amor que en su pecho ardia, no hubo quien me estorbase dar tres golpes en la llaveta de mi cadena con un martillo que dentro mis calzones traia escondido, y tomar el caballo y vestidos de mi Amo, despareciéndome con ellos, armado como un San George, hácia la ciudad de Leon.



CAPÍTULO XI.

En el cual cuenta el ladron una desgracia que le sucedió en Leon con una sarta de perlas.

Con la vitoria de aquel peligroso trance, tomé la derrota hácia la ciudad de Leon, alegre por mi libertad y gozoso con veinte y cuatro doblones que por gran suerte hallé en las faldriqueras de mi Amo, con los cuales y los vestidos que me quedaron, entré en la dicha ciudad, galan, echando piernas y requebrando cuantas damas habia, recibiendo dellas particulares favores, porque mi presencia y noble traje les aseguraba de llevar á buen puerto su ambiciosa pretension. Verdad es que, para entretenerles en este engaño y conservarme en la buena opinion con que habia comenzado,

visitaba muy á menudo los mercaderes de mayor crédito, dándoles á entender que esperaba cierta mercadería de Venecia, con que les entretenia y aficionaba, y ellos daban tanto crédito á mis razones, cuanto mi buen semblante y presencia merecia. De donde y de mi fingida nobleza, tomaron ocasion algunas damas para desmayárseme y venderse más enamoradas que Tisbe, á las cuales correspondia yo con mucha puntualidad, aunque no me tenía el amor tan ciego, que no echase de ver que aquella almagrada voluntad y fingidos suspiros iban más encaminados á mis doblones, que á mi hermosura y donaires. Pero, como no hay interese que pueda resistir á la ternura con que una mujer hace guerra á quien quiere engañar, me dejé llevar un poco de las amorosas muestras que una dama de aquella ciudad, aunque no muy hermosa, alegre, graciosa y de gallardo brío, me ofrecia. La cual, fingiéndoseme rematada de amor, dió saco en muy poco tiempo á mi pobre bolsa, dejándome hecho una estatua engastada en terciopelo. Yo tambien procuraba con todos los medios posibles obligarle, correspondiendo á su afeitada aficion, no tanto por mi gusto, cuanto por estar bien proveida de las joyas y dijes que suelen pedir á un

amante nuevo, cuales son, axorcas, gargantilla, cadena, y sobre todo, una sarta de perlas tan gruesas, redondas y limpias, que con su vista aficionaban cualquier hombre de un buen gusto. Entró esta amistad muy ardiente y con viento en popa, pero luégo que comenzó á sentir la flaqueza de mi bolsa, amainó las velas de su voluntad, y dió en mostrárseme rostrituerta y melancólica: acidente que me dejó algo suspenso y desconfiado de podelle dar el Santiago que desde el principio de sus amores fabriqué. Y así, ántes que llegára alguna tormenta y borrasca, fundado en los tiernos ofrecimientos que poco ántes me habia hecho, dándome á entender que, no solamente sus bienes, pero su propia vida sacrificaria por mi amistad, le pedí que empeñase la cadena ó aquellas perlas, para contribuir con el acostumbrado gasto de la cocina, asegurándole que esperaba dos mil ducados de un mayorazgo que en mi tierra tenía. Pero, como son viejas y taimadas en el oficio, lo son tambien en ser incrédulas, y así se me excusó diciendo que las perlas y cadena eran prenda de una amiga suya, la cual habia de venir el dia siguiente á retirallas, y que, no hallándose con ellas, su honra correria gran riesgo.

No fué menester poco artificio para encubrir el enojo que me dió aquella taimada respuesta, ni poca prudencia para convertir en donaire un tan manifiesto desengaño. Y así, sin mudar semblante ni replicalle palabra sobre el caso, me dejé caer muerto de risa sobre sus hombros, diciéndole que aquello habia sido ficion y prueba de su voluntad, por ver si con obras confirmaba la amistad prometida: y sacando de la faldriquera una póliza falsa, se la hice leer, por la cual vió el poder que se me daba para cobrar ochocientos ducados allí en Leon de un mercader riquísimo, á quien ella conocia bien: con que, volviendo en sí de su parosismo, me entretuvo muy risueña, dándome palmaditas en el rostro y reprendiéndome de incrédulo y burlon. Despedíme della con mil abrazos, dándole á entender que iba á recebir alguna parte de la suma (y sabe Dios cuál estaba mi corazon). Pero, como la pobreza fué siempre inventora de trazas, entre otras muchas que me presentó la imaginacion, escogí una, que fué vender mi caballo á medio precio, contentándome solamente con tener dinero para gastar tres dias, al cabo de los cuales, pensaba dalle un asalto en las perlas y desparecerme. Pero salióme el juego al reves; fuí por lana y

volví trasquilado. Juicio fué de Dios y castigo de mi culpa, que, aunque el proverbio dice que quien hurta al ladron gana cien años de perdon, con todo eso, no entra en cuenta el robo que se hace á mujeres semejantes, ántes bien debe tenerse por grave ofensa, pues, por el dinero que reciben, venden su honra y reputacion, la cual no puede rescatarse con todo el tesoro del mundo. Finalmente, sea por ésto ó por aquéllo, yo erré el golpe, y me quedé á trece del mes, siendo las perlas piedras para mí. El caso, pues, fué que, volviendo la tarde en casa, alegre y sonando las faldriqueras con el dinero que del caballo habia recebido, ella me salió al encuentro con los brazos abiertos, tan risueña y burlona, que con sus halagos y zalemas casi me hizo creer que el haberme negado las perlas habia sido un tiento y prueba de mi aficion. Finalmente, se dió órden en adrezar la cena, con la cual y los bríndis que pensaba hacerle á la venida del dinero, tenía determinado alterarle de tal suerte, que en su primero sueño tuviese comcdidad de dalle el asalto, sin que lo sintiese; pero no tuvieron mis deseos tan buen suceso como yo pensaba, porque semejantes mujeres saben más que el diablo, particularmente ésta, que, como vieja

en el arte, no habia embuste ni maraña que no penetrase, y así cuanto más le importunaba que bebiese, más recatada y sesga se mostraba. Finalmente, se acabó la cena con el regocijo que pude disimular y la esperanza que la buena ocasion me prometia, y retirándonos ambos á su aposento, comenzó á desnudarse con tanta flema, como si aquel dia hubiera sido de boda; pero yo, deseoso de llegar al fin de mi pretension, para más descuidarla, di conmigo en la cama, fingiendo no poder resistir el sueño que furiosamente me acosaba. Ordenó, pues, mi desgracia, que ella, incrédula de la cantidad que dije haber recebido y ocasionada de mi fingido sueño, quisiese reconocer las faldriqueras de mis calzones, por ver si todo lo que relucia era oro y si las nueces eran tantas como el ruido. Pero, hallando que el dinero era tan poco, que apénas podia suplir el gasto del dia siguiente, no dejó de turbarse y tener mala opinion de mí. Á todo esto estaba yo, aunque roncando, más despierto y alerta que un gato cuando trae avistado un raton, columbrando en qué parte ponia las perlas, para pescallas luégo que fuese dormida. Acostóse pensativa y confusa, meditando en la poca cantidad del dinero y sospirando algunas veces, de lo cual,

como quien tan bien la sabía, no quise preguntalle la causa, por no impedir el sueño que tanto deseaba. Y así un cuarto de hora, que fué el tiempo que á mi parecer podia ella pasar en sus imaginaciones, pasé yo tambien en las mias, considerando todos los inconvenientes que me podian suceder, entre los cuales, hallaba yo por más dificultoso la sospecha que ella habia concebido, pareciéndome que no habia de dormir sino á medio sueño y que, dando en alguna señal de su imaginacion, habia de hundir la casa á voces y poner en armas todo el vecindario: pero, entre otras, me vino al pensamiento una sutil invencion, muy de molde para el caso, que fué no esconder en alguna parte de mis vestidos las perlas, sino tragallas una á una, estando seguro de que, hecho el curso ordinario del cuerpo, habian de salir, no desmedradas, sino más claras y limpias que ántes estaban, y desta suerte, cuando todo anduviese mal, la justicia me daria por libre, no hallando en mi poder las perlas. Acabóse esta imaginacion con la traza á mi parecer maravillosa, y pareciéndome que la dama, pues no suspiraba ni hacia los extremos que ántes, debia estar dormida, me levanté lo más quedito que pude, encaminándome á piés des-

calzos y muy pasito hácia el puesto donde ella habia dejado las perlas, y habiéndolas topado, las comencé á tragar una á una, aunque con alguna dificultad, por ser ellas muchas y yo estrecho de gaznate. Quiso mi mala estrella que, estando forceando por pasar la última, se me atravesase en la garganta tan desastradamente, que, no pudiendo volver atras ni pasar adelante, me fuese forzoso toser con alguna violencia y despertalla con el rumor, el cual le dió ocasion para llamarme, muy sobresaltada y confusa. Yo entónces, disimulando lo mejor que pude el impedimento de la garganta, le respondí que andaba buscando el orinal para proveerme, con que ella se quietó un poco, pero no se satisfizo mucho de mi respuesta, pareciéndole cosa muy fuera de propósito buscar sobre el bufete lo que ordinariamente suele estar debajo la cama. Y así, trazando cómo satisfacer su recelo sin dar muestras de alguna desconfianza, determinó fingir un agudo dolor de vientre, y con él dar grandes voces pidiendo una luz y algunos paños calientes á dos criadas que en casa habia. Entretúvose con su fingido dolor el espacio de media hora, pareciéndole que bastaba para satisfacerme de su engaño, al cabo de la cual se levantó de la cama como

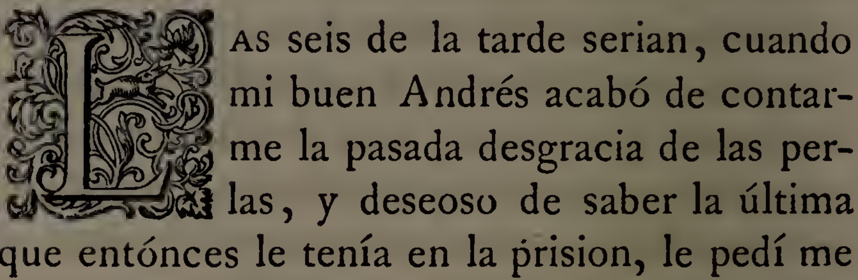
un rayo, y atropellando todo género de sospecha, se fué con una vela encendida al puesto donde dejó sus perlas, y hallándolas ménos, sin decirme palabra ni pedir otra razon que la que su imaginacion le persuadia, comenzó á darse tantos y tan recios muxicones, que en un instante se allenó la boca de sangre, dando tras desto tan altas y desmesuradas voces, que en medio cuarto de hora se ajuntaron docientas personas, y entre ellas la justicia, la cual rompiendo las puertas de casa subió de roldon, hallándome á mí desnudo y á ella medio vestida, descabellada, arañada y sangrienta, pidiéndome con grande instancia sus perlas. Mandó entónces el Alguacil que todo el mundo callase, para poder informarse del caso y tomar la deposicion de entrambos, y habiendo comenzado por mí, le satisfice con muy humildes razones, sin que sus amenazas ni ruegos pudieran sacar de mí otra respuesta que la de San Pedro. Con todo eso, viendo el Juez las vehementes quejas y amargos lloros de aquella mujer, mandó que se visitáran mis vestidos con tal diligencia y cuidado, que apénas pudiera encubrirse un átomo en ellos; y no hallando las perlas, todos de comun acuerdo me dieron por inocente y á ella condenaron

por taimada, solapada é invincionera. Ella entónces, viendo que todos le contradecian y menospreciaban sus quejas, se arrojó á los piés del Alguacil, arrancándose los cabellos y rompiendo sus vestiduras, exclamando con tales alaridos, que el Alguacil no sabía qué creer, ni qué resolucion tomar: y consultando el caso con los mejores entendimientos que consigo traia, se determinó que, habiéndose verificado que ella se acostó con las perlas, se buscasen en los más secretos lugares del aposento, y no hallándose, se mandase á un boticario que me diese una purga muy cargada de escamonea, para que, si por suerte las hubiese tragado, las echase. Metióse en ejecucion el mandamiento del Alguacil, y habiéndose hecho la propuesta diligencia en la cámara, y no hallándose las perlas en ella, fué forzoso venir al último remedio, que fué la purga, la cual me hicieron tomar en mi entera salud, sin órden del médico y contra mi voluntad; y aunque hice lo posible por vomitalla, no hubo remedio de podello hacer. De suerte que, despertándose un furioso combate en mis intestinos y vientre, fué forzoso dar libertad á las perlas, y quedarme yo en la prision gozando de las mercedes que esos señores de la justicia suelen hacer á quien cae entre sus manos.



CAPÍTULO XII.

Donde cuenta el Ladron la última desgracia que le sucedió.



Las seis de la tarde serian, cuando mi buen Andrés acabó de contarme la pasada desgracia de las perlas, y deseoso de saber la última que entónces le tenía en la prision, le pedí me la contase por extenso, sin dejar cosa que de consideracion fuese: á lo cual, mostrándose enteramente agradecido, respondió muy alegre, diciendo: «Si el cielo quisiese, señor mio, que ésta fuese la última desventura, y que ella se acabase tan presto como yo la acabaré de decir, me tendria por muy dichoso; pero no lo

espero de mi mala suerte, la cual, como acostumbrada á perseguirme, no creo deje jamas de maltratarme con nuevo género de tormento. Sabrá, pues, vuestra merced que, habiéndome condenado la justicia en Leon á docientos azotes por las calles acostumbradas y sellándome con la marca y armas de la ciudad, me desterraron tambien de la tierra ignominiosamente, dándome solos tres dias de tiempo para hacer mis negocios y cumplir mi destierro, en los cuales anduve haciendo mil quimeras y discursos, imaginando cómo podria reparar la mucha pobreza, que con tanta abundancia me habia quedado. Y al cabo de haber inventado muchas trazas y no hallado alguna que me contentase, me trujo el diablo á la memoria una, que fué causa de la pena en que ahora estoy. Acordóseme que el mesmo dia que me azotaron, venía tras mí un famosísimo ladron, á quien la justicia condenó á la mesma pena, mancebo, de buena disposicion y brío, animoso, gran tracista, y uno de los más diestros ladrones que en mi vida he praticado, pero desdichado como yo. Ajuntéme con él, por ver si entre dos miserables hallaríamos algun consuelo en tanta desventura, y comunicándonos el uno al otro nuestra intencion y pensamien-

tos, determinamos acompañarnos y hacer un mesmo viaje hácia París. Pero, ántes de resolvello del todo, entramos en consulta sobre nuestra pobreza y deshonra, tratando del remedio que se habia de tener en tanta desventura, no pareciéndonos cosa acertada asentar el real en una ciudad tan insigne como París, sin alguna traza para vivir en ella, por lo ménos hasta descubrir lo bueno y en qué ocuparnos. Y habiéndome él dado larga audiencia, y escuchádome atentamente todas las trazas que le propuse, me dijo: «Señor Lúcas (que este nombre tenía en Leon), las invenciones que vuestra merced propone, son buenas y de un ingenio tal como el suyo, pero tienen su pro y contra; y así, dejándolas para otra ocasion, diré yo una que, si nos sale bien, podrá ser que salgamos de tanta miseria y nos caiga la sopa en la leche; y es, que hagamos diligencia por hallar aquí en Leon algun mercader, que tenga trato y correspondencia en París, de quien podamos sacar una carta para su correspondiente, y habiéndole hallado, le dirá vuestra merced, en segreto, que quiere cargar algunas balas de mercadería en esta ciudad para Flándes, con cierto dinerillo que tiene guardado, y que tiene intencion de dejallas en París

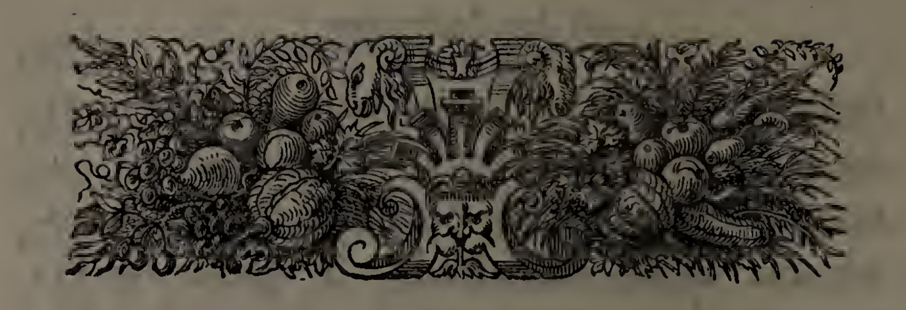
en manos de alguna persona segura, para que se las guarde en tanto que pasa en Ambéres, adonde fingirá vuestra merced tener un primo hermano, por ver el precio y salida que tendrá su mercadería: y que, no habiendo jamas estado en París, ni tenido conocimiento alguno á quien pueda dejar encomendadas sus balas, le ruega que escriba á algun mercader amigo suyo para que se las guarde: que, siendo para este fin, no creo la negará, y si la tuviéremos, déjeme hacer, que verá cómo meneo las manos.» «Si no ha de ser más que para eso, le dije yo, amigos hallaré que me darán mil cartas, cuanto más una, porque, aunque afrentado y con la infamia corriendo sangre, quiero que sepa vuestra merced que hay más de cuatro que me honrarán y harán algo por mí; y que esto sea verdad, lo verá muy presto.» Con estas razones me despedí dél, y andando en casa de un Mercader conocido mio, le pidí la carta en la forma que mi camarada me habia dicho, con la cual volví muy contento, y metiéndosela en las manos, la besó mil veces, alabando mi gran diligencia y crédito.

Finalmente, nos partimos hácia París, adonde, retirándonos en un aposento de sus arrabales, fabricamos dos balas de jerga, con algunos

pedazos de lienzo por adentro, y el resto lleno de cosas diversas, como son zapatos viejos, trapos, pedazos de tabla y otras menudencias, y en la tercera se puso mi camarada, embalándole yo con tanta destreza, que su bala y las demas no parecian sino camelotes ó fustanes. Estando, pues, nuestras balas á punto, me fuí á presentar la carta al Mercader para quien venía, el cual me recibió con muchas caricias, ofreciéndome su casa entera. Finalmente, acordamos que yo inviase las balas á ocho horas de la noche, por no pagar la aduana y otros drechos que deben semejantes mercaderías, entre las cuales, entró tambien la de mi camarada, si no llena de camelotes, á lo ménos de cuerdas, escala, ganzúa, lima, lanterna ciega, cuchillo y otros instrumentos bélicos, para hacer con ellos guerra á nuestra necesidad, y dar saco á la moneda del Mercader. Estando, pues, dentro, y todos los de casa dormidos, por ser ya once horas de la noche, rompió con un cuchillo el lienzo de la bala donde estaba encerrado, y saliendo della, reconoció los puestos de casa, echando por las ventanas algunos vestidos y ropas de seda, con todo lo que podia ser de provecho. Yo estaba recogiendo con mucha diligencia lo que caia en la calle, por la cual

trujo el diablo en aquella hora la ronda, viniendo con tanto silencio y disimulacion, que no me dieron lugar de huir ni esconder las ropas que estaba embalando. Y como no era menester darme tormento para saber mis cómplices, pues aquella ropa no caia del cielo, advirtieron que mi camarada estaba arriba, al cual, despues de haberme traido á mí en la prision, encarcelaron por el mesmo delicto. Él salió á quince dias, condenado á diez años de galeras, y yo estoy esperando otro tanto, si la misericordia de Dios y benignidad de los jueces no se compadecen de mí.





CAPÍTULO XIII.

De los estatutos y leyes de los ladrones.

En el discurso de mi historia (dijo el buen Andrés) he notado que vuestra merced no recibió muy bien esto de llamar á nuestra compañía república, pareciéndole que nos gobernamos por solo el apetito de hurtar, sin otras leyes ni razon, siendo muy al contrario: pues no se hace entre nosotros cosa alguna, que no esté reglada con razon, estatutos, leyes y premática, castigando á los que de otra suerte ejercitaren nuestra arte.

Tenemos, primeramente, un capitan y superior, á quien toda suerte de ladrones obedece, el cual ordena y dispone los hurtos que se han de hacer, nombrando las personas que más á propósito le parecieren para ello, y eligiendo los más astutos y sagaces de la compañía para los hurtos más entrincados y peligrosos. Y en esto hay tan buen órden y gobierno, que no hay persona entre nosotros que se descomida un punto, ni pase los límites de su comision, emprendiendo uno lo que está á cargo del otro, ni entremetiéndose en más de lo que su capacidad alcanza. Y advierta vuestra merced, que éste es el punto más esencial de nuestra república (por cuyo desórden se pierden hoy tantas).

Este capitan examina al que viene de nuevo á la compañía, dándole tres meses de noviciado para probar su ánimo, inclinacion y habilidad, en el cual tiempo le propone algunas cuestiones y sutilezas, como son, descolgar una campanilla sin escala, palo ni cuerda; hurtar el caballo á un hombre, estando sobre él y caminando; tomar el cuello á un cortesano en medio de cien personas, y otras cosas á este talle: y habiendo conocido su capacidad y talento, le da el oficio de salteador, grumete,

cortabolsa ó otro de que fuere más capaz.

Ni me negará vuestra merced que este modo de proceder sea un gran punto de estado, justo, razonable y tan necesario en la república, que, por no praticarse, se ven tantos desórdenes en ella, pues ningun buen fin puede prometer la violencia; quiero decir, que se debrian dar los oficios y estado á cada uno segun su natural inclinacion, sin hacerle alguna fuerza ni obligalle por algun respecto á otro, de lo que desea, no siguiéndose dello que inquietud, turbacion y mil desastres; porque tengo por imposible que pueda vivir quieta y consolada la doncella á quien, contra su voluntad, metieron sus padres en un convento, por falta de dinero y dote para casalla; como ni tampoco será buen casado el que, por solo el gusto de sus padres y contra su inclinacion, toma el estado del matrimonio, y así de los demas oficios. Deste buen órden tenemos grande ejemplo en los Lacedemonios, gente curiosa, civil y prudente, los cuales dejaban crecer sus hijos libremente, sin dalles otro empleo ni despertalles el apetito á otro estado que el de su propia inclinacion: y así, llegados á la edad discreta, escogian ellos mesmos el modo de vivir más propio y acomodado á su

naturaleza, siguiéndose de aquí que todas sus acciones eran perfetas y bien ordenadas.

Desta suerte se gobierna nuestra república, y con esta ley regla nuestro capitan la capacidad del que de nuevo viene á ella, dándole el oficio y manera de hurtar segun la disposicion que conoció en él los meses del noviciado.

Es este nuestro caudillo, hombre viejo, prudente, experimentado, sagaz, y finalmente, jubilado en el arte, al cual, habiéndole ya faltado las fuerzas y ligereza para hurtar, ejercita la teórica con nosotros, enseñándonos el método y preceptos de hacello. Para esto nos manda juntar una vez en la semana en cierto puesto señalado, adonde nos obliga á dar estrecha cuenta de todos los hurtos y acontecimientos que en ella ha habido, reprendiendo ásperamente los negligentes y descuidados, y alabando los vigilantes y astutos. Suele esto hacerse sábado en la noche, en el cual dia ordena todo lo que se debe hacer la semana, señalando á cada uno los lugares y puestos que ha de tener y los hurtos en que se ha de emplear, tomando riguroso juramento á todos de fidelidad, y castigando al delincuente, por la primera vez,

con quitalle la parte del hurto que le toca; por la segunda, privándole del oficio por seis meses, y si fuere incorregible y pertinaz, le entrega en manos de un alguacil. Si pecáre de negligencia y descuido, como es acudir tarde á su puesto, divertirse ó dejar pasar algun lance sin acometelle, se le priva del beneficio de una semana, y quitándole el oficio de ladron, le da el de espía ó centinela por el tiempo que nuestro consejo ordenáre.

De todos los hurtos, se saca primeramente el quinto, para satisfacer con él al que nos perdona los azotes, destierro, galeras y horca: y de lo que queda, se saca el diezmo, para obras pías, cuales son, socorrer los enfermos y necesitados de nuestra compañía, rescatar los encarcelados y remediar las afrentas que se hacen á los que no tienen blanca.

No recebimos mujeres en la compañía, sino es en caso de mucha necesidad y cuando no se pudiere hacer otro, por ser naturalmente incapaces del segreto; y no pudiéndose evitar este inconveniente, estamos obligados con grandes penas á no descubrilles el cómo, de quién y cuándo.

El agresor del hurto lleva la parte igual con el capitan, por el trabajo y peligro en que se

metió; los cómplices el tercio, y los espías el quinto.

Cuanto á la honra y respeto que á cada uno se debe, se guarda tal órden, que no se hace agravio á persona de la compañía, teniendo cada oficio su asiento y lugar señalado en todas nuestras consultas y ajuntamientos. Porque, los primeros son los salteadores, despues los estafadores, luégo los grumetes, tras dellos los duendes, despues los capeadores, á éstos siguen los maletas, luégo los apóstoles, cigarreros, cortabolsas y mayordomos.

Sobre todos éstos preside un género de ladrones, llamado entre nosotros liberales, cuyo oficio es encargarse de dar cuchilladas de tantos puntos, abrir la cara con garrafas de tinta, inmundicia y agua fuerte, poner sartas de cuernos, pasquines y otras cosas semejantes: y éstos son la gente más calificada de la compañía, y la que, como dotada de mejor entendimiento y traza, pesa y advierte todas las dificultades que pueden suceder en un lance peligroso.

Ninguno de la compañía puede tener contienda, riña ó disputa con otro, sobre cualquiera materia que sea, si no fuere fingida y cautelosa, por evitar alguna sospecha que se pudiere ofrecer.

No podemos comer dos juntos en una taberna dos veces, sin que de una vez á la otra pasen por lo ménos ocho dias, para que, si se ofreciere hurtar en aquel puesto, no seamos sospechosos á los que nos vieren.

Por la calle nos es prohibido andar juntos ó hablando familiarmente el uno con el otro, si no fuere para hacer pleito y darnos cada dos cachetes falsos, con que detener la gente que pasa: para que, ocasionados de nuestra riña, puedan los cortabolsas hacer su lance.

Cualquier oficio de la compañía lleva su insignia y señal segreta, con que en un instante es conocido de los nuestros, sabiendo por este órden cuantos hay de un oficio en cada calle y puesto. Y así, los salteadores llevan siempre un guante colgando asido por un dedo. Los capeadores se abotonan el jubon con intercision, quiero decir, uno sí, otro no. Los estafadores se adrezan la barba y mostachos cada cinco pasos que caminan, metiendo algunas veces el dedo en las ventanas de las narices. Los cortabolsas llevan un señalito blanco en el cordon del sombrero. Los maletas llevan la capa de cierta manera, y finalmente, cada oficio tiene su particular señal con que se conoce.

Cuando alguna mujer de la compañía se casa, contribuye cada oficio con cinco escudos para aumentar el dote, pero guardando tal órden, que no se pueden casar sino con oficiales del arte, quiero decir, la hija de un capeador, con un capeador ó con un hombre del mesmo oficio. Y si, por suerte, algun cortabolsa casáre su hija con un capeador, estafador ó grumete, está obligado á dalle veinte escudos más de dote, por ser el yerno de mayor calidad que la suya.

Hacemos voto de paciencia y sufrimiento, prometiendo estar firmes y constantes en el tormento, aunque pocas veces llegamos á este punto, pues (como ya dije á vuestra merced) con el quinto se remedia el todo.

Y para que todos los puestos de la ciudad estén siempre suficientemente proveidos, está ordenado que cada oficial que llegáre de nuevo á un puesto, ponga una señal, mostrando por ella el número de ladrones que en aquella parte se hallan. Y así, el primero que llega, pone un dado en cierta parte, escondido, y notorio á los de la compañía, vuelto hácia arriba el as. El segundo pone el dado en el dos. El tercero en el tres. El cuarto en el cuatro. Y así de los demas hasta el seis, y en llegando al dicho nú-

mero, no queda en aquel puesto otro del mesmo oficio, porque, segun nuestras ordenanzas, no podemos estar más de seis en una parte; y cuando alguno se va, vuelve el dado sobre el número de los ladrones que quedan, de tal suerte, que, siendo seis, el primero que se va pone el dado en el cinco. El segundo en el cuatro y el tercero en el tres: por el cual número se conoce el de los ladrones que de aquel oficio quedan.

Estamos obligados á sustentar y entretener todos los estropiados, ciegos, enfermos y los que ya, de puro viejos, no pueden hurtar.

Ninguno de nosotros puede vestir capa, sombrero, jubon, calzones, ni otra cosa que fuere robada; ni vender oro, plata ó joyas en la ciudad donde se hurtaron, so pena de grave y ejemplar castigo.

Tenemos mandamiento de traer siempre en la faldriquera una barba, postiza con parches de diversas maneras, para disfrazarnos en un instante, cuando la ocasion se ofreciere.

En lo que toca á la Religion, somos medio cristianos, pues, de dos mandamientos principales que hay en la ley de Dios, guardamos el uno, que es amar á Dios, pero no al prójimo, pues le quitamos lo que tiene. De la peniten-

cia, recebimos las dos partes, que son la confesion (porque algunas veces nos confesamos) y la contrition; pero de la tercera, que es la satisfacion, no hay hablar.

FIN.



LA
OPOSICION
Y CONIVNCION
DE LOS DOS
GRANDES LVMINARES
DE LA TIERRA.

Obra apazible y curiosa en la qual se trata de la dichosa Aliança de Francia y España: con la Antipathia de Españoles y Franceses.

Compuesta en castellano

POR EL D. CARLOS GARCIA.



A PARIS,
De l'Imprimerie de FRANÇOIS HVBY, ruë S. Iacques à la Bible d'Or. Et en sa boutique au Palais en la gallerie des prisonniers.

M. DC. XVII.
Auec priuillege du Roy.

A LA ILUSTRÍSSIMA

Y VIRTUOSÍSSIMA SEÑORA DOÑA ANA LE CAMUS, SEÑORA DE VILLE-TIERI, BARONA DE LOUBOIS, PRIMERA BARONA DE VALOIS, VIZCONDESA DE COMPLIZI Y DAMA DE LA REINA.

MADAMA.

SI *es verdad que todas las cosas buscan naturalmente su centro, en quien se conservan y viven, disculpa merecerá mi atrevido presente, si le alojo en su propia vida. Porque, siendo lo que ofrezco dos luminares, los más grandes, resplandecientes y bellos que en este mundo se hallan, no merecen (si debo dalles su centro) otro lugar más propio y natural que ese divino cielo, hermoseado con más gracias, virtud, hermosura y nobleza, que el octavo con todas sus estrellas. Y pues es propiedad del lugar, no solamente conservar lo que está en él, pero defendelle tambien de sus contrarios, suplico á V. S. ampare con su extremado valor estos dos luminares, si algun malicioso me los quisiere eclip-*

sar, y con su mucha benignidad, perdone mi pobre estilo y elegancia. La cual, si como es poca y grosera, fuera la más colmada del mundo, la consagrára sin duda á la obligacion que el natural deseo de servir á V. S. y el singular valor de un tan gran padre me inclinan.

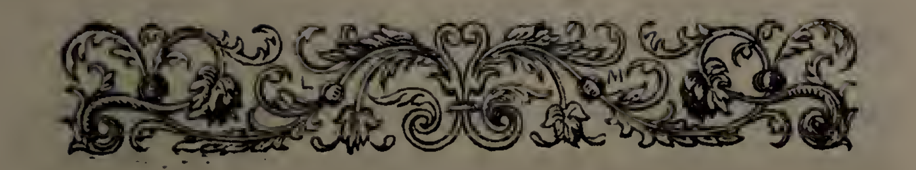
Humilísimo criado de V. S.

CÁRLOS GARCÍA.

TABLA

DE LOS

CAPÍTULOS CONTENIDOS EN EL PRESENTE LIBRO.



LA
OPOSICION Y CONJUNCION
DE LOS
DOS GRANDES LUMINARES DE LA TIERRA.

CAPÍTULO I.

Cómo la paz y union son atributos de Dios y perfeccion de la Naturaleza.

AQUEL soberano Dios (de cuya gloria y grandeza hizo coronistas los cielos, para darnos por sus visibles efectos algun conocimiento y noticia del invisible tesoro depositado en los profundos archivos de su omnipotencia), en todas sus acciones, así internas, ó (como dicen los teólogos) *ad intra*, cuales son, la genera-

cion del Verbo y produccion del Espíritu Santo; como en las externas, es á saber, la creacion, providencia, conservacion y otras semejantes muestra, por propio y esencial atributo suyo, la union: pues ni la real distincion que la sagrada Teología admite entre las tres divinas personas, es bastante para hacer que el Hijo no sea uno con el Padre y entrambos con el Espíritu Santo, ni la infinita variedad de naturalezas de que la máquina artificiosa deste mundo se compone, niega, ultra la universal dependencia que todas tienen de un principio, el vínculo de paz con que estrechamente están enlazadas.

Por prueba de lo primero, me servirá de razon concluyente la eficacia y encarecimiento con que el mesmo Dios encomendaba á su pueblo escogido la unidad de su divina naturaleza, diciéndole mil veces: *Oye, Israel, tu Dios es uno, y uno es su nombre.* Las cuales palabras, siendo irrefragables y verdaderos testigos desta verdad, me sacarán de la pena que, sin ellas, tuviera en probarlas con físicas y teólogas razones.

De lo segundo, que es la dependencia que todas las criaturas tienen de un principio, será evidente demostracion la que el coronista Moy-

sén nos dejó escrita en el principio de su historia sagrada, atribuyendo la creacion á una sola causa : la cual verdad dejó grabada en una finísima esmeralda el gran Mercurio Trismegisto, á quien siguió toda la caterva de los filósofos, confesando todos uniformemente una primera causa, eterna, independiente é inmortal, sin que para ello tuvieran necesidad de otro maestro, que la razon natural.

Y si la prueba del tercer punto me pidiere el curioso, podrá satisfacerse considerando los estrechos lazos é intrínseca union con que todas las naturalezas se van enlazando unas con otras, hasta llegar al primer eslabon de donde salieron. Y nadie piense que esta union y natural concordia de las criaturas sea alguna perfeccion prestada que fortuitamente les sucede; porque el Supremo Artífice, que todas las cosas hizo con peso, sabiduría y mesura, habiendo dado á cada una dellas el puesto y lugar concerniente á su naturaleza, dió á todas juntas por centro la union, y tan propia é intrínsecamente, que, si pudiese romperse, se perderia la máquina universal deste mundo, cuya armonía consiste en la recíproca consonancia de todas sus partes.

Este maravilloso vínculo de union, hallará

fácilmente el que con particular atencion considerare los siete eslabones de los cuales se compone la cadena deste mundo, comenzando del primero y último que es Dios, el cual, aunque universalmente está unido con todas las criaturas, y ellas viven, están y se mueven en él, con todo eso, por asistencia particular, está unido con la naturaleza angélica, como la más perfecta de todas las criaturas. La naturaleza angélica está unida con la etérea, por ser, despues de la angélica, la más perfecta, por razon de su incorruptibilidad. La etérea está enlazada con la elemental, en la cual consiste el diámetro desta cadena, siendo el más apartado del primero, en cuanto á la perfeccion y órden de naturaleza. Del último elemento, que es la tierra, está asido el quinto eslabon y primero de los que van volviendo á su principio, cual es la naturaleza vegetativa. La vegetativa está enlazada con la sensitiva, y ésta con la racional, la cual, uniéndose inmediatamente con Dios, cierra la cadena y círculo desta sucesion.

Y para que este último eslabon pudiera serlo desta cadena y unirse con Dios, entre el cual y la criatura no se halla legítima proporcion, ordenó la Sabiduría Divina que tuviera

alguna parte de inmortal é incorpóreo, como el alma, para que, por medio de la semejanza que con Dios tiene, se uniera perfectamente y quedára cerrada la cadena deste mundo.

Y si el curioso, no contento con la universal union de los siete eslabones que he declarado, quisiere más por extenso llegar al punto desta verdad, podrá satisfacerse desentrañando muy de espacio cada naturaleza y eslabon de la dicha cadena, comenzando del primero, en quien hallará un abismo infinito de perfecciones y atributos, cuales son la sabiduría, omnipotencia, justicia, bondad, gloria, misericordia y otros innumerables, los cuales están inefable é incomprensiblemente unidos con el indivisible lazo de la simplicidad.

Cuanto al segundo eslabon, que es la naturaleza angélica, alcanzará el entendimiento especulativo, no solamente con la luz de la fe, pero con solas sus fuerzas, el maravilloso órden y perfecta concordia con que aquellos espíritus angélicos se unen, enlazándose los Querubines con los Serafines, los Serafines con los Arcángeles, éstos con los Angeles, Tronos, Potestades, Dominaciones y otras especies de los coros angélicos, con tal uniformidad y acuerdo,

cual se debe presumir de aquella celestial república.

Y si echáremos los ojos de la contemplacion en el tercero eslabon, que es la naturaleza celeste, claramente verémos (si Tholomeo no nos engaña), el primer móvil unido con el cielo cristalino; éste con la octava esfera; la octava ésfera con Saturno, el cual se enlaza con Júpiter, Júpiter con Marte, Marte con el Sol, el Sol con Vénus, Vénus con Mercurio, y Mercurio con la Luna, de cuya cóncava superficie toma su principio el cuarto eslabon, que es la naturaleza elemental, enlazándose con la convexa del fuego, y della la del aire, á quien va siguiendo el elemento del agua, hasta unirse con el centro universal de todas las cosas graves, que es la Tierra.

De la Tierra comienza á subir el quinto eslabon, esto es, la naturaleza vegetativa, la cual tiene, como las demas, su dependencia y sucesion, unida con todas sus especies; comenzando entre los árboles, del más fructífero, hasta la más baja, humilde y pobre hierbezuela del campo. Esta naturaleza vegetativa es la base y fundamento de la sensitiva, pues es del todo imposible moverse y sentir, sin ella. La cual, de la suerte que la primera, tiene sus especies y

grados de sucesion y dependencia, enlazándose lo más noble y perfecto della, cual es el Leon, con el más bajo é ínfimo gusanillo de la tierra. Finalmente, desta naturaleza sensitiva se encadena la racional, la cual, siendo por razon del alma espiritual, pasa en perfeccion la naturaleza corpórea, vegetativa y sensitiva, quedándose unida con Dios. De suerte, que, no solamente la sobredicha union se halla en esta máquina universal, pero tambien en cada una de sus partes, siendo imposible haber alguna que no esté enlazada y unida con las demas, por algun atributo que convenga indiferentemente á todas.

Desta verdad nos podrá ser ejemplo este pequeño Cosmos del hombre, epílogo y cifra de toda la mundial máquina, en el cual se hallan unidas todas las naturalezas, sin que en ellas haya alguna perfeccion ó virtud de que no participe él; porque tiene el cuerpo, de los cielos, elementos y piedras; el vegetar de las plantas; el sentir de los animales; el raciocinar de los ángeles, y la imágen y semejanza de Dios. Y pasando á lo que es propio desta naturaleza, hallarémos todas sus acciones unidas y dependientes las unas de las otras, no pudiendo el entendimiento entender alguna cosa,

sino fuere uniéndose con los sentidos, ni éstos producir alguna sensacion, sino fuere uniéndose con el objeto, por medio de la especie é imágen que les envia; pues, segun la doctrina de los filósofos, el objeto se une con el sentido exterior; el sentido exterior se enlaza con el comun, el comun con la fantasía, de quien toman las imágenes el nombre de fantasmas. Con éstas se une el entendimiento agente, ilustrándolas, quitándoles la materialidad y haciéndolas, de sensibles, inteligibles. El entendimiento agente se enlaza con el patible, el cual no puede obrar, si el agente no le dispone, presentándole la especie desnuda de toda singularidad y materia. Y de aquí, dispuesto ya el entendimiento, produce la primera operacion, que es la simple aprehension, la cual se enlaza con la segunda, que es la afirmacion ó negacion, y desta la tercera, que es el discurso. El discurso está unido con la voluntad, la cual no puede producir algun acto de amor, ódio ó eleccion, sino fuere precediendo el discurso; siendo imposible querer ó reprobar lo que primero no se conoce.

De aquí, la voluntad bien dispuesta se enlaza con las obras de la gracia, produciendo un acto meritorio de amor; deste merecimiento

se enlaza la gracia habitual; la gracia se une con el *lumen gloriæ*, el cual proporciona la incapacidad del alma con el objeto beatífico; el *lumen gloriæ* se enlaza con la vision clara de Dios; ésta con la fruicion, la cual, siendo un acto de amor perfecto, se une y enlaza estrechamente con Dios. De suerte, que todo cuanto esta máquina mundial encierra, no es otro, que union, paz, acuerdo y amistad, no solamente por la dependencia que todos tienen de un principio, pero por la amigable correspondencia que tienen entre sí mismas.

Y si alguno me preguntáre la causa y razon deste maravilloso lazo é intrínseca amistad con que tantas y tan diversas naturalezas están enlazadas, no me contentaré con la que ordinariamente dan los que otra no saben, cual es haberlo Dios ordenado así. Antes bien, digo que, habiendo determinado el Supremo Artífice en la creacion del mundo hacer un compuesto perfecto y durable, eran muy necesarias la variedad y union; siendo imposible ser hermoso lo que no fuere vario, ni dejar de perderse lo que fuere dividido.

Para este fin ordenó un medio propio y natural á todas las criaturas (por lo ménos corpóreas), el cual impide todo lo que fuere con-

trario á la union y conservacion deste mundo: y éste es la materia primera, disputada de todos, y pienso, conocida de ninguno. Esta materia (de la cual unos dicen que es pura potencia, otros que es acto entitativo, otros que ni es *quid*, *nec quantum*, *nec quale)*, es un principio en el cual están unidas todas las naturalezas corpóreas. Porque, de la mesma materia que se compone el Cielo, está tambien compuesto el más bajo y humilde gusanillo de la Tierra, y todo lo que tiene y no tiene vida. No se engendra ni se corrompe; porque, si así fuese, vendria á perderse la union y pacífica armonía deste mundo, cuya conservacion está fundada en la incorruptible unidad desta materia. Fué criada y no *ab eterno*, como Platon y otros dijeron, pues es impío dar á la criatura la gloria de la eternidad, y sér sin principio, que á Dios solo se debe. Finalmente, bástanos saber por ahora, sin engolfarnos en otra metafísica, que la materia de todas las cosas corpóreas es de una mesma especie; y que por razon della están enlazadas y unidas todas las especies materiales.

Y para que las formas de los compuestos, las cuales era necesario fueran diversas, siendo ordenadas á un compuesto perfecto y hermoso,

no se desviasen de la union que Dios ordena, y la Naturaleza pretende, dispuso el Soberano Artífice que todas ellas salieran de las entrañas de la materia, ó (como dicen los teólogos) de *potentia materiæ*, para que en todas sus alteraciones fueran tributarias al principio de cuyas entrañas salieron, quedándoles la virtud de corromper, engendrar y alterar, sujeta á no salir fuera de los límites de la union y paz.

Por esta doctrina quedará reprobada la opinion de algunos filósofos modernos, los cuales, juzgando por el sentido lo que es contrario á la razon, creen que las formas de los elementos no tienen otro fin que destruir y corromper, como, por ejemplo, el Fuego, el cual vemos que consume y devora todo lo que alcanza, viviendo en perpétua guerra con el Agua, así como la Tierra con el Aire. Porque, si desistiéremos de la aparente verdad que el sentido nos promete y quisiéremos examinarla con la razon, hallarémos que, siendo los elementos partes constituyentes de las cuales se componen todos los mixtos, les repugna tener por fin la destruicion, siendo su naturaleza esencialmente ordenada á componer. De donde se concluye no ser otro el fin natural de los elementos, que la union.

Y aunque ordinariamente parece que tienen entre sí contínua enemistad, persiguiéndose los unos á los otros, se debe creer que esta guerra es por conservacion de la paz y union. Porque lo que el Fuego pretende cuando persigue su contrario, no es otro que templar el rigor de su fuerza y todo lo que puede impedir esta union y ajuntamiento con la cual el compuesto se conserva.

Por manera, que concluimos este capítulo diciendo que la union es atributo de Dios, tesoro de la Naturaleza, centro natural de las criaturas y cadena de todo el Mundo. Ella enlaza lo mortal con lo divino, como el Verbo Eterno con la naturaleza humana; lo mortal con lo incorruptible, como el Cuerpo y el Alma; lo material con lo espiritual, como el Entendimiento y los Sentidos. Ella enlaza el viviente con lo insensible, como los animales con la Tierra, el Cielo con los elementos, los elementos con el Hombre, y al Hombre con Dios; y finalmente, desde Dios hasta Dios no hay otro, que paz, concordia, union, acuerdo y amistad.

CAPÍTULO II.

Como la enemistad y discordia son monstruos de la Naturaleza y hijos legítimos del Demonio.

DEL capítulo pasado podrémos legítimamente inferir lo que en éste andamos buscando. Porque, si la union y paz (como habemos probado) son atributos de Dios y perfeccion de la Naturaleza, claro está que la enemistad y discordia, capitales enemigos de la union, lo serán tambien de Dios y della: siendo tan del todo contrarios á la más noble perfeccion que nuestro entendimiento puede concebir en Dios, cual es la unidad y simplicidad, con la cual sus divinos atributos y perfecciones están tan indivisiblemente unidos, que no admiten algun género de distincion real, formal ó fundamental (como los teólogos dicen), si ya no concediéremos la distincion de razon que nuestro entendimiento licenciosamente fabrica, concibiendo como distinto lo que indivisiblemente es uno.

De la grande repugnancia y contrariedad

que la disension tiene con la Naturaleza, nos asegura la cotidiana experiencia, con los ordinarios efectos de entrambos: teniendo la una por propio y particular fin, corromper, disminuir, perder y deshacer; y la otra, engendrar, unir, multiplicar y enlazar todas las cosas deste Mundo con el estrecho vínculo de la paz. Por donde, hallando con evidente induccion que la discordia y enemistad son enemigos de Dios y peste de la Naturaleza, podemos legítimamente concluir que son obras del Demonio y hechura de sus manos, pues un tan pestífero fruto no puede proceder de otro, que de un tan maldito árbol.

La genealogía y descendencia deste fiero monstruo, declaró admirablemente en solas tres palabras el Apóstol, diciendo que por la invidia del Demonio entró la Muerte en el Mundo. Sobre lo cual se debe advertir, segun la exposicion de algunos doctores, que en este paso llama el Apóstol muerte á la disension y discordia. Y con grande propiedad, porque, ora entiendan los teólogos por muerte la del Alma, ora la del Cuerpo, siempre se hallará que muerte no es otro, que una miserable separacion y desdichado divorcio, encaminado á la perdicion y ruina. En lo que toca á la muerte del Cuerpo,

nadie habrá tan ignorante que me niegue esta verdad, viendo ocularmente en ella la disolucion de la más intrínseca y estrecha amistad que el humano entendimiento puede concebir, y tras della los miserables accidentes que acompañan un cuerpo difunto. Si de la muerte espiritual interpretáre el curioso este paso, siendo una enemistad y divorcio entre Dios y el Alma, y no enemistad como quiera, sino infinita, por la infinita distancia que hay entre Dios y el pecador; siempre vendrémos á concluir que muerte y discordia son una mesma cosa y ambas á dos hijos legítimos del Demonio y la Envidia, como dice el Apóstol.

El motivo que Satanas tuvo para introducir esta maldita zizaña en el Mundo, fué una mortal rabia é impaciencia contra el Hombre, no pudiendo sufrir que Dios se enamorase de una naturaleza tan fea, baja y miserable como la humana, y le enriqueciese con tan extraordinarios favores y privilegios, cuales fueron el unirse hipostáticamente con ella y tomalle por instrumento de la redencion, negando este favor á la naturaleza angélica, siendo más noble y perfecta que la humana. Y así, desesperado y rabioso desto, contrayó matrimonio con la Envidia, de cuyo parto nació la Muerte. De

manera que la Muerte ó division tiene por padre al Demonio y por madre á la Envidia. Sus abuelos son la Soberbia y el Desprecio, y su primera raíz la Ambicion.

Esta maldita planta fué la peste del primer Angel y la con que quiso pasar los límites de su naturaleza, dando temerariamente entrada á un desenfrenado apetito y ambicioso deseo, cual era subir al cielo de la perfeccion divina á sentar su trono sobre las estrellas y ser semejante al Altísimo; tomando por instrumento desta ciega pretension y soberbio disparate la consideracion de sí mismo, y las perfecciones y belleza con que se veia enriquecido, juzgándose por ellas digno y benemérito de tan alta dignidad, de cuya consideracion y fantasía se engendró la Soberbia. La cual, augmentando el rabioso fuego de su madre la Ambicion, hizo perder al Angel la reverencia, respeto y honra que debia á su Criador, y le dejó por heredero al Desprecio. Estos dos fieros monstruos de Naturaleza, es á saber, la Soberbia y el Desprecio, hicieron tan lamentable estrago en aquella bella criatura, que no le dejaron un mínimo rastro de perfeccion y bondad. Antes bien, depravaron de tal suerte su voluntad, que viéndose desterrado del Cielo y condenado á la per-

petua privacion de Dios y habitacion horrible de aquellos calabozos y boquerones del Infierno, protestó rabiosamente la venganza: la cual no pudiendo ejecutar en Dios, por ser inaccesible su infinita perfeccion y grandeza, propuso tomalla en el Hombre, como la más favorecida criatura de todas las demas; no pudiendo sufrir los particulares favores y excelencias con que habia de autorizarla: de cuya consideracion nació la Envidia, consorte del Demonio y madre de la Muerte y Discordia.

Con estas armas persigue este fiero Leviatan toda la estirpe humana, y con ellas llega al fin de todas sus pretensiones, sujetando á su imperio y homenaje todas las provincias de la Tierra; pues es certísimo que las ciudades sujetas á la Discordia y Disension, no podrán estar libres de la servidumbre del Demonio, ni dejar de perderse. De lo cual me serán fieles testigos los epítetos que el profeta Nahun da á la ciudad de Nínive, llamándole ciudad de sangre, ciudad de miseria, ciudad de muerte y perdicion: no dando destos miserables efectos otra causa, que la discordia y division de sus moradores. Y pondera con tanta eficacia este punto, que infaliblemente promete la maldicion á la ciudad que estuviere dividida y

discorde. Lo mesmo hace el profeta Oséas, concluyendo en un entimema la ruina por la disension: diciendo, *su corazon está dividido*, *y así perecerán*. Y si esto no bastáre, considerémos aquel miserable lance que hizo con nuestros primeros padres en el principio del Mundo. Adonde, siendo empresa muy dificultosa derribar una sabiduría y prudencia infusa y tan perfecta como la que tenian Adan y su mujer, no se valió de otras armas que destas, dándoles á entender que haberles Dios prohibido, sopena de la vida, el árbol de la sciencia, habia sido maliciosamente para que nadie fuese tan sabio como él. Lo cual supo persuadirles con tan vivas y eficaces razones, que engendró (movidos ya de la ambicion y deseo de saber) tal enemistad y ojeriza contra Dios, que, perdido el respecto y obediencia que conocian deberle, dieron al traste con el mandamiento impuesto, quedando sujetos á la Muerte, y su posteridad á un abismo de miserias.

En confirmacion desta verdad, notará el curioso la sentencia que Dios pronunció á la Serpiente, castigándole por ella con la pena del Talion, tomando por instrumento del castigo el mesmo medio que ella habia tenido para derribar el Hombre de la justicia original y

estado de la inocencia, diciéndole: *yo pondré enemistad entre tí y la Mujer*, como si más claramente dijera: «Tú has procurado con tus malditas persuasiones y enredos poner ódio y enemistad entre la Mujer y yo, para hacella tu esclava y sujetar todos los individuos de su especie á tu devocion y tiranía: yo te digo que tú serás castigada con la mesma pena, porque sembraré terrible ódio y mortal antipatía entre vosotras, de tal suerte, que vivais en contínua guerra y enemistad, procurando siempre ella romperte la cabeza, y tú morderle su calcañar.»

Finalmente, con la enemistad y ódio embistió el Diablo á Caín, no dejándole reposar hasta quitar la vida á su hermano Abel. Y con estas mesmas despertó la indignacion de Esaú contra su hermano Jacob, la venganza de Saul contra el inocente David, la dureza de Faraon contra el pueblo de Israel; y con la disension, discordia y ambicion, ha sujetado el Demonio á su obediencia y dominio las más floridas y nobles provincias de la Tierra, quemando el fruto de la paz, respeto, temor, reverencia y celo del bien público, á que por leyes humanas y divinas estaban obligadas y sujetas.

Muchas veces he considerado aquella ex-

tremada invencion que tuvo Sanson para vengarse de los Filisteos, y hallo que verdaderamente es la mesma que el Demonio usa para vengarse del Hombre. Porque, si bien me acuerdo de la historia, habiendo buscado Sanson los medios más seguros para vengar su agravio, no halló otro más eficaz, que la division: teniendo por cierto que con ella habia de arruinar y perder todos los bienes y hacienda de sus enemigos. Y para este efecto, tomó gran cantidad de zorras, y atando á cada una dellas un tizon de fuego en la cola, les dejó ir libres, por los campos y mieses de los Filisteos. Estos animales, viéndose libres, comenzaron á dividirse por aquellos campos, con tal desconcierto, que no se hallaron dos juntas, ántes bien, cada una tomó su camino, teniendo el ojo á su rancho y madriguera. La cual division y variedad fué causa que todas las mieses se quemasen, quedando la tierra perdida y Sanson vengado.

Con esta mesma industria sujeta el Demonio á su tirano imperio todas las provincias deste Mundo, quemando lo mejor que en ellas hay y dejándoles casi imposibilitadas para remediarse. Porque, para convertir una ciudad pacífica y quieta, en ciudad de sangre y des-

ventura, lo primero que hace es despertar la ambicion en los que halla más dispuestos para ella, y cebándoles con el propio interese, enciende el fuego de la discordia y division de tal suerte, que, no pudiendo pacificarse y unirse, se quema el temor de Dios, el celo del bien público, el respeto y obediencia debida al Príncipe y la caridad del prójimo: de lo cual inmediatamente se sigue la total perdicion y muerte de la República.

De todo lo sobredicho podemos claramente inferir que, pues la Discordia y Division no producen otro fruto que sangre, ruina, perdicion y muerte, no son efectos positivos de Dios, á quien repugna ser autor del mal, ni de la naturaleza cuyo tesoro consiste en la union; sino del Demonio: el cual no procura otro, que oponerse á todo lo bueno y perfecto que él y ella producen en este Mundo. Desta verdad nos serán buenos testigos los contrarios efectos que la experiencia nos enseña de entrambos. Porque lo que Dios y la Naturaleza pretenden, es paz y union; y lo que el Diablo solicita, no es otro que disension y guerra. La Naturaleza ama la conservacion, el Demonio la perdicion. Ella procura multiplicar, él disminuir. Ella engendrar, él corromper. Y fi-

nalmente, la Naturaleza desea hacer todo semejante á sí por medio de la Paz, Amor y Union; y el Demonio procura sujetarlo todo á su obediencia por medio de la Division, Ódio y Discordia. Y así, tales efectos, siendo ordenados á un tan detestable y perverso fin como es la perdicion, no podemos atribuirlos á Dios, al cual repugna, por razon de su infinita bondad y perfeccion, no solamente ser autor del mal (como dice el Apóstol), pero quererlo ó desearlo.

Y si alguno se hallase cosquilloso con aquellas palabras que el otro Profeta dijo, afirmando que no hay mal en la ciudad, que no le haya hecho Dios, y tambien con aquéllas del apóstol San Pablo, en el capítulo IX de la carta que escribe á los Romanos, en las cuales parece que quiere probar que Dios sea causa del mal que se hace en el Mundo; podrá desengañarse con la ordinaria exposicion que los Padres de la Iglesia dan á estos lugares, considerando que en el mal ó pecado hay dos cosas: la una de las cuales es lo material dél, que no es otro, que la accion física ó real ejecucion: y á esto concurre Dios positivamente, siendo imposible ejecutar la criatura algun acto real sin el ordinario concurso de su Criador,

pues todo lo que tiene sér en este Mundo, vive y se conserva en él. Y en este sentido deben entenderse las autoridades que prueban ser Dios la causa del mal. Pero lo formal y malicioso del pecado, como es la disformidad y privacion de la rectitud debida, depende solamente de nuestro libre albedrío y absoluta voluntad, y no positivamente de Dios. Porque, si así fuese, á más de contravenir Dios á la suprema perfeccion del sér deífico, parece que fuera injusto castigando al Hombre, no siendo inmediata y verdadera causa del pecado. Lo cual, por ser impío, no se puede decir. Y así podemos libremente confesar que la propia y esencial causa del pecado es la malicia de nuestra voluntad, depravada, ya por sí misma, ya por la tentacion y solicitud del Demonio.

Y aunque en la sagrada Escritura se halla muchas veces que Dios castiga un pecado con otro, como la insolencia de Faraon con endurecerle el corazon, y la incredulidad de los Fariseos con la ceguedad; con todo eso, no podemos decir que Dios sea causa ó autor del mal. Porque, aunque los dichos pecados con los cuales Dios castiga, considerándolos en sí mesmos, lo son; con todo eso, si se conside-

ran en cuanto son efectos de la justicia divina, á la cual pertenece premiar y castigar á cada uno segun lo que merece, no son ni podrán llamarse tales. Y así queda nuestra conclusion siempre verdadera, que las enemistades, guerras, discordias, divisiones y otros accidentes semejantes, son obras legítimas del Diablo.

CAPÍTULO III.

Cómo es grande monstruosidad de naturaleza perseguir á su semejante.

El más especulativo entendimiento quedará lleno de maravilla y del todo pasmado, considerando el abismo de quimeras, falsedad, trampas, persecucion y engaño, que la Soberbia y Ambicion engendran en el corazon del Hombre para un fin tan detestable y perverso cual es destruir los individuos de su mesma especie. Monstruosidad tan horrible, espantosa y fiera, que pasa la condicion de los más feroces y crueles animales de la Tierra, entre los cuales no se hallará que uno maltrate ni persiga otro de su mesma especie, ni procure

deshacer su propia imágen y retrato. Y así, el que nos dejó por proverbio que el Hombre para con otro es lobo, dijo muy bien: porque no es menor crueldad y rabia de este animal para despedazar el pobre corderito del bosque, que la tiranía y rigor de un hombre desapiadado y sin alma para con otro hombre. Otro dijo que un hombre para con otro es un leon. Y el tercero, que quiso ponderar la ponzoña y veneno de sus entrañas, dijo que el hombre para otro es hombre: dando á entender que su ferocidad pasa el grado destos y todos los demas brutos animales, entre los cuales no se hallará alguno que aborrezca la conservacion de su mesma especie y naturaleza.

Y verdaderamente, si consideramos este punto, hallarémos que, entre todas las criaturas, no hay alguna que más fundamento y razon tenga para humillarse y amar sus individuos, ni ménos ocasion para ensoberbecerse y perseguirles, que la humana. Porque primeramente la Soberbia siempre tiene por asiento alguna nobleza, prerogativa ó excelencia en la cual funda sus encumbradas pretensiones y arrogancia; de todo lo cual está muy ajeno y desnudo el Hombre, siendo su composicion y

primera masa, de lo más humilde, bajo, grosero y tosco del Mundo, cual es la tierra, de cuyo limo y viscosidad fué formado. Y así nos es menor violencia y monstruosidad la Soberbia en el Hombre, que subir el elemento de la Tierra sobre los Cielos.

Y si de su principio, estado y fin quisiéremos hacer alarde, claramente verémos esta verdad retratada en una breve y compendiosa difinicion que dél nos dejó el pacientísimo Job escrita[1], diciendo que la nobleza del Hombre consiste en ser nacido de mujeres, á las cuales atribuyen los expositores deste paso la variabilidad, fragilidad, imprudencia y toda suerte de imperfeccion. En tener la vida corta, y ésta llena de miserias, calamidades y afliccion; pues no hay descendiente de Adan, que pueda alabarse de haber gozado una mínima sombra de gusto y contento, sin habella pagado con doscientos mil pesares y amarguras. En una increible inconstancia y variabilidad, pues jamas permanece en un mesmo propósito y estado, ántes bien, todo él es un desordenado y confuso cáos, que no tiene determinado ni seguro fin. Y finalmente, es un frágil y mal seguro barro, en quien está el tesoro de la vida, como dijo el profeta David, depositado;

y tan quebradizo y de vidro, que una sola y la más pequeña chinuela basta para hacelle pedazos y deshacelle del todo; pues, aunque sus fantasías y soberbias pretensiones sean de oro y plata y suban hasta los cielos, teniendo los piés y cimientos de barro, como la estatua de Nabucodonosor; dando en ellos una pedrecita de alguna enfermedad ó desastre, dan con toda la máquina y quimeras en una pobre y hedionda sepultura. De suerte, que, considerándole todo desde los piés hasta la cabeza, no se hallará en él cosa que no repugne y contradiga á la Soberbia. De donde se sigue que, no teniendo el Hombre en sí fundamento alguno para ensoberbecerse, ni tampoco le tendrá para perseguir á otro, siendo la persecucion hija legítima de la Ambicion y Arrogancia; ántes bien, el extremo de humildad y bajeza con que está fabricado, debria convidarle á Paz, Amistad y Amor.

Y cuando las sobredichas razones no moviesen al Hombre para corregir una monstruosidad tan execrable y feroz, cual es ser verdugo de su mesma naturaleza, la igualdad y semejanza que tiene con todos los demas, debria moverle á procurar la Paz y Amistad; pues el Espíritu divino, en los libros de Salomon, y

áun la mesma Naturaleza, nos enseñan que cada cosa ama su semejante. Lo cual siendo así, más grave y reprensible será la persecucion en el Hombre, que en todas las demas criaturas. Porque, entre todas las especies criadas, no hay alguna que más semejantes, iguales y del todo parecidos tenga sus individuos, que la humana, guardando tal igualdad y semejanza en su principio, medios y fin, que ni un solo átomo de diferencia se halla.

Cuanto al principio, ya se sabe que todos salieron del polvo de la Tierra ó del limo della; que todos nacieron desnudos, y todos entran en este mundo llorando.

La igualdad del fin prueba bien el universal tributo que al nacer deben todos los descendientes de Adan, sin que el Ceptro ni Tiara haya jamas podido hallar antídoto ó encantamento para la Muerte. Del medio, que es el tiempo que hay desde el nacer hasta el morir, ya dijimos arriba, con Job, que la vida del Hombre es una contínua guerra, llena de cuantas aflicciones y calamidades puede imaginar un humano pensamiento; y ésta, universal y comun á todos, no pudiéndose hallar uno solo que no tenga su cruz. De suerte, que, hallándose en el Hombre una perfecta y total semejanza

con todos sus individuos, y conviniendo todos en un mesmo grado de miseria, bajeza y calamidad, sin que alguno dellos sea más noble y privilegiado que los demas; se infiere que ensoberbecerse un hombre y perseguir á otro, es grande monstruosidad de Naturaleza y frenesía de la Razon; estando obligado á humillarse por su bajeza y amar su especie por la igualdad. Y así, llegado el Hombre á este extremo de miseria y ferocidad, pierde el sér y naturaleza de hombre, y pasando el grado de los brutos animales, llega á convertirse en una naturaleza aún peor y más detestable que la del mesmo Diablo.

De aquí infiero yo que los Naturales, con muy justa razon, llaman al Leon rey de todos los brutos animales, y le prefieren en generosidad y fuerzas, habiéndole Dios aventajado en esto á todos los demas. Pero el Hombre, ¿qué fundamento ó razon halla en sí para estimarse en más que otro? ¿Qué ventaja, prerogativa ó excelencia le concedió la Naturaleza, que la negase á los demás hombres? ¿Y por qué pretenderá sujetar á otro de su especie, siendo tributarios todos igualmente, al abismo de miserias y calamidades que la experiencia nos enseña? Y siendo esto así, podemos libremen-

te decir que un hombre soberbio y enemigo de otro, es peor que el mesmo Demonio; ó por mejor decir, la Soberbia y Ambicion le repugnan ménos qué al Hombre. Porque, si Lucifer pretendió asentar su trono y silla sobre las estrellas, ser semejante al Altísimo y otras locas fantasías y temerarios disparates, aunque para ello no tenía fundamento real y verdadero, por ser incapaz la criatura de la perfeccion y nobleza de su Criador; con todo eso, halló en sí mesmo alguna aparencia y color de su desenfrenado apetito, viéndose inmortal, incorpóreo y la más bella de todas las criaturas, pues era (como dice el profeta Esaías), no sólo resplandeciente estrella, pero lucero del alba y el más perfeto de todos los espíritus angélicos. A más desto, yo confieso, con la Sagrada Escritura, que en el Infierno, siendo tierra de tinieblas, calamidad y miserias, no hay algun órden ni concierto, ántes bien, sempiterno horror y confusion; pero, con todo eso, no se hallará jamas que un diablo persiga á otro ni le haga guerra. Antes bien, todo aquel diabólico ejército está muy unido y conforme en perseguir el Alma, sin que el uno se entremeta en el oficio del otro, ni procure estorbarle la tentacion que pretende. De donde queda pro-

bado que, siendo el Hombre la más baja y miserable criatura de todas, y no teniendo alguna cosa particular, de la cual no participen todos los demas hombres, ensoberbeciéndose y persiguiendo otro hombre, pasa la naturaleza de bruto, y es peor que el mesmo Diablo.

CAPITULO IV.

De la nobleza del Hombre.

LA conclusion del precedente capítulo nos deja grande ocasion para tratar en éste de la nobleza y excelencias del Hombre; por la grande razon y motivo que tendrá alguno de maravillarse con nuestra proposicion pasada, en la cual concluimos que el Hombre es la más baja, imperfecta y desdichada criatura deste Mundo. Lo cual, considerado á bulto y de primera instancia, parece del todo contrario á lo que la Sagrada Escritura y la comun filosofía nos enseñan dél, canonizándole por la más noble y perfecta de todas las criaturas. Y verdaderamente, si se considera con particular

atencion aquel tan alto, excelso y sublime grado de nobleza y perfeccion á que llegó el Hombre con la union hipostática é indisoluble matrimonio que hizo con el Verbo divino en la Encarnacion, se podrá libremente decir que es la más noble y perfecta de todas, pues quedó la naturaleza angélica, no sólo inferior á ella, pero sujeta á adorarla en la humanidad de Christo. De donde (como dicen algunos doctores) tomó ocasion el primer Ángel para rebelarse contra su Criador; no pudiendo sufrir la exaltacion de la naturaleza humana y los favores tan extraordinarios y exquisitos que por revelacion conocia que Dios le habia de hacer.

Ni la autoridad que ordinariamente alegan los que tienen por opinion que el Hombre es inferior al Ángel, es de mucha consideracion y fuerza, porque donde la Vulgata dice: *minuisti eum paulò minùs ab angelis*, leen los hebreos, *minuisti eum paulò minùs ab Eloym.* Que, segun la declaracion de algunos rabinos, quiere decir que el Hombre es poco ménos que Dios, porque esta palabra *Eloym*, significa Dios, y muchas veces el Ángel.

La cual exposicion no hallará el buen entendimiento que sea fuera de propósito, ántes

bien muy fundada en razon. Porque, si bien se considera, en aquella admirable é intrínseca union que Dios hizo con nuestra naturaleza, quedaron los títulos y epítetos de Dios tan propios al Hombre, y los del Hombre á Dios, que verdaderamente se puede muy bien decir que el Hombre es poco ménos que Dios; de lo cual no podrá gloriarse el Ángel, habiéndole faltado tan singular favor.

Y aunque en todas y cada una de las criaturas se halle en cierto modo la imágen y semejanza de Dios; con todo eso, en el Hombre está más perfecta y cabalmente que en todas las demas, por razon de que en ninguna dellas puede retratarse el Verbo encarnado, mejor que en el Hombre, siendo su composicion de Alma, cuyas tres potencias corresponden á las tres divinas personas, y de Cuerpo, el cual juntamente con el Alma corresponde al Verbo divino, en quien divinamente se unen Cuerpo y Divinidad. De todo lo cual está el Ángel muy ajeno, por ser incorpóreo.

A esta perfeccion llaman los teólogos perfeccion de gracia y de favor, solamente porque Dios quiso autorizar esta naturaleza por su beneplácito y misericordia, sin que ella lo mereciese ni ganase con alguna virtud ó exce-

lencia. Y cuanto á esto, todos confiesan uniformemente que la naturaleza humana es más noble que la angélica, porque no hizo Dios tantas mercedes y favores al Ángel como al Hombre. Pero, considerando estas dos naturalezas en sí mismas, sin algun respecto al favor y gracia, muchos, y aún casi todos, dirán que el Ángel es más perfecto que el Hombre: en lo cual yo no me resuelvo sino con distincion; advirtiendo, primeramente, que en el Hombre hay dos cosas que considerar, cuales son, el Alma y el Cuerpo. Del Alma dicen muchos que es de la mesma substancia y naturaleza del Ángel: incorpórea y racional como él; pero que no es supuesto ó substancia completa (como dicen los lógicos), en sólo lo cual se diferencia del Ángel.

Otros, engolfándose en un abismo de Metafísica, dicen que el Ángel es más perfecto que el Alma, porque no está sujeto á las imperfecciones y miserias della, teniendo su voluntad no indiferente al bien y mal, pero sujeta y reglada á no poderse determinar, sino solamente á cosas buenas y justas; la cual razon no me satisface. Porque, primeramente, el Ángel, considerándole segun su naturaleza y sér, ó *in puris naturalibus* (como dicen los teólogos), es tan indi-

ferente á ser bueno ó malo, como el Alma racional: lo cual evidentemente prueba la Sagrada Escritura, pues nos dice que Lucifer y todos sus secuaces se abismaron en el Infierno, y San Miguel con todos los demas ángeles buenos quedaron en el Paraíso. Que, si el Ángel, de su naturaleza, fuera impecable, no pudiera condenarse, como ni tan poco se pudiera salvar, si su voluntad fuera determinada precisamente, desde el instante de su creacion, al mal. Y así, pues nos dice la Escritura que hay ángeles buenos y malos; y que estos últimos cayeron del Cielo por el pecado de la Soberbia, claramente se infiere, que la naturaleza del Ángel, precisamente considerada, es pecable é indiferente al bien y al mal, como el Alma. Pero, estando ya el Ángel confirmado en gracia, pierde la indiferencia que tenía, y queda su voluntad reglada y sujeta á solo el bien: todo lo cual hallará el teólogo, sin faltar un punto, en el Alma, pues nadie habrá tan mentecato, que crea en los bienaventurados alguna indiferencia ó posibilidad para pecar. De suerte, que, por la sobredicha razon, no se concluye que el Ángel sea más perfecto que el Alma.

Y si me permitiere el curioso declarar libremente mi opinion en este caso, digo (suje-

tándome siempre á la doctrina de los Padres y correccion de la Iglesia Romana) que el Alma en este Mundo, áun con la indiferencia que tiene á pecar ó no pecar, es más perfecta que el Ángel aunque no peque ni pueda pecar. La razon desto es porque, estando en su libertad el ser mala, no siéndolo, alcanza una perfeccion y excelencia mucho mayor de la que tuviera, si no pudiendo ser mala, fuera buena, como sucede en el Ángel. De suerte, que esta indiferencia y sujecion que tiene el Alma en este Mundo á tantas tentaciones y miserias como le combaten, arguye una perfeccion extremada, pues con ella será más gloriosa la victoria de sus enemigos y el premio más aventajado.

Porque, pregunto, ¿qué gran virtud será ser un hombre pacífico, si no tiene quien le haga la guerra? ¿Qué mucho hará en ser bueno, el que no tiene quien le incite ni provoque á ser malo? ¿Y qué perfeccion será no pecar, teniendo la voluntad reglada y sujeta á no poderlo hacer? Ninguna por cierto. Por donde concluyo, que el Alma, áun cuanto á la naturaleza propia, es más noble que el Ángel. Bien es verdad que, si consideramos en el Ángel lo que sigue y acompaña el no poder pecar, que

es la gloria y vision beatífica que tiene, será mucho más perfecto que el Alma, y habrá tanta diferencia entre éstos, cuanta hay del bienaventurado al que no lo es: de lo cual no es mi intencion tratar. Pero, si consideramos el contrapeso é inconvenientes á que el Alma está sujeta, en tanto que vive en este Cuerpo mortal (quiero decir, la dependencia que tiene de los Sentidos en todas sus operaciones), no hay duda que el Ángel, siendo incorpóreo y sin alguna dependencia, sea más perfecto que ella; pero en lo demas, ella excede en nobleza á todas las demas criaturas, entre las cuales participa un no sé qué más de Dios.

Esta nobleza tiene el Hombre respecto de las demas criaturas, de la cual no es mi intencion tratar sino de paso, por ser materia que requiere mucha Metafísica y grande especulacion. Y así, dejando ésta, tratarémos de la que respecto de sus individuos tiene, buscando en qué consista la nobleza del Hombre, esto es, cuál de los hombres debe llamarse justamente noble, y qué partes y requisitos ha de tener el que mereciere tal título y nombre.

A tratar este punto me ha movido la pretension que cada uno tiene de sí mesmo, de cualquiera calidad que sea, estimándose por

bien nacido y noble. Y este mal es tan comun, que, si á un remendon pidieren cuenta de su genealogía y descendencia, responderá, más hinchado que un pavon, que desciende por línea recta del emperador Sigismundo ó de Alejandro Magno. Y ponderará esto con tal denuedo y ostentacion, que será casi obligado á creer lo que dice el que verdaderamente supiere lo contrario. No quiero ya decir que repugne la nobleza á un oficial mecánico, ni al que con el trabajo de sus manos vive; ántes bien hallo yo que el vulgo se engaña llamando ordinariamente á los aldeanos y gente que vive de su trabajo, villanos y gente baja, desterrándoles del número de los nobles por el oficio y vacacion que tienen; siendo verdad que el más noble de todos los hombres de la tierra fué Adan, y no tuvo otra calidad ni oficio que labrador, pues quedó sujeto á comer el pan con el sudor de su rostro. Los hijos de Adan, nobles fueron, y no se ejercitaron, que en oficios mecánicos y bajos, como el de herrero, y otros. Noé de todos fué estimado por noble, y su vacacion no fué otra, que plantar viñas y sembrar campos. Abraham y sus hijos, nobles fueron, pues dellos y dél tuvo orígen la nobleza judáica, y no tenian otro modo de vivir, que

sus ganados y labranzas. Saul y David, nobles fueron y reyes, y no tenian otra vacacion que de pastores. Y finalmente, toda la nobleza de la antigüedad estaba ocupada en oficios mecánicos y humildes: por donde infiero que el vulgo se engaña en juzgar la nobleza por el oficio y vacacion. Ni tampoco consiste la verdadera nobleza en ser privado ó favorecido de los reyes, porque muchos hây que no lo son, ántes bien son perseguidos dellos, y con todo eso, su nobleza está siempre firme, viva y segura. Ni en las Letras está la nobleza, porque ordinariamente los más doctos y sabios, si no tienen otro, que la sciencia, son los más bajos y despreciados de la República. Por donde saco la conclusion, que la verdadera nobleza consiste en la generosa accion de cada uno, ora sea rico, ora pobre, ora ciudadano, ora ignorante, ora letrado. De suerte, que aquel se podrá llamar noble legítimamente, que fuere más señalado en alguna heróica empresa, ya de fidelidad, ya de valentía, ó de alguna otra rara virtud. Y deste tal, es muy justo se conserve la memoria en su posteridad y descendencia, teniendo el nombre y nobleza todos los de su sangre.

La verdadera nobleza es esta que habemos

dicho, la cual se llama nobleza de discretos, porque los que lo fueren, no tienen ni deben tener por noble, sino sólo á los tales. Pero la nobleza del vulgo, y la que hoy se platica en el Mundo, no es ésta, sino la Riqueza. De tal manera, que ya en nuestro miserable siglo, aquel es solamente tenido y respetado por noble, que fuere rico. Y si me permitiere el prudente lector probar el extremado valor y nobleza del dinero, por la bajeza y abatimiento de su contrario, que es la pobreza, verá claramente que no va el vulgo muy engañado; pues no hay desventura ni miseria que pueda igualarse á la que tiene un hombre pobre. Es la pobreza la quinta esencia del desprecio y abatimiento, raíz de todas las lacérias del Mundo y sepultura de las virtudes. Porque, denme el hombre más animoso y valiente del Mundo, si está pobre, no hay liebre más temerosa, afeminada y cobarde que él. Si es honrado y de buenas costumbres, no hay quien, viéndole pobre, no le estime por hipócrita. Finalmente, en llegando la necesidad á sus puertas, todo el mundo le desconoce, sus parientes le niegan, sus amigos se apartan, los criados le dejan, y á todos parece extraño, huyendo todo el mundo dél, como si llevase la peste consigo. Es la

pobreza muy parienta de la infamia, porque, en viéndose el Hombre con ella, no habrá engaño ó trampa que no haga, ni traicion que no intente; siendo sus ordinarias compañeras la deshonra, crueldad, ignorancia, desprecio, falsedad, infidelidad y traicion; las cuales, y otras semejantes, acometerá un hombre pobre. ¿Qué diferencia hay de un hombre pobre á un árbol seco, á un arco sin cuerda, á un navío sin járcias, á un carro sin ruedas, á un ave sin alas y á un cuerpo sin alma? Ninguna por cierto, pues queda tan imposibilitado para hacer algo que valga, como todo lo sobredicho. Pues, si éstos son los efectos que hace la necesidad en el Hombre, con mucha razon el vulgo pone la nobleza en no haber menester á nadie, que es la cosa que más desea la naturaleza del hombre, juntamente con la nobleza, excelencias y privilegios que trae consigo la Riqueza. Porque, sea el hombre más infame que se pueda hallar debajo la capa del Cielo, aunque sea el verdugo; si es rico y próspero, luégo es caballero, noble y bien nacido, de la línea de Alejandro Magno y primo carnal de Baldovinos. En su vida habrá tomado la espada en la mano, ni habrá visto alguna batalla, sino ès pintada en algun cuadro ó lienzo; luégo dicen que es un

valeroso capitan, y que en el golfo de Lepanto venció la armada turquesca y prendió al rey Miramolin. Acertará á no saber la primera letra del *A*, *b*, *c*; luégo le canonizan por un Mercurio Trismegisto. Finalmente, siendo rico, tiene todas las virtudes, excelencias y nobleza del Mundo en los ojos del vulgo; porque todos le respetan y reverencian, quitándole la gorra de una legua de camino. Si llega á la iglesia, todos le hacen plaza y le dan su asiento. En el banquete, le reciben en la cabecera de la mesa. Cuando habla, están todos tan atentos oyendo, como si hablase Ciceron. Si acaso estornuda, no hay sancto en el calendario que no le invoquen en su ayuda (y si algun pobre diablo estornuda, aunque se le salga el alma por las narices, no habrá un sancto para él, ántes bien, una docena de maldiciones). Su casa es frecuentada de todos, sus hijos acariciados, sus criados respetados con título de hidalgos. Si está enfermo, toda la ciudad se hunde buscando regalos que traelle. La puerta de su casa está siempre llena de gualdrapas y carrozas, sus salas de visitas, su mesa de música; y en conclusion, así como toda la lacéria y bajeza del Mundo tiene el hombre pobre, así el rico tiene todos los contentos,

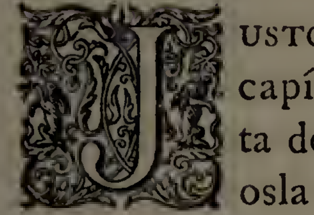
privilegios y nobleza del mundo. Porque en este miserable siglo nuestro el absoluto señor de todas nuestras acciones es el dinero. Él manda, vive y gobierna, teniendo en sujecion todo el Mundo, porque todas las cosas le obedecen, como dice Salomon. Todo lo alcanza, todo lo facilita y todo lo puede, por dificultoso que sea. El dinero es el objeto, motivo y terminativo de todos los trabajos y deseos del Hombre: en él paran todas sus diligencias y empleos, y todo va ordenado á él. Él hace lo amargo dulce, lo pequeño grande, fácil lo imposible, verdadero lo falso, y finalmente, de nada, hace el todo. Desta gran potencia y valor que tiene, nace que todo el mundo le ame, busque y adore; atormentando y martirizando su persona por alcanzalle. ¿Quién mueve al Soldado andar en el invierno con el agua hasta las rodillas, cargado de hierro, muerto de hambre y sed, roto y despedazado, con la muerte en los dientes cada dia; sino el dinero? ¿Quién hace que el Labrador rompa sus brazos y todo su cuerpo, abriendo la tierra con la pena que vemos; sino el dinero? ¿Quién hace que el Oficial mecánico pase las noches en el invierno de claro en claro trabajando; sino el dinero? ¿Quién hace al Mercader arriscar su vida en

dos dedos de tabla por ese mar, con tantas tormentas y borrascas; sino el dinero? ¿Quién mueve al Jurista quemarse las cejas estudiando á Bartolo y Baldo, y al Teólogo las partes de Santo Tomás; sino el dinero? ¿Quién hace que el Médico vaya continuamente por esas calles, rastrando gualdrapas, mirando la orina y oliendo mil inmundicias; sino el dinero? ¿Quién mueve al Clérigo romperse el gaznate cantando en su iglesia; sino el dinero? En conclusion, el dinero es el blanco al cual el Hombre dirigé todas sus acciones y diligencias; porque él es la tiara del Pontificado, el ceptro de los Emperadores, la corona de los Reyes, el capelo de los Cardenales, la mitra del Obispo, el sobrepelliz del Canónigo, el rosario del Fraile, el breviario del Clérigo, el récipe del Médico, el Mesue del Boticario, el Bartolo del Jurista, el Santo Tomás del Teólogo, la pluma del Escribano, el etca. del Notario, el *ergo* del Lógico, el cero del Aritmético, los nominativos del Gramático, el cielo del Astrólogo, el *infinitum* del Filósofo, el *unum, verum et bonum* del Metafísico, la lezna del Zapatero, la aguja del Sastre, el arado del Villano, y la hidalguía del Noble. Y finalmente, la vida y la muerte están en mano del dinero, pues él solo es suficiente

para condenar á muerte un justo y dar la vida al que está condenado á la muerte. De donde infiero que el vulgo no va muy fuera de propósito en dar toda la nobleza al dinero, pues obra infinitas maravillas en este Mundo.

CAPITULO V.

De la nobleza y valor de la nacion francesa y española.



USTO fuera dejar á la fama esté capítulo, como á legítima coronista desta heróica empresa, pues á osla ella está reservado el acabar lo que en un siglo entero no podrá comenzar mi pluma. Porque, si la verdadera nobleza consiste en la generosidad de los hechos, como en el capítulo precedente dijimos, los destas dos naciones son tantos, tan aventajados y heróicos, que sería imposible contar la mínima parte dellos en un siglo entero. No quiero entretenerme ahora en declarar el orígen y descendencia destas dos nobilísimas naciones, siendo tan notorio á todos y ordinario á los

que sobre esta materia han escrito. Solamente quiero contentarme con entretener la contemplacion un poco en las raras y perfectas virtudes que Dios infundió en ellas: de las cuales podrá alcanzar algun barrunto y noticia el que atentamente consideráre el órden maravilloso que tuvo Dios en los seis dias de la creacion. En los cuales, habiendo hermoseado el espacioso campo deste Mundo con tanta variedad de naturalezas, para que pudieran mostrar la perfeccion que les habia dado, produjo en el cuarto dia dos bellas y resplandecientes luminarias, á las cuales hizo vicarias y sustitutas suyas, dándoles entera facultad y poder para presidir en el dia y en la noche, dividiendo, ordenando y constituyendo tiempos, plazos y sazones, y produciendo los maravillosos efectos que en el teatro deste mundo visible nos representa la experiencia.

La grandeza y perfeccion destas dos luminarias podria quedar probada con sola la verdad y conocimiento de los sentidos: pues será del todo ciego el que, desplegando la vista esos cielos arriba, no conociere que los autores del regocijo y gozo deste Mundo son el Sol y la Luna, como tambien de toda la variedad, mudanza, novedad y alteracion que se ve en los

cuatro Elementos, y que su ausencia influye en los mortales infinitas turbaciones y tristezas, de lo cual serán testigos el horror y nocturnas impresiones que la ausencia del Sol causa en la noche, con otros innumerables efectos, que la brevedad me hace pasar en silencio.

Con todo eso, el medio más eficaz que yo hallo para probar la extremada perfeccion destas dos luminarias, es ver que los Profetas y toda la Escritura Sagrada, queriendo darnos á entender la celsitud y grandeza de su Autor, no hallan otro á quien más propiamente puedan comparalle, que á ellas, llamándole Sol y Luna: juntamente con la verdad que la Astrología nos enseña, confesando que todas las estrellas y cuerpos luminosos toman dellas la luz y resplandor que tienen, y que dellas nacen todas las alteraciones y movimientos de todo lo que tiene y no tiene vida.

Estas y otras casi innumerables grandezas hallará el especulativo en estas dos grandes luminarias que Dios fijó en el celeste Globo, las cuales son una cifra, enigma y retrato de otras dos, que con inmensa providencia puso en este Mundo de la Razon, en medio el cielo de su Iglesia militante: y tan nobles, resplan-

decientes y bellas, que no puede el más sutil entendimiento alaballas, sí, sólo con maravillarse. Porque, si aquéllas alumbran todas las cosas visibles y materiales; éstas enriquecen y gobiernan la razon y actos de la voluntad, los cuales exceden á lo sensitivo, cuanto el sér libre y voluntario excede al sér natural y dependente. Aquéllas tienen por fin engendrar, corromper, variar y mudar; y éstas eternizar, conservar, entretener, y aún llegar al infinito, pues dellas salen efectos maravillosos, cuales son virtud, consejo, entendimiento, letras, ejemplos y doctrina, que no dejan al Alma, hasta eternizarla con Dios. Aquéllas tienen su asiento y lugar en una substancia incorruptible, pero material, insensible y privada del uso de razon; y éstas fundan su presidencia y dominio sobre la naturaleza humana, á cuyo fin fueron las primeras criadas. Y pues el medio no puede ser más perfecto que el fin al cual se ordena, siendo las celestes luminarias, con todo su influjo y virtud, criadas para solo el Hombre, claro está que serán ménos perfectas que él.

Con todo eso, no dejarémos de apoyar la nobleza destas dos luminarias terrestres, esto es, la nacion francesa y española, á las dos

celestes: pues entre las criaturas, no hallarémos quien mejor pueda representarnos su rara perfeccion, mirándose las unas á las otras con tal correspondencia y proporcion, que parece que el divino Artífice tomó destas el original que estaba ideado en la mente divina *ab æterno*, para producir en tiempo un retrato dellas, y ponello en la cuarta y primera esfera. Estas son las que en rigor de justicia merecen el título y nombre de luminarias grandes, pues en este cielo de la Iglesia, no hay otras tan resplandecientes y que con más virtud, doctrina y consejo publiquen la verdad á todas las demas naciones. Y así, la Fe Evangélica, tenien-su asiento y silla entre dos firmísimas é inexpugnables colunas, quiero decir entre un Católico y un Cristianísimo, está firme y segura de macularse con algun nublado de infidelidad ó persecucion.

Pues, si á las dos luminarias del Cielo es propio desterrar la obscuridad y tinieblas, alegrar los sentidos, matizar los campos con infinita variedad de flores, vestir los árboles y hacelles producir el deseado fruto que su especie pretende; con mayor perfeccion muestran estas dos nobilísimas naciones estos y otros innumerables efectos de su valor, dues ellas solas

son las que destierran la ignorancia y enseñan la verdadera y saludable doctrina, ofreciendo dichosos partos al Mundo, y colmándole de ciencias, cátedras, púlpitos, sutileza, policía, virtuosas y loables costumbres, astucia, destreza, leyes, premáticas, justicia, piedad, diligencia, sagacidad, fortaleza, liberalidad y nobleza, con todos los demas atributos y perfecciones que se pueden concebir.

Ellas presiden en el dia y en la noche, pues, desde el uno al otro polo, no hay nacion que no les obedezca, tema y se les humille, infundiendo el nombre destas dos naciones en todas las provincias bárbaras y católicas el temor y espanto que la voz del leon en los animalejos tímidos y cobardes del bosque.

CAPITULO VI.

De la nobleza y valor de los Franceses.

PREGONE el Cristianismo la fuerza del valeroso brazo frances, y la fiel Europa publique sus famosos hechos. No disimule Inglaterra la nvicta potencia suya. Celebre Alemania su

intrépido acometimiento. Solemnice Italia su ánimo y esfuerzo valeroso. Divulgue sin pasion la pérfida Turquía las hazañas y heróicos hechos con que cada dia van eternizando su inmortal valor. Hable la mesma Fama, si ya de pasion no estuviere muda, y diga lo que mi lengua y pluma no pueden. Confiese esta verdad la poderosa sangre otomana, la cual se tiene por inexpugnable con una compañía de soldados franceses. Y la gran Persia no disimule los quilates y valentía desta excelsa nacion; pues no se desvela ni estudia en otro, que imitar sus trazas y ardid belicoso. Ella domina en el dia del Cristianismo, pues todas las naciones sujetas á la Ley Evangélica le temen, reverencian, reconocen, y á ella como á superior se humillan. Ella ordena, divide y compone los tiempos, instituyendo costumbres virtuosas, leyes justas, estatutos piadosos, devocion, honra, nobleza y virtud.

Ya la memoria de la antigüedad romana, su orgulloso dominio y celebrados hechos se olvidaron con las singulares proezas y rara generosidad de la invicta nacion francesa, quedando la Fama (que tan apasionada estuvo un tiempo por las excelencias de César y Alejandro) tributaria á las heróicas é inmortales del

grande Enrique IV, padre de la patria, coluna del Cristianismo, azote de la infidelidad y asombro de todo el mundo. Y deste fundamento y premisas comience desde hoy á cantar el supremo valor que la rara prudencia y extremada discrecion del gran Luis, nuestro excelso Rey y Señor, prometen, como hijo de tal padre. Hablen estos siete planetas y todas las demas estrellas de la mayor grandeza, que en este cielo frances reciben su resplandor y luz deste sol, y comuniquen al mundo su peregrino valor, para que todo él admire su inmensa perfeccion y nobleza. Descubra el casi infinito número de príncipes, que, como lucidísimas estrellas, adornan el firmamento deste cielo, la magnanimidad de sus influjos é iluminacion, para que el discreto pueda juzgar la hermosura del todo, por la belleza de sus partes.

¡Oh Francia dichosa, dechado de perfeccion y nobleza, justamente llamada cielo, y no cualquiera, sino Empíreo! pues, así como en él solo se comunica el Autor del universo mostrando el espejo de su divina esencia á los bienaventurados con particular favor, así á solo el sol que te rige, quiero decir, tu augusto rey, comunica el Supremo y Soberano Señor

la virtud y medicina milagrosa, para la cual el Arte ni la Naturaleza hallaron remedio. Tu fama eternice el suelo, pues el Cielo te va señalando con singulares favores, como á vaso escogido de perfeccion, hermoseando tu gran rey y señor con todas las condiciones y requisitos que un justo y legítimo rey debe tener. Porque, si aquel otro (segun la Sagrada Escritura cuenta) se excusaba para no ser rey, diciendo que no era médico, ni en su casa habia pan; no se podrá decir por tí, pues eres la mesma abundancia, y la que provees á todas las demas naciones de pan, de riqueza, de nobleza, de valores infinitos, de virtud, ciencia, misericordia y piedad. Y á este pan te sobrevino, con particular órden del cielo, el ser médico, con que llegaste al *non plus ultra* de tu grandeza; quedándote por título y blason en el suelo, espejo de los cristianos, azote de los infieles, fuego de tus enemigos, muerte de tus invidiosos, cielo de las pasiones, consuelo de tus súbditos, refugio de tus pobres, amparo de tus huérfanos, justicia de los ofendidos y un milagro de la Naturaleza.

¿Quién podrá argüirte de pecado, ni poner en tí una sola mácula de imperfeccion, si no fuere el que se quemáre en el fuego de la en-

vidia y pasion? ¿Cuándo llegó el pobre necesitado y menesteroso á tus puertas, que con liberal y franca mano no remediases sus necesidades? ¿Cuándo el afligido te descubrió sus dolores y afliccion, que no te hallase aparejada y dispuesta á su remedio, como madre piadosa? ¿Cuándo el tuerto, soborno y cohecho pudo alabarse de haber hallado asiento en tí? ¿Vióse por ventura en tus hijos y padre otro, que clemencia, liberalidad, nobleza, generosidad y virtud? ¿Podrá hallarse alguna imperfeccion que escurezca un átomo de tus resplandores? No por cierto: porque eres firme y escogida coluna en quien Dios fundó la prenda más cara que tenía, que es su Iglesia. Eres el vaso de virtudes y eleccion; eres la *quinta esencia* de la grandeza y valor; eres el *infinitum in actu*, de excelencias y valentía. Y finalmente, eres el concierto y armonía de nuestro hemisferio.

Ora, que el último atributo de los celestes luminares, cual es causar las mudanzas, variar los tiempos y engendrar varios efectos, convenga á esta nacion, sin gastar muchas palabras, quedará bien probado con las cotidianas experiencias y efectos maravillosos que hacen en todas las naciones sus empresas.

Porque las veces que Francia toma las armas en la mano (mas ¿qué digo armas? cuando de burlas, ensayándose como en el juego de la esgrima hacen los virtuosos), todas las naciones, alteradas, confusas y llenas de un sobresalto mortal, doblan las guarniciones, fortifican las murallas, refrescan las municiones, ordenan leyes, y finalmente, preparan con tal estudio y cuidado su defensa, cual haria ahora el Mundo si esperase otro diluvio universal. No infunde más temor en la noche el fiero bramido del hambriento leon á la temerosa liebre y humildes animales, que el són de trompeta y golpe de caja, herida por el brazo frances, en todos los reinos de Europa.

¿Cuál rayo despedido de la nube baja más furioso, trepando la espaciosa region del aire, que los intrépidos y belicosos Franceses en el campo del enemigo? ¿Y qué reino, nacion ó provincia hay sobre la tierra, que, teniendo á Francia de su parte, no tenga un Marte en su brazo, un leon en su pecho, una águila en sus manos, una corona en su cabeza, y segura la victoria? ¿Por ventura, los intentos, trazas, diligencias y empresas de todas las naciones son más poderosas y eficaces, de cuanto el valor frances las fomenta, ayuda y confirma?

No por cierto, pues vemos que, así como la presencia y rayos del Sol deshacen el cáos y obscuridad del nublado, así tambien, en comenzando á aparecer la fuerza é industria francesa, las máquinas y estratagemas de todas las naciones vienen á perderse y aniquilarse. De suerte, que ellas hacen, si ella quiere; tienen, si ella da; alcanzan, si ella permite; ganan, si ella ayuda; pierden, si ella se aparta; y finalmente, se acaban, si ella persigue. De donde queda probado ser el norte y gran luminaria de todas las naciones, amparo de todas las provincias, espejo de todos los estados, presidente de todos los reinos, y la que causa la variedad, mudanza y alteracion en todo el Mundo.

Mucho pudiera decir, aunque todo fuera muy poco, si el temor de ser prolijo no me detuviera la lengua, y la discrecion que debe suponer en el lector el que escribe, no me asegurára: como tambien la casi infinita desproporcion que entre la tosca y grosera energía de mi lengua, y el supremo valor desta nacion hay. Y así lo que he dicho, y todo lo que la mesma Retórica, si emprendiera esta hazaña, podrá decir, será como un principio de lo infinito, como un átomo de la inmensidad, como

un punto de la línea, como un instante de la perpetuidad, como una sombra que pasa, y como el nada respecto del todo.

Y pues el sujeto de mi libro no permite que calle algo desta noble y excelsa nacion, me será forzoso imitar la industria de aquel famoso pintor, al cual, habiéndole mandado que retratase un gigante en una pequeña y muy angosta tabla, viendo que era del todo imposible podello pintar entero, acordó dibujar una sola y la más pequeña uña dél, para que por ella, proporcionalmente, se pudiese conocer la deformidad y desigualdad del gigante. Y así entiendan los que este capítulo leyeren que, si he dicho algo que á los ojos y consideracion de algunos pareciere demasiado, todo no es que una mínima partecilla de lo mucho que en alabanza desta singular nacion se puede decir; porque pretender apear las colmadas gracias y extremada gentileza deste cielo frances, será poner puertas al Mundo, ó dar fondo en un mar sin suelo.

CAPITULO VII.

De la nobleza y valor de la nacion española.

Ya me zumban el oido las quejas de mi madre España, ofendida de haber consagrado á las alabanzas de Francia mi oracion, pareciéndole que, vencido de algun interese, pasion ó cohecho, he pasado en silencio sus grandezas. Ya veo los Españoles, enojados, coléricos y cejudos contra mí, canonizándome en todos sus corrillos y juntas por el más ingrato, infiel y desconocido hombre del Mundo; creyendo que he quitado á César lo que es suyo, contra la ley natural de la patria. Por otra parte, se me representan ufanísimos los Franceses, imaginando que todo lo sobredicho es *proprium quarto modo* (como dicen los lógicos), que solamente conviene á ellos, y no á otro. Tambien sé que el sofista y malicioso, quemándose en el fuego de la pasion, está, con notable impaciencia, esperando que declare cuál destas dos naciones es el Sol y cuál la Luna, á quién se dará el título de gran luminar, y cuál dellas será el menor.

Pero, supuesto que no es mi intencion encender el fuego de la enemistad entre estas dos naciones, ántes bien apagar el que hay, y tratar solamente de las excelencias y nobleza de entrambas, sin ofender alguna dellas; digo (evitando la comparacion por ser odiosa) que en estas dos nobilísimas naciones no hay mayor ni menor, grande ó pequeño, porque ambas á dos son luminares grandes, resplandecientes y bellos, enviados aposta en este mundo para ilustrar y enriquecer toda la estirpe de Adan. Y así, todo lo que de la nacion francesa tengo dicho, se debe entender, al pié de la letra, de la española, sin faltarle la mínima perfeccion que el entendimiento pudiere concebir.

Y para mostrar la grande proporcion que tienen estas dos naciones con los dos luminares celestes, sobre los cuales tengo fundado mi discurso; bástame que la Sagrada Escriptura diga que Dios crió dos grandes luminares, sin que ande ahora buscando otras particularidades y metafísicas diferencias. Con todo eso, por la satisfaccion de los mal contentos y demasiadamente curiosos, los cuales no podrán quietarse hasta saber cuál destas dos naciones es el Sol y cuál la Luna, cuál domina en el

dia y cuál en la noche; me será forzoso declarar un punto de Filosofía, con el cual el entendimiento más cosquilloso y apasionado quedará satisfecho, y confesará que no hay mayor ni menor en estas dos nobilísimas naciones, siendo ambas grandes y de supremo resplandor y virtud.

Bien saben los que han praticado los estudios, que el todo homogéneo ó similar es de tal naturaleza y propiedad, que sus partes integrantes tienen la mesma virtud, nombre y sér del todo: como, por ejemplo, el agua que está en muchos vasos dividida, ora los tales vasos sean grandes, ora pequeños, siempre se hallará que todas y cada una de las dichas partes tienen el mesmo nombre y virtud de toda el agua, sin que pueda imaginarse algun atributo en ella, que no convenga á todas sus partes igualmente. De la propia suerte, hallarémos que, siendo la luz una calidad homogénea y similar, todas sus partes, aunque en diversos sujetos repartidas, tendrán el mesmo nombre, naturaleza y virtud. Y así, será muy fuera de propósito imaginar que la luz del Sol sea diferente ó de otra calidad que aquella de la Luna, habiéndoles hecho Dios resplandecientes á entrambos en el cuarto dia, con sola aquella luz

que en el primero crió, lo cual prueban admirablemente aquellas palabras del Psalmo, que dicen: *ni el sol te quemará en el dia, ni la luna en la noche.* Dando á entender que la virtud de calentar es comun á entrambos, así como el resplandor, influjo é iluminacion: y en este sentido se deben entender las palabras de Moisen, cuando dice que Dios hizo dos luminarias grandes. Pero, por cuanto en cada uno destos luminares hay tres cosas que considerar, cuales son, el influjo, movimiento é iluminacion, y las dos primeras son muy diferentes, acabando el Sol su curso natural en un año, y la Luna en veintiocho dias y tantas horas; necesariamente han de tener alguna diferencia y desigualdad, segun la cual, la Sagrada Escritura llama la una luminar mayor, y la otra luminar menor; pero, en cuanto á la luz, ambos son grandes y resplandecientes.

Esta mesma filosofía se halla al pié de la letra en nuestros dos luminares terrestres, digo, en la nacion española y francesa, en quien partió Dios el valor, perfeccion y nobleza con tanta liberalidad, que les dejó grandes y en todo perfectas y acabadas, siendo la virtud y nobleza tan propias á entrambas, como lo es la luz del Sol y la Luna. Verdad esque en al-

gunas particularidades serán diferentes y podrán llamarse la una mayor que la otra, y por el contrario. No de otra suerte, que se suele decir entre los filósofos que el Cielo es más perfecto que el Hombre, por respeto de la incorruptibilidad; pero, en cuanto viviente, no sólo el Hombre, pero el más bajo y humilde gusanillo de la tierra, es más perfecto. De la propia suerte, se hallan en la nacion francesa algunas cosas, segun las cuales podrán llamarse mayor; y por el contrario, tendrá la española otras que le darán el mesmo título y nombre. Pero tales diferencias y ventajas, siendo accidentales, no deshacen la grandeza de la otra, pues conciertan en la esencial perfeccion, segun la cual ambas son grandes, nobilísimas y aventajadas. Y así, todo lo que se ha dicho en alabanza de Francia, y mucho más que podria decirse, entenderá el discreto, de España, sin faltar un punto, pues están dotadas de todas las excelencias y perfecciones que pueden aplicarse al Sol y á la Luna. Y si la enemistad y natural antipatía, de tantos siglos arraigada en el corazon destas dos naciones, cegáre los ojos de algun apasionado, y no le dejáre ver la razon; quiero desengañarle con la experiencia, madre verdadera del desengaño y

fiel testigo de la verdad, proponiendo alguna partecilla del purísimo é inaccesible resplandor deste gran luminar, extendido y comunicado á todo el Mundo para producir en él las virtudes y efectos maravillosos que tiene: de cuya inmensidad y fortaleza nos serán testigos las águilas ligeras y ferocísimo leon, que por armas y blason lleva en todas sus empresas ese gran Filipo: dando por ellas á entender que su imperio, valor y fortaleza vuela por todas las partes del Mundo, sin que en toda su espaciosa máquina se pueda hallar algun vacío ó lugar, privado de su temor, rayos, señorío, iluminacion y nobleza.

Mil veces me han venido á la memoria las palabras de aquel versito de David, que dice: *En toda la tierra se oyó su sonido, y hasta los confines del mundo se oyó su voz.* Las cuales, aunque los doctores declaren de los apóstoles y predicacion evangélica, me permitirá el curioso aplicarlas á la singular virtud desta noble nacion, pues parece que sólo á este propósito fueron dichas. Porque, si con atencion escuchamos las voces que en toda la máquina deste suelo se oyen, no serán otras que ¡Viva España! ¡Víctor Filipo! Si preguntamos á la Europa quién es su padre y pastor, su refugio

y torre de fortaleza, y el que tiene á raya un infinito número de leoncillos, lobos, tigres y zorras que desean morderle; claramente dirá que no es otro que ese augusto leon. Si nos entramos por esa África adentro, no oirémos otro, que un temeroso y espantable ruido de guerra, acompañado con un tropel de confusas y desmesuradas voces, que á porfía piden misericordia y gritan ¡Viva España! Si á las lastimosas quejas de la fértil Asia diéremos audiencia, verémos que todas ellas no contienen otro, que lamentarse del contínuo estrago que la astucia y valor español hacen en ella. Pues, si á la América pidiéremos nuevas desta excelsa nacion, en altas voces responderá que le debe la luz del Evangelio y religion cristiana, el haberle sacado de las manos del Demonio, y finalmente, haberle hecho mundo nuevo. Y si la curiosidad nos llevåre á informarnos de las voces que en el salado y espacioso mar suenan, sin duda oirémos que España enriquece sus islas, defiende sus golfos y facilita seguro pasaje á todas las naciones. Finalmente, las uñas, fuerzas y valor deste gran leon llega hasta los confines del Mundo, pues América le obedece, África le teme, Asia le desea y Europa le honra.

Y si es propio (como arriba dijimos) de los luminares celestes ordenar los tiempos, dividir las sazones, enriquecer el Mundo con varios efectos, etc.; ¿á quién podrá convenir este atributo, mejor que á esta valerosa nacion, cuya nobleza, sagacidad, prudencia, virtud y entendimiento es tanta, que pasma el ingenio más especulativo? ¿Hay córte de príncipe en el Mundo, que no desee imitar la gravedad, cortesía y modestia española? ¿Hay alguna provincia debajo la capa del Cielo, que, si tiene alguna costumbre virtuosa, no le haya por alguna via recibido de España? Nadie me lo negará, pues, entre todas las naciones, sus mayores enemigas confiesan en alta voz que España es huerto de virtud, tesoro de entendimiento, mar de discrecion, jardin de nobleza, abismo de ciencia y maravilla del Mundo.

Y si el temor de no poder acabar el discurso que voy tratando, no me estorbára el engolfarme en las heróicas hazañas y señaladas empresas que los belicosos Españoles han hecho en la guerra, claramente se vieran las del propio Marte afrentadas con las suyas; y todas las que desde la creacion del Mundo hasta hoy se hallan escritas, en comparacion dellas, fueran como una sombra del cuerpo y retrato del

original, pues no hay fidelidad, obediencia, respeto, ánimo, generosidad, discrecion y prudencia en el Mundo, que, mirada á la luz y resplandor deste milagroso luminar, no se escurezca, eclipse y aniquile.

Y si alguno reprobáre mis razones, teniéndome por sospechoso, apasionado y parcial; tome la deposicion de sus mesmos enemigos, como testigos de vista, y verá que jamas hubo español cobarde, infiel ni traidor. Jamas el temor ó pusilanimidad alojó en su pecho, ni jamas hubo español que no vendiese su vida valerosamente por servicio de su Rey y defensa de su patria: de lo cual serán buenos testigos los continuos sobresaltos y mortal carnicería con que tiene amedrentada toda esa morisma, cuyas fronteras fertilizan sus campos, en vez de agua, con la sangre de sus moradores, derramada por el invencible brazo español.

¿Quién doma los desenfrenados deseos y sed insaciable de ese rabioso lobo otoman, sino la fortaleza deste augusto leon? ¿Quién sujeta, rinde y humilla su orgullosa pretension, rompiendo sus emboscadas, desbaratando sus ejércitos, aniquilando sus pensamientos y haciéndole retirar, cual amedrentado lobo acosado de los perros; sino el supremo valor dese gran

Monarca Español? Finalmente, podemos con justicia llamar esta noble nacion la Fénix del Mundo; pues sus perfecciones y nobleza son tan singulares y extremadas, que, así como por antonomasia y excelencia, oyendo nombrar el Profeta, entendemos David; por el Apóstol, San Pedro; por el Discípulo amado, San Juan; por el Sabio, Salomon; por el Liberal, Alejandro, etc., de la propia suerte, por la Noble, por la Generosa, por la Magnánima, por la Fiel, por la Valiente y Admirable, se entiende España.

Concluyo, finalmente, las alabanzas deste gran luminar, con aquella máxima de Aristóteles, tan verdadera cuanto propia á esta nacion, que dice: *Que en cada género hay uno, el cual es la regla y nivel de los demas, encerrando en sí toda la perfeccion y nobleza que todos juntos contienen.* Como, por ejemplo, entre los entes, Dios; entre las substancias, el Ángel; entre los ángeles, Miguel; entre las almas, la racional; entre los cielos, el Empíreo; entre los planetas, el Sol; entre los elementos, el Fuego; entre los animales, el Hombre; entre los hombres, Cristo; entre las mujeres, María; entre los brutos, el Leon; entre los pescados, el Mero; entre las aves, el Águila; entre las

plantas, la Azucena; entre los metales, el Oro; entre las piedras, el Carbunclo; entre los colores, el Azul, y entre las naciones, la Española: la cual es nivel y espejo de todas las demas, y la que contiene las excelencias, prerogativas y nobleza de todas las naciones del Mundo.

CAPITULO VIII.

Cómo, siendo la nacion francesa y española principio de las otras naciones, han de ser naturalmente contrarias.

HABIENDO concluido en el capítulo precedente que la nacion francesa y española son principios y fuente de las demas naciones, se infiere necesariamente que han de ser contrarias, como tambien lo son las dos grandes luminarias celestes, sobre las cuales va fundada la materia y discurso de mi libro. El fin de la contrariedad que las celestes tienen, no es otro, que la variedad, por medio de la cual el espacioso jardin deste Mundo se muestra matizado y hermoso con infinita variedad de naturalezas y especies; pero, con tal órden y artificio,

que todas juntas no parecen que el individuo de una sola. Y así era necesario que el influjo y movimiento dellas fuera vário y diverso; teniendo por verdadera Filosofía, que no puede haber alguna diferencia en los efectos, si las causas no son diferentes. Todo lo cual conviene puntualmente á estas dos naciones, las cuales, como principio y modelo de las otras, habian de tener alguna contrariedad en las ceremonias, trajes, humores, premáticas y otras cosas, para que las demas, que en ellas como en un cristalino espejo se miran, fueran várias, y quedára la naturaleza humana, por medio de la dicha diversidad, hermosa y bella.

Esta verdad, aunque clara al entendimiento especulativo, quiero fortificarla con la autoridad de Aristóteles, el cual dice que los principios han de ser contrarios. Y da la difinicion, diciendo que *los contrarios ó principios* (que así habla) *son aquellos que no se hacen de alguno, ni el uno dellos se hace del otro, ántes bien, dellos se hacen todas las cosas:* la cual definicion cuadra maravillosamente á estas dos naciones, pues no podemos decir que ellas se hicieron de otras, esto es, que han tomado alguna perfeccion, virtud ó nobleza, de las que ántes dellas fueron. Porque es llano que desde la creacion

del Mundo hasta hoy, no se ha visto nacion que floreciese en letras, ingenios, sutileza, policía, virtud, nobleza y otros loables ejercicios, como estas dos. Y así parece que Dios con particular providencia las echó en este Mundo, dándoles inmediatamente de su mano las perfecciones que tienen. Ni tampoco se podrá decir que la una se hace de la otra, pues ni Francia toma algo de España, ni procura imitarle, así como ni España á Francia; pero dellas se hacen las demas naciones, recibiendo todo lo bueno que tienen, destos dos principios y fecundísimas fuentes. De suerte que, viniéndoles tan de molde á estas dos naciones el ser principios, han de tener lo que es esencial á ellos, como es la contrariedad.

Esta variedad y oposicion de naturalezas que en estas dos naciones se halla, tengo por cierto que fué providencia divina. Porque, si todas fueran de un humor y parecer; ó todos estuvieran en sus casas encerrados, sin algun apetito de ver el Mundo, ó todos fueran vagabundos y olvidáran sus casas y familias, contra la ley natural y conservacion del género humano; y los efectos del mundo no tuvieran, siendo los mesmos, la nobleza, hermosura y perfeccion que, siendo varios, tienen. Y así,

siendo éste el fin pretendido en la creacion del Universo, hizo Dios estos dos principios y naciones tan contrarios, y les partió con tal igualdad las excelencias y nobleza, que la una no puede hacer algo contra la otra, de la suerte que dos contrarios de igual valor y virtud no pueden vencerse.

Y nadie se engañe, creyendo que la contrariedad que estas dos naciones tienen como principios, sea alguna imperfeccion; ántes bien, es la mayor nobleza que podian tener. Porque, si bien se considera, no tiene otro fin ni blanco, que la paz y conservacion, siendo infalible que, no pudiéndose vencer ni deshacer la una á la otra, por razon de la igualdad que tienen en valor y fortaleza, se conservarán, no solamente ellas, pero todas las naciones que dellas dependen: siendo cosa certísima que la provincia favorecida y amparada de España, no será destruida ni maltratada de Francia, como ni tampoco podrá morder España en la nacion favorecida de Francia. Y así, por este camino, hallarémos que la tal contrariedad va toda ordenada y dispuesta á la paz y conservacion del mundo.

Y á la verdad, si Dios con artificio soberano no hiciera estos dos principios y naciones

contrarias, y les comunicára el valor con igualdad entera, tengo por cierto que se perdiera gran parte del Mundo; porque, si Dios no templára la furia, ímpetu y determinacion de los Franceses, con cuatro grados ménos de la firmeza, constancia y paciencia que dió á los Españoles; fueran sin duda absolutos señores dél. Y si, por el contrario, la paciencia, firmeza y estabilidad de los Españoles no fuera mezclada con una tarda y flemática deliberacion; no hay que dudar, sino que tuvieran en sujecion todos los reinos de la Tierra. Pero Dios, que con peso, sabiduría y mesura hizo el todo, disponiéndolo suavemente, ordenó que el Mundo se conservára en paz, por medio desta contrariedad: repartiendo en estas dos naciones los bienes con tal órden, que sobrase á la una lo que falta á la otra, para que, como perfectos principios, diesen el sér de paz y conservacion á las otras naciones.

No parecerá dificultosa esta Filosofía al que considerare en los cuatro Elementos la contrariedad y órden con que se mezclan para producir y conservar las cosas que dellos se componen. Porque hallará sus calidades templadas y repartidas con tal artificio, que lo que al uno falta, tiene el otro. Dió Dios al elemento del

Fuego el calor en sumo (como dicen los filósofos), pero la sequedad en remiso: que, si fuera suma como el calor, destruyera con su potencia y actividad todos los demas. Y para que no se hiciera este desórden, le dejó con la sequedad remisa y pasó la suma á la Tierra. La cual, si tuviera sumamente la frialdad como tiene la sequedad, fuera, por razon de su tenacidad y dureza, intratable y del todo incapaz de componer algun mixto; y así, le dejó la frialdad remisa, y pasó la suma al Agua, á la cual dió la humedad remisamente, guardando para el Aire la suma humedad. De suerte, que, con tal particion y distribucion de calidades, hizo Dios que fuesen principios de paz y conservacion.

Este mesmo artificio tuvo el Soberano Autor del Universo con estas dos naciones, porque puso en la francesa el sumo del esfuerzo, valor y gentileza; pero acompañado con el remiso de la variabilidad é inconstancia. Y plantó en la nacion española en supremo grado el ánimo, firmeza y constancia; pero templado con una remisa deliberacion. (Bien declarára largamente este punto, si no temiera amargar con la verdad á entrambas naciones, las cuales no confesarán tener algo de remiso, sino toda la

perfecion en sumo.) Y así, se debe creer que, fué ordenada del Cielo esta mezcla y distribucion en estas dos naciones, hiciendo que no tuviera todo el poder Francia ni España, sino que estuviera repartido igualmente, para que, no conociendo la una ménos fuerzas en la otra, viviera siempre en paz, y no intentára empresas de las cuales pudiera salir con la cabeza rota.

La verdad deste artificio nos enseñó el Sabio admirablemente en solas dos palabras: el cual considerando la fábrica y disposicion del Mundo y el maravilloso medio que tuvo Dios para conservarle, dice que *puso uno contra uno*, lo cual fué sin duda ordenado para que nadie se desmandára ni ensoberbeciera, saliendo de sus límites y conservacion. Y así, considerando bien la fábrica deste Mundo, hallarémos que no hay en él especie ó naturaleza, que no tenga su contrario; habiendo Dios puesto, contra un Infierno una Gloria; contra un Lucifer, un Miguel; contra un Vicio una Virtud; contra Adan, un Cristo; contra una Eva, una María; contra un Fuego, una Agua, y finalmente, contra una nacion española, una francesa: de las cuales dos, como de principios y contrarios, salen fecundísimos arroyos de valor, generosi-

dad y nobleza, que fertilizan y hermosean toda la generacion humana; pues si alguna luz se ha extendido por la Infidelidad, ha sido por la diligencia y doctrina destos resplandecientes luminares.

CAPITULO IX.

Cómo el Demonio, invidioso de la nobleza y perfecion destas dos naciones, convirtió la natural contrariedad en mortal antipatía.

En el grado de perfecion sobredicho crió Dios estas dos nobilísimas naciones, para extender y comunicar á todo el Mundo el resplandor y belleza que les habia dado. Pero, como el antiguo serpiente, enemigo capital de la paz, viese el maravilloso fruto y notables provechos que estas dos naciones harian en el Mundo, si viviesen en un acuerdo y union pacífica; temiendo que, por la grande erudicion, santidad y letras, habian de plantar la fe del Evangelio y verdadera religion en muchas provincias bárbaras, infieles é idólatras, y quitarle el dominio que tenía sobre ellas por medio del error, idolatría y bestialidad con que les tenía embele-

sados; sacó fuerzas de flaqueza, y procuró impedir este fructo, valiéndose de las armas más eficaces que tenía, cuales son la enemistad y ódio. El cual plantó en estas dos hermosas naciones con tan profundas raíces, que convirtió su artificio en naturaleza, quedando casi por herencia la enemistad y persecucion de la una contra la otra, sin hallarse ni un solo rastro y señal de amistad, paz y union. De suerte, que la polvareda y humo que (como dice San Joan en su Apocalipsi) levantó esta maldita estrella caida del Cielo, llegó hasta la cuarta esfera y escureció el Sol: esto es, que el nublado de la enemistad y mortal ojeriza que el Demonio sembró entre los Españoles y Franceses, escureció el sol y resplandor de ambas naciones. Porque, verdaderamente, si no fuera por esta maldita cizaña y enemistad, de la cual nace una notable desconfianza é incredulidad entre ellas, hubieran conquistado ambas juntas todos los reinos y monarquías del Mundo, iluminando y desterrando las tinieblas de la Infidelidad en tantas provincias y reinos como carecen de la luz del Evangelio; y hubieran hecho presente agradable á Dios, con infinito número de almas que hubieran sacado, del camino de la perdicion, al de la salud y vida eterna.

Pero lo más lastimoso y deplorable es ver que este maldito Leviatán hallase tanta disposicion y sujeto en tan nobles y discretas naciones, para derramar su mortífero veneno y desviarlas de su primera perfecion, que no se contentase con hacerles discordes y odiosas, pero pudo tanto, y su diligencia fué tan eficaz, que (por lo ménos en apariencia) convirtió cada una destas naciones en sí mismo; pues aunque un frances convenga con un español en lo esencial, que es la racionalidad, disfrazó el Diablo esta naturaleza de tal suerte, contaminó y trocó tan maliciosamente sus accidentes, humor y condiciones, que ya un frances no parece hombre, en los ojos de un español, así como un español parece un diablo, en los ojos de un frances.

Y si el Demonio se hubiera contentado con sólo fundar la enemistad y discordia en los humores, trajes, premáticas y otras ceremonias particulares destas dos naciones, no fuera el mal tan grande, porque se pudiera remediar con facilidad; pero fué tan diestro y diligente en plantar esta mortal cizaña, que, siendo sus espinas y ponzoña un acidente, la hizo naturaleza, distribuyéndola, por genealogía y propagacion de padres á hijos y destos á nietos, como

otro pecado original. De tal suerte, que, así como el pollo se retira, espanta y altera del milano, sin conocerle, ni haberle jamas visto; y el corderito manso, apénas salido del vientre de la madre, viendo de léjos al lobo, se retira atemorizado y medroso, huyendo dél como de enemigo mortal, sin que le haya jamas visto ni ofendido, ni sin haber quien le haya declarado aquella enemistad y antipatía; de la propia suerte, está ya tan naturalizado el ódio de los Franceses contra los Españoles y el destos contra los Franceses, que en los niños colgados de los pechos de sus madres parece que se anticipa el distinto natural, para conocer un español de una legua, y dar gritos y voces tan desmesuradas en viéndole, como si alguna vision ó fantasma se le representase delante.

Desta natural antipatía nace hallar cada una destas naciones, feas impropias y del todo abominables las costumbres, trajes, ceremonias y modo de vivir de la otra, aunque ellas sean buenas en sí mismas, dislustrándolas con los tres ordinarios frutos del ódio, cuales son, la incredulidad, detraccion y menosprecio. Porque, si á un frances llegaren á contarle alguna vitoria de algun castillo ó ciudad que por fuerza de armas tomaron los Españoles, ó final-

mente alguna empresa famosa y heróica; siendo tan ordinario el hacello en esta nacion, no habrá quien se lo haga creer, aunque baje un ángel del Cielo á persuadírselo. Y cuando ya llegáre á convencerse, por la voz comun y pública fama, ó por alguna relacion fidedigna, de que el caso es verdadero, dirá que el contrario se dió sin defenderse, ni meter la mano á las armas; ó que todos los del castillo estaban durmiendo; que las guardas y centinela fueron traidores; ó que los soldados del contrario eran treinta y ellos tres mil; ó finalmente, que en la armada española habia muchos franceses, por consejo é industria de los cuales se dió la batalla y se alcanzó la vitoria. En resolucion, no confesará jamas que la vitoria fué legítima, sino por algun acidente ó desgracia. Y por el contrario, si llega á los oidos de un español otra nueva semejante, dirá que el rio salió de madre y tomó el campo del enemigo, sin menearse; ó que se abrieron treinta piezas de artillería, y dellas murió la metad de la armada; ó que hubo peste ó alguna otra enfermedad contagiosa. Finalmente, no confesará jamas que la vitoria se alcanzó por fuerza, valor é industria; sino por alguna desgracia.

Todo el mundo sabe que España es mucho

más estéril de mantenimientos que Francia, por razon de la grande sequedad y pocas lluvias que hay en ella: y así, algunos años pasan del Lenguadoc y Provenza, trigos y otras vituallas al reino de Valencia y Cataluña; y de toda la Francia pasan telas de Holanda, lienzos, cambray y otras mil galanterías, de las cuales carece España; y con todo eso, no se hallará un español que confiese ser mejor tierra, más fértil, abundante y rica, Francia. Esta mesma flaqueza hallo tambien en los Franceses: porque el más alto príncipe desta nacion, el dia que quiere hacer ostentacion de su grandeza al Mundo, se honra y autoriza con todo lo que viene de España: si saca un hermoso caballo, ha de ser de España; si ciñe una buena espada, ha de ser española; si ha de salir perfumado, será con guantes y pastillas de España; si viste honradamente, el paño ha de ser de España; si bebe buen vino, ha de venir de España, y finalmente, tiene por afrenta sacar en público, jugar, ni llevar consigo otra moneda, que pistolas de España; y siendo verdad todo esto, no es posible sacalles de la opinion que España es un país miserable y los Españoles gente ladina, incivil y poco curiosa; y cuando se hallan convencidos por experien-

cia, responden que en España todo lo que no habla, es bueno.

No hay español á quien la llaneza, alegría, afabilidad y buen humor de los Franceses, no parezca bajeza, menosprecio, deshonra, poca autoridad y casi locura; con ser verdad que es una perfecion maravillosa, en la cual hacen ventaja á todas las demas naciones, pues no hay persona, por baja y humilde que sea, que no hable con el Rey todas las veces que quisiere, y le cuente franca y llanamente sus lacérias, sin haber quien les estorbe la entrada. Y el Frances hace el mismo juicio del Español, atribuyendo su gravedad, continencia y aplauso, á soberbia ó necedad; estando tan puesto en razon el estimarse cada uno en lo que es, y no dar ocasion á que la demasiada llaneza engendre menosprecio y poco respeto.

Atribuyen los Españoles la liberalidad, banquetes y comidas espléndidas de los Franceses, á glotonería y desmesurada gula; siendo verdad, como he visto por experiencia, que son muy reglados y extremadamente delicados en su comer, particularmente la nobleza; no teniendo por blanco destos excesos otro, que tener sus casas, criados y familia hartos, contentos y alegres: cosa tan propia de la gene-

rosidad. Y los Franceses creen que la abstinencia destos excesos, regla y órden que los Españoles tienen, nace de bajeza, miseria y avaricia, solamente por no gastar; siendo verdad que no hay virtud que pueda igualarse á la sobriedad y recato, tanto por ser precisamente encomendada en la Sagrada Escritura, como por los provechos espirituales y corporales que della nacen.

Si preguntamos á un español qué le parece de los trajes y bizarría francesa, no solamente le parecerá mal, pero casi se escandalizará de una cosa que causa alegría y aficiona los ánimos: pues ver un tropel de franceses un dia de gala y fiesta, vestidos con tanta variedad de colores, con mil mezclas de plumas y camafeos, bordadura, franjas, freses y pasamanos de oro, con tanta baraunda de joyas, diamantes, perlas, rubís, esmeraldas y topacios, que parece verdaderamente que la India entera desembarcó en ella; todo lo cual hace la aparencia de un jardin matizado y tejido con maravilloso artificio de várias flores, ó un hermoso prado, lleno de margaritas, lirios y violetas, cuya hermosa aparencia despierta los sentidos, suspende los ánimos y enamora la mesma alma; y con todo eso, dirá que es la

mayor locura del Mundo. Y no me maravillo, porque en España está tan introducido el vestido prieto, y aborrecido el de color, que constriñen al verdugo tomar por librea el colorado ó amarillo, en señal de su infamia y vituperio. Y si oimos el juicio que hará un frances acerca de los vestidos y traje de un español, dirá que el andar vestido siempre de negro, es símbolo de desesperados, de viudas ó de gente que ha hecho banco roto; con ser el color más honesto de todos, y que arguye modestia, reputacion, autoridad é ingenio.

Claramente verá un frances el efecto que hace al aspecto, modestia y cortesía de un español, aquel aplauso en el hablar, aquella accion mesurada y denuedo, aquel ponderar con afectuosos conceptos su discurso, aquel sosiego en el andar, aquella paciencia y espera en sus negocios, aquel mesurar sus palabras y escuchar con atencion las razones del que habla, y realmente hallará que todo es urbanidad y cortesía; y con todo eso, dirá que los Españoles parecen sabios y no lo son. Y si un español pone los ojos en los meneos y acciones de un frances, aquel bullirse, aquella inquietud é impaciencia, aquel desesperarse y echarlo todo á doce; aunque ve claramente que deba-

jo las tales acciones hay grande ingenio, capacidad, sutileza y prudencia, dirá que los Franceses ni son sabios, ni lo parecen.

Si un gentilhombre va en casa de su amigo por visitarle, apénas ha entrado, cuando él mismo con el mayor desenfado del mundo pide que le den de almorzar, si es por la mañana, ó de merendar, si es por la tarde, en lo cual se muestra la llaneza y amistad, pues el comer de un pan y beber en un vaso, es símbolo de fidelidad y amor. Y esto será tan vergonzoso y abominable en los Españoles, que ántes se perecerán de hambre ó de sed, que lo pidan en casa de un amigo; ántes bien, hay algunos tan vergonzosos y retirados, que, estando en un convite, pasarán toda la comida sin beber, solamente por no pidirlo, como sucedió en España á ciertos aldeanos, los cuales, siendo convidados de un obispo, se fueron, acabada la comida, á beber al rio, por no haberlo osado pedir en la mesa.

Si preguntamos á un español qué le parece del modo y costumbre que los Franceses tienen en saludar las damas besándoles en el rostro, allegándose á ellas y tocándoles con la desenvoltura y libertad que se pratica en Francia; verdaderamente perderá los estribos de la pa-

ciencia y será del todo imposible podelle persuadir que la tal ceremonia tenga algo de civil y cortés: siendo máxima entre ellos que quien escucha, dará la mano, y quien dá la mano, dará el rostro, y con el rostro, todo. Con ser verdad que las tales acciones son muy modestas y sin malicia, y no costumbre nueva, sino muy antigua y ordinaria praticada en tiempo de los Apóstoles. Y al juicio de un francés, la cortesía, urbanidad y recato de los Españoles parecerá la cosa más bárbara y grosera del Mundo. Particularmente, cuando acompañando una dama por la calle, le dan el brazo cubierto con la capa, como si el escudero tuviere sarna ó lepra en las manos. Y tambien, cuando le saludan de una legua, retirándose siempre, rastrando los piés y caminando hácia atras, con otras mil ceremonias honestas, discretas y tan justas, que no hay en ellas la menor ocasion del Mundo para hacer un juicio temerario. Pero, no me maravillo desta ordinaria contrariedad, habiendo el Demonio estragado el gusto de entrambas naciones con el ódio y enemistad tan furiosamente, que les represente por malo y detestable lo que realmente es bueno, loable y honesto.

CAPITULO X.

De algunas cosas que en Francia sucedieron al Autor, tocantes la enemistad de ambas naciones.

Bien sé que fuera de todos creida la antipatía que voy escribiendo, sin que tuviera necesidad de probarla con algunas particularidades, de las muchas que me sucedieron. Pero quiero salir un poco de la teórica, y entretener (aunque de paso) el gusto del lector con algunas cosas, de las cuales, cüando me acuerdo, es imposible contener la risa, y tras della la extraña admiracion que me causa el ver cuán aborrecido ha sido en tiempos pasados, y áun ahora, el nombre y presencia de los Españoles en Francia.

Yo salí algun tiempo hay de España, movido solamente de la curiosidad á que el natural deseo y apetito de saber inclina las voluntades algo inquietas. Y teniendo larga informacion de la ocasion que tenía para contentar mi deseo en Francia, no fuí perezoso en tomar la derrota hácia ella, así por la grande

vecindad que con España tiene, como por el ordinario comercio de entrambas. Hice mi viaje con la prevencion y comodidad que permitió mi pobreza: la cual no fué tan grande, que no me permitiese traer un caballo con algunas blanquillas (aunque pocas), pues las más se fueron en pagar un vestido que con grande cuidado hice: creyendo que, en el punto que entrase en Francia, sin otra ostentacion ni artificio, que sólo el verme vestido á la española, habia de aficionárseme todo el mundo y darse de mujicones por cuál habia de llevarme el primero á su casa. Creí que un palmo de lechuguilla que entónces traia, muy tiesa y abierta, habia de servirme de letra de cambio, imaginando que no hubiera persona á quien llegára á pidir dinero prestado con ella, que tuviera ánimo para negármele. De ser estimado, respetado y en alguna manera temido, me daba seguridad seis palmos de espada que traia ceñida muy á lo valon, tocando casi en tierra con la contera. Finalmente, entré en Francia vestido á la española, y con tal aderezo, cual se debe presumir de quien venía á pretender en Francia, solo con el favor de ser español. Anduve todo el camino que hay desde Bordeos á París, sin sucederme cosa que de con-

tar fuese, salvo algunas injurias que en las posadas me decian al tiempo del pagar, las cuales, por ser ligeras y de gente que no podia ofenderme, llevaba con paciencia. Entré en la ciudad de París con el deseo que ella merece tengan los que vienen por vella. Comencé á pasear las calles con la gravedad, sosiego y donaire español; pero me fué forzoso perdelle y apresurar el paso, dejando mi acostumbrado compas. Porque, no hube andado veinte pasos, cuando comenzó á despertarse una gritería y zumbido de muchachos tras de mí, diciendo: *señor, señor de la burrica*, *pan y rabanillos*, y otros mil motes, y con voz tan desentonada, que la necesidad me forzó á entrarme en la primera casa que hallé abierta, quedando los lumbrales y azaguan della tan acompañado de muchachos y áun de gente de capa, que verdaderamente parecia la puerta del gran Consejo. Por mi desgracia, estaban en el patio de la casa tres niños jugando, los cuales, viéndome en un traje tan diferente del que ellos estaban acostumbrados á ver, me recibieron con tantos lloros, espanto y alaridos, que, á sus voces y á las que daban mucha gente de las ventanas, salió de la caballeriza un palafrenero, el cual, creyendo que hubiese hecho algun desplacer á

los niños, alzó la mano y me dió tal golpe en la cabeza con una almohaza que tenía, que faltó muy poco para dejarme sin sentido. Yo procuraba en esta afliccion excusarme con muy humildes razones, pero era predicar en desierto, porque nadie me entendia. Y así, al cabo de haber hecho mis quejas á treinta ó cuarenta personas que en el patio se juntaron, se resolvieron á meterme en la calle y entregarme á mis primeros angustiadores, que en la puerta me esperaban: los cuales, habiéndose multiplicado casi por mitad, comenzaron á seguirme la calle adelante, con tantas voces y algazara, que de todos los callejones acudia casi infinito número de hombres, niños y mujeres á ver la causa de aquel extraordinario tumulto, creyendo fuese algun azotado que pasaban por la calle.

Yo estaba tan turbado y del todo fuera de mí, que no tenía juicio para pidir en qué lugar estaba; y aunque lo tuviera, aquel maldito enjambre de abejones no me diera lugar para hacello. Y así, toda la defensa que pude hacer, fué apresurar el paso, procurando dar conmigo en alguna de las puertas de la ciudad, escogiendo por último remedio el salir della. Pero mi fortuna, que entónces era muy corta, me

presentó, para multiplicar mi afrenta, una iglesia abierta, en la cual estaba un sacerdote diciendo misa y mucha gente oyéndole. Entréme por ella, dando mil gracias á Dios por la merced que me habia hecho en sacarme de entre tantos caldeos; mas apénas subí la segunda grada, cuando disparó tal risa entre aquellos pobres estropiados y contrahechos, que á la puerta estaban pidiendo limosna, que á los que en la iglesia estaban muy atentos, les fué forzoso volver las espaldas al altar, por mirarme y acompañar á los primeros en la risa. De lo cual quedé tan espantado, confuso y suspenso, que me planté por un grande espacio en medio de la iglesia, sin menearme hácia una parte ni á otra: y estuviera mucho más, si uno de los que cerca de mí estaban no se llegára á decirme que me limpiase la capa. Retiréme con esta advertencia en un rincon de la iglesia, adonde, reconociéndome desde los piés á la cabeza, hallé prendidos con alfileres una cola de liebre, con un grande pedazo de un intestino de carnero, y el resto della jaspeado con grande número de gargajos y otras inmundicias, las cuales, con mi traje y vestido, eran causa del alboroto de la calle y risa de la iglesia. El repentino zumbido de los que esta-

ban oyendo misa, fué tan desmesurado, que el Sacerdote volvió tres ó cuatro veces el rostro, por ver el motivo de aquella novedad. Y como todo el mundo me mirase, tuve por cierto que él tambien habia conocido ser yo la causa de aquel bullimiento y rumor; por donde, todas las veces que se volvia hácia el pueblo, clavaba los ojos en mí, como reprehendiéndome con ellos de inquieto y perturbador del reposo espiritual. Lo cual me engendró tal turbacion y vergüenza, que mil veces me arrepentí de haberme entrado en la iglesia. Finalmente, ora sea que ello fué verdad, ora que la imaginacion me lo hizo creer, una de las muchas veces que el Clérigo se volvió al pueblo, se me antojó (y pienso que debió decir *Dominus vobiscum*) que me decia que por qué no me salia de allí. Y así, con esta impresion, salí como un rayo de la iglesia, tan corrido, atónito y turbado, que, sin mirar lo que tenía delante, ni adónde echaba los piés, al salir de la puerta, dí con la frente en las narices de un fraile, que en medio della estaba con una cajuela en la mano pidiendo limosna, tan desaforado golpe, que él cayó en tierra con las manos en la cabeza, y la cajuela anduvo rodando las gradas abajo. Al cabo dellas habia unos diez ó doce

lacayos que esperaban sus amos con sus caballos: los cuales, encendidos en rabia contra mí y apasionados por la ofensa del Religioso, comenzaron á bullirse y levantar sus mal pulidos palos contra mí, y pienso me dieran con ellos, si el haber yo metido mano á mi paciente espada y el lugar sagrado donde estábamos, no les hubiera detenido. Pero, tomando por instrumento de su venganza la lengua, comenzaron á seguirme la calle adelante, con voces y palabras tan ofensivas, que dellas podia escandalizarse el mayor desuellacaras del mundo; y no me dejaron hasta que, cruzando muy ligeramente una calle, me encerré en una pastelería, donde estuve hasta la noche: en la cual dí infinitas gracias á Dios, por haberme escapado de tanta confusion y sobresalto.

El otro dia siguiente me resolví en tomar otra derrota, pareciéndome que la del dia pasado habia sido desgraciada. Y así, con la esperanza que tiene el que se muda, de que Dios le ha de ayudar, tomé ánimo y salí de mi posada, con el mesmo aplauso, gravedad y sosiego que ántes; pero siempre echando los ojos hácia una parte y á otra, por ver si toparia alguno de mis enemigos pasados. Verdaderamente, fuí venturoso aquel dia, porque no hallé quien me si-

guiese por la calle como ántes, y toda la persecucion se resolvió en que los zapateros remendones y sastres de las calles por donde andaba, dejando sus haciendas y obra, se metian en los lumbrales de las puertas silbando, mofando y riendo de mí, hasta perderme de vista, de lo cual yo hice muy poca cuenta, por parecerme aquella persecucion muy ligera, respecto de la pasada.

Este género de burla y menosprecio duró todo el tiempo que anduve vestido á la española, que serian casi dos meses: en los cuales llevé martirizada mi alma con varios géneros de afrentas, pelillos y vayas, sin que hubiese alguna invencion ó diligencia que me pudiese librar de tanta persecucion. Y ansí, el resto del tiempo anduve entre dos luces ó puesto el Sol, como murciélago ó hombre apartado por deudas, porque en el dia era imposible pasar una calle de cien pasos, sin tener otros tantos muchachos tras de mí. Y una vez que acerté á pasar por una plaza, fué mi presencia tan nueva y extraordinaria á un gran número de vendedoras de rábanos, ensalada y huevos, que, acercándome á una que estaba pesando un queso de diez libras, tomó tal espanto y admiracion de verme, que insensiblemente se

le cayeron las balanzas de la mano, y dió con el queso y ellas en un cesto de huevos que debajo tenía: del cual comenzó luégo á manar un arroyo de claras, y de su boca más maldiciones y anatemas, que un exorcista pronuncia contra un endemoniado. Los huevos eran de otra mujer que estaba á su lado, la cual, viendo que su mercadería andaba por tierra, sin detenerse á reprender la falta de la otra, asió de tres ó cuatro quesos que la vecina tenía en una pequeña mesa. Ésta, queriendo sacalle de las manos los quesos y la otra, defendiéndose, forcejaron tanto, que ambas á dos dieron con la mesa, quesos y cesta en tierra un grande golpe. Y cayendo de cabeza, fué necesario se descubriese el Mongibelo de Sicilia con sus dos bocas.

A todo estaba yo presente, acompañando con la risa á muchos otros que habian deseado ver el fin de aquella escaramuza: en la cual estuvieron más de un cuarto de hora, desmeleneando y arañándose la una á la otra, siempre en tierra y con las faldas sobre las cabezas, tanto, que las que de nuevo venian á vellas, no podian discerner ni averiguar qué cosa era aquélla, porque no se les veia otro, que las nalgas y piés. Acabóse la batalla, con alguna san-

gre, durujones y gran pérdida de cabellos de una parte y otra; y habiéndose limpiado el rostro, que estaba lleno de manteca, huevos, cieno y sangre, viéndome presente y acordándose que yo habia sido el primer motivo de aquella escaramuza, asieron ambas á dos de comun acuerdo los huevos quebrados que por el suelo iban rodando, y corrieron tras mí, descabelladas y sin zapatos, tirándome con ellos. Tras dellas se levantaron todas las demas, creyendo que yo hubiese hecho aquel daño; y comenzaron á llover sobre mí tantas piedras, cebollas, peras, repollos enteros y pedazos de bacallao, que me pararon más negro y desfigurado que ellas estaban. Por lo ménos, me acuerdo que no pude servirme más de la capa ni el sombrero. Viendo un ejército de mujeres sobre mí, y tan rabiosas como aquéllas estaban, procuré escapármeles de las manos, corriendo más ligero que un ciervo, sin acordarme de la gravedad y sosiego que profesaba.

Por mi buena fortuna, acertó á hallarse en esta tribulacion mia un hidalgo, que sin duda debió estar en España: el cual, movido de compasion, me entró en casa de un amigo que por suerte estaba al cabo de aquella desdichada

calle; y mandando á ciertos mozos de mulas della que me limpiasen la capa y todo lo que del vestido tenía sucio, volví á salir medroso y del todo mohino, temiendo acometer algun acto infame (como realmente lo fuera, si echára mano á la espada contra diez ó quince mujeres, no hiciéndome la guerra con otro, que cebollazos y repollos), y apénas anduve cien pasos, cuando descubrí de léjos un tropel de gente que en una placilla estaban, con mucho silencio, oyendo un largo y bien concertado razonamiento que un ciego hacia á un perro, que con una cadenilla tenía asido de su pretina. El perro le escuchaba, mirándole con tal atencion, que verdaderamente parecia tener juicio y ser capaz de todas las razones que le decia. Y habiéndole hecho danzar al són de un psalterio que colgado del hombro traia, comenzó á hacelle ciertas preguntas, y entre otras, le dijo: ¿qué harás por el Rey de Francia? Entónces el perro comenzó á danzar, saltar y regocijarse de tal suerte, que, si como era bruto, fuera racional, sin duda el que le viera le juzgára maniaco ó frenético, tales eran los meneos y saltos que daba. Acabada esta pregunta, le volvió á pidir el Ciego ¿qué haria por el Rey de España? Inmenso Dios! y

¿quién podrá decir los desatinados ladridos que aquel animal daba? Verdaderamente, comenzó á erizar el espinazo, regañar aquellos dientes, encarnizar los ojos, alzar las orejas y abrir tan desmesuradamente aquella boca, que parecia tener una legion de demonios en el cuerpo. No pude esperar más, porque la rabia y el enojo me ahogaban, viendo que el ódio y ojeriza contra la nacion española fuese instrumento para ganar la vida á los ciegos en Francia: de lo cual me quedó firme deliberacion de vestirme á la francesa y dejarme llevar del uso de la tierra, creyendo con esto poner remedio á infinitos inconvenièntes.

Apartéme de la conversacion, por parecerme que con mi traje iba juntando más gente, que el Ciego con su perro; y tomando el camino de mi posada, hallé, al cabo de una calle estrecha y no muy poblada, una pobre mujer que estaba dando una papa ó bullida á un niño en los lumbrales de su mesma casa. El niño era travieso y mal acondicionado, y así, no habia remedio de hacelle pasar una cuchara de aquella papa. La pobre madre, afligida con la obstinacion de su niño, viendo que los halagos y fiestas no eran bastantes para hacerle tomar lo que le daba, acordó valerse de la

ocasion presente y decille cuando estuve cerca dellos: *Mira, mirà un español que viene á llevarse los niños que no quieren tomar la bullida*. Verdaderamente, fué tan grande el temblor y espanto que aquella criatura recibió en viéndome, que él mesmo, lleno de temor y sobresalto, alzaba las manecitas, y por señas decia á su madre que le metiese toda la papa de una vez: cosa que me hizo escapar la risa de tal suerte, que en más de dos horas no pude hacer otro, que reir y maravillarme de aquello.

Pues, si yo determinase contar las trampas, engaños y embustes que los bodegoneros hacian conmigo, sería nunca acabar! Jamas entré en bodegon, que no saliese con pleitos, engañado y con tributo de pidir perdon á todos los que en él estaban. El cuarto de escudo, valia en mis manos (ó por mejor decir, en las suyas) diez sueldos. La pieza de diez, se convertia en medio cuarto de escudo; éste en un real, y finalmente, la pieza de cinco, se volvia en tolosano. Y si acaso les replicaba con algunas razones, se azoraban como leones contra mí, diciéndome que, si no sabía el valor y tasa de las monedas, que lo aprendiese, y no disputase con gente honrada, temerosa de Dios, y de buena conciencia. Pues ¡decir que no sabian

Aritmética, y en particular la regla de substraer! Muchas veces me sucedia tomar alguna mercadería destas que no menguan al aire ni en el fuego; y ántes de un cuarto de hora, hallaba que faltaban, de una libra, cuatro onzas. Con estos y otros engaños pasé los primeros dias, hasta que el conocimiento y práctica de la tierra me descubrieron el modo que habia de tener para librarme de tanto mal.

CAPITULO XI.

La contrariedad y antipatía del cuerpo y alma de los Franceses y Españoles.

Mil veces he tenido tentacion de pidir á las parteras ¿de cuál suerte salen del vientre de su madre los Franceses? Porque, segun la contrariedad que veo entre ellos y los Españoles, tengo por imposible que nazcan todos de una mesma manera; pues no se puede presumir que, teniendo los medios, el fin, el cuerpo, el alma y áun la mesma muerte contrarias, tengan un principio natural, cual es el nacimiento, en que convengan. Esta contrariedad es tanta

y tan del todo extremada, que, para definir un frances, no hay medio más propio y cabal, que decir que es un español al reves, pues allí acaba el Español donde el Frances comienza, como yo declararé en los siguientes capítulos.

Cuanto al Alma, yo confieso que todas son criadas en tiempo, que son todas de una especie, y que con una mesma accion las cria é infunde Dios en el cuerpo orgánico; que, si no me lo dijera la Fe, no creyera jamas que las almas francesas y españolas eran de una mesma naturaleza. Con todo eso, hallo yo que, si consideramos el alma de entrambas naciones en sí mesma, y sin algun respecto al cuerpo, ni es francesa ni española. Y así, esta unidad específica que la Teología admite entre ellas, no deshace mi propósito; porque, considerándole ya dentro del cuerpo, no es indiferente, sino determinada á ser española ó francesa.

Desta, pues, digo, que tiene sus potencias del todo contrarias á la española: porque, primeramente, el entendimiento de los Franceses tiene la aprehension muy viva, y con grandísima facilidad penetra la dificultad que se le propone; pero no pasa de allí, ni entra en otros discursos más profundos, los cuales se

siguen de la dicha dificultad; ántes bien, con la velocidad y ligereza que la penetraron, se desparece y trasluce. El entendimiento de los Españoles, al contrario, es tardo en aprehender la dificultad; pero, una vez entendida, la tiene tenazmente, y della saca cien mil consecuencias, desentrañándola de todo punto.

El entendimiento español es del todo especulativo, porque no pretende en todos sus actos otro, que la contemplacion de las cosas, sin ordenarla á alguna obra servil ó mecánica. Y así, muy pocos se hallarán naturales españoles, que hagan algun oficio mecánico, como es zapatero, remendon, sastre, carpintero, tabernero y otros semejantes, de lo cual cito por testigos los franceses que van en España, los cuales vuelven escandalizados, por no hallar bodegones ni hosterías como en Francia: tanto, que á las veces les sucede pasar tres dias por la campaña sin topar una taberna; y así, es menester llevar consigo la comida en las alforjas y el vino en la bota. Pero, el entendimiento frances es del todo práctico, porque no se contenta ni satisface con saber las cosas, sino las estudia para empleallas donde pueda sacar algun fruto y provecho. Y así, no ama la ociosidad de ningun modo, ántes bien,

por evitarla, se emplea en toda suerte de obra: de donde nace el haber tanta variedad de oficios en esta nacion.

La mayor parte de los entendimientos franceses se dan al estudio de las Leyes y Cánones, y muy pocos aman la Teología positiva y escolástica; y entre los Españoles, muy pocos, ó los ménos estudian el Derecho, y casi todos la Teología.

El entendimiento frances, aunque recibe y tiene por infalible las cosas tocantes á la Fe y Religion Cristiana, con todo eso, no hay remedio de detenerle y fijarle en ellos, sino que quiere ver, considerar y áun juzgar si aquello que la Fe le dice es como él lo entiende. Y hallando alguna dificultad, con mucha facilidad da con la barca en tierra, creyéndose á sí mismo, y negando lo que todos le dicen. El entendimiento del Español es muy medroso y cobarde en lo que toca á la fe y determinacion de la Iglesia; porque, en el punto que se le propone un artículo de fe, allí para y mete raya á toda su sciencia, sabiduría y discurso. Y no solamente no procura saber si es ó no es lo que la Fe le dice, pero hace toda suerte de diligencia por no especular licenciosamente sobre ello, temiendo, con la fragilidad del

entendimiento, dar en algun error: de donde nace la puntual obediencia que los Españoles tienen á la Iglesia romana, y la diferencia y disension que sobre ella hay entre los Franceses.

Un frances resolverá los negocios de mayor importancia cuando está más acompañado, sin que el tumulto, rumor y vocería le estorbe ni impida. Y así, tengo notado en esta nacion, que los príncipes, señores y otra gente de calidad, hacen los despachos, comisiones y demas negocios graves en la mesa, sin que el comer turbe la audiencia que dan á mil personas. Y á las veces, ellos están comiendo, y en cado lado tienen una persona que en un mismo tiempo les está hablando al oido; y responden á todos tan á propósito, y con tanta puntualidad, como si estuviesen encerrados en un aposento, sin otro empleo que escuchar á quien les habla. Todo lo cual es contrario al entendimiento de un español; porque, si tiene algun negocio entre manos que requiera la consideracion, se retira en un lugar solitario, y es tan enemigo de la compañía y tumulto, que, si una sola mosca le pasa cerca del oido cuando está engolfado en su negocio, le impidirá la resolucion dél.

En la segunda potencia del Alma, que es la Memoria, se hallará una total contradicion y antipatía: porque la de los Franceses es del todo presente, quiero decir, que todas sus acciones no tienen por blanco, sino lo que presentemente gozan, sin acordarse de lo pasado, ni de lo que les puede suceder. Y así, á trueco de un contento y placer que se les ponga en la mano, olvidan todos los agravios pasados, y no hacen cuenta de mil provechos futuros, aunque claramente sepan que, pasada aquella ocasion, los han de gozar infaliblemente. Todo lo cual sucede al contrario en los Españoles, los cuales pesan todas sus acciones con las balanzas del pasado y porvenir, no dejándose vencer de la ocasion, ni engolfándose en el contento y satisfacion presente, sin pesar, ponderar y hacer cuenta de todos los inconvenientes que les puede suceder. Ansí que, reduciendo á dos palabras este punto, digo que la memoria de los Franceses, es de las cosas presentes (si en lo presente puede haber memoria); la de los Españoles, de lo pasado y futuro. En los Franceses no es menester grande ocasion para acordarse, ni mucha diligencia para olvidarla; porque fácilmente se alteran de un agravio y se formalizan dél, y fácilmen-

te lo olvidan y perdonan. Pero los Españoles han menester gran motivo para acordarse de una ofensa; pero, una vez asentada, con grandísima dificultad la olvidan.

De la contrariedad y antipatía que se halla en la Voluntad, pudiera hacer un libro entero y con grande volúmen, si me fuera lícito decir todo lo que pudiera, sin dejar disgustados algunos de entrambas naciones, con la verdad. Pero, sólo quiero contentarme, sin tocar los vicios y virtudes que podrán hallarse en entrambas naciones (porque sólo Dios es perfecto y sin mácula), con decir que, entre todas las naciones del Mundo, no hay otra que sea tan paciente y sufrida como la española; tanto que, si las ocasiones no le obligan muy demasiadamente, no se meterá jamas en disputa ni contienda. Pero en los Franceses, sucede todo al contrario, porque no es menester tocalles un pelo que sienta á ofensa ó agravio, que luégo dan con todo al traste, no pudiendo reposar, hasta vengarse con las armas en la mano.

Son los Españoles firmes, verdaderos y constantes en amar; tanto, que muchas veces pasan los límites de la aficion, adorando lo que aman: y con tanta fidelidad, que tendrán escrúpulo de ofender la cosa amada, áun con el

pensamiento. Y ésta se guardan inviolablemente, sin que algun accidente, por fuerte que sea, pueda apartarles del propósito que profesan; ántes bien, entregan su voluntad tan apasionadamente, que muchas veces pierden el juicio. Cosa que jamas sucede á los Franceses, por tener la voluntad y propósito tan mudable y de tantos cambiantes y tornasoles, que, habiendo dado su aficion á una persona, la prometerán á cien mil, si tantas se les proponen. Y si acertaren á hallarse algunos ó algunas (que sí hay, y muchos), que no tengan esta falta, es tan de vidrio su aficion, que el mínimo desden del Mundo basta para convertir todo su fuego en más nieve que tienen los Pirineos en el Invierno.

Un frances, siendo favorecido de su dama, no estudia en otra cosa, que en mostrar á sus amigos y á todo el mundo su privanza y favor. Cosa que extremamente aborrece el Español, pues, cuando esto le sucede, pone toda su diligencia y cuidado en encubrir del Mundo, de sus amigos y de sí mismo (si puede) este contento. Y finalmente, se hallan en este particular dos movimientos contrarios entre ellos, porque el Frances procura sacar fuera lo que está dentro escondido; y el Español, al contra-

rio, no procura otro, que esconder lo que está afuera.

Aman extremadamente los Españoles la apariencia y punto de honra, estimando más satisfacer al vulgo, que á su mesmo interese; por donde, no se cura de padecer toda suerte de necesidad y miseria, con tal que no sea conocida. Y así, hay muchos entre ellos que, hallándose en lugares forzosos de mostrarse en público, la necesidad les traerá á tal extremo, que estarán dos dias sin comer, y con una buena capa y lechuguilla almidonada se mostrarán tan gallardos, robustos y ufanos, que harán creer á todo el mundo que han tenido mesa franca en su casa. Pero los Franceses, al reves, no tienen por blanco de sus acciones otro, que su propio interese y gusto. Y así, con tal que él coma y beba bien, no se le dá cuatro maravedís de todo lo que pudiere decir el vulgo. Y si la necesidad le aprieta, venderá la capa y espada, y áun la camisa y zaragüelles, por su regalo; y cuando todo lo hubiere comido, saldrá, si se ofrece, á la plaza, en carnes, á dar satisfaccion á sus amigos; no teniendo algun empacho ni afrenta de decir que lo vendió para comer.

Si á un español le cierra demasiadamente

la necesidad, de tal suerte que le sea forzoso vender sus vestidos para comer, lo primero por donde comienza es la camisa; porque con el sayo y lechuguilla se encubre la falta della. Y si pasa adelante la necesidad, vende el sayo, porque con la capa le queda con qué cubrir el cuerpo; tras del sayo va la espada, y tras della la lechuguilla. Finalmente, lo último es la capa. Pero el Frances, viéndose en necesidad, hace todo al reves; porque allí comienza donde el Español acaba. Y así, lo primero que vende es la capa; tras desta va el sayo, luégo los calzones, y lo último es la camisa. No hay leon más animoso y esforzado en la necesidad, que un español, ni liebre más cobarde que un frances, en faltándole la comida. Un español se entretendrá tres dias enteros con un pedazo de pan, sin perder el ánimo, ni mostrarse más afeminado, que si tuviese todas las vituallas del mundo; y si al Frances le falta un dia el potage, se tiene por perdido y del todo rematado.

Es cosa notable la generosidad que un español muestra cuando pide limosna, porque jamas confesará que la pide por necesidad, sino por algun accidente ó desgracia, la cual le forzó (por salvar su vida y honra), vestirse en

traje de pobre y representar el serlo, pidiendo por la calle limosna. Y el tenor que tiene cuando la pide, es desta manera: «Haga vuestra merced alguna amistad á un pobre caballero, salido, por una desgracia, de su tierra, tan forzosa, que le ha obligado vestirse en el traje que ve; que, cuando vuestra merced sepa quién es el que se la pide (que no pasará mucho tiempo sin saberse), se tendrá por muy dichoso de haber obligado á un hombre de mi condicion y calidad.» Y cuando el que le oyere, viendo tan cumplidas razones, determináre preguntalle quién es y qué fué su desgracia; dirá, despues de habelle tomado juramento de no descubrillo, que es sobrino del Duque de Lerma, ó primo hermano del Almirante de Castilla; y que, habiéndose enamorado una princesa dél, le sacó de casa de sus padres, vestida en traje de hombre: lo cual siendo descubierto por sus parientes, le fué forzoso ausentarse y vivir de aquella suerte disfrazado, hasta que sus negocios se acomoden. Y dirá que tiene quince ó veinte mil ducados de renta, y ocho ó diez baronías. Finalmente, entónces muestra el Español su ánimo y generosidad, cuando más acosado se ve. Pero, si un frances llega á tal extremo que no

tenga una blanca, ni qué vender para comer, ¡inmenso Dios! ¿y quién podrá ponderar las invenciones, estratagemas, visajes y meneos que hace para descubrir su miseria, y con ella obligar á que le den limosna? Encoge los hombros, cruza las manos, se mete de rodillas, se da golpes en los pechos, llora, se deshace; y con una voz triste, angustiada y humilde pide que le den un liar para comprar un pan, porque no comió en tres dias. Y dirá que no tiene en este mundo qué esperar, ni quién pueda socorrelle con el menor consuelo, porque es del todo miserable, desamparado de parientes, padres y amigos. Finalmente, muestra tanta pusilanimidad y desmayo, que será harto de piedra el que, oyendo una arenga tan llena de lástimas y miserias, no le dé algo.

La contrariedad del cuerpo, que entre los Españoles y Franceses se halla, es tan manifiesta, que sería tiempo perdido el que se gastase en tratalla prolijamente: pues claramente se ve que, por la mayor parte, los Españoles son pequeños, los Franceses grandes; los Españoles son algo brunos, los Franceses blancos; los Españoles tienen el cabello negro, los Franceses, por la mayor parte, rojo ó rubio. Los Franceses llevan el cabello largo, los Españoles corto;

los Franceses son muy demasiadamente delgados de pierna, los Españoles son muy gruesos, pues la pantorrilla de un español suele ser tan gruesa como la pierna de un frances. Los Franceses dejan crecer la barba desde un pulso á otro sin rapalla, los Españoles la cortan, no dejando della, que los bigotes y un floquito en medio. Los Franceses son muy coléricos, los Españoles flemáticos. Los Españoles son muy tardos, los franceses muy promptos; los Franceses son muy ligeros, los Españoles pesados. Los Franceses son muy alegres y regocijados, los Españoles muy marchitos y melancólicos. Los Franceses son muy audaces, los Españoles muy vergonzosos; los Franceses son muy precipitados, los Españoles muy considerados. Los Franceses son muy liberales, los Españoles muy retenidos. Y á este talle, se pueden considerar infinitas cosas, las cuales se hallarán contrarias del todo.

CAPITULO XII.

De la contrariedad que tienen lòs Españoles y Franceses en el vestir.

La apariencia de un español, vestido, si bien se considera, es del todo contraria á la de un frances. Porque el Español, del medio cuerpo arriba, es ancho y grueso, y del medio abajo, es estrecho y delgado. El Frances es al reves: del medio cuerpo abajo, es ancho, por los innumerables pliegues que lleva en los calzones; y del medio arriba, es estrecho y delgado, por traer el jubon tan justo. Entre mil españoles, no se hallará uno que traiga el vestido acuchillado; y entre mil franceses, no habrá uno que le lleve sin acuchillar. No hay frances que en el verano no lleve abierto el jubon por delante y por detras, teniendo por gala mostrar la camisa; y un español, aunque caigan lanzas de fuego, no se desabotonará jamas, teniendo por notable afrenta mostrar la camisa. El sombrero de un español es corto de copa y ancho de falda; el del Frances, al re-

ves, corto de falda y alto de copa. El cuello y lechuguilla de un español es cerrada por delante, la del Frances abierta. Lo que el Español lleva en los brazos, el Frances trae en los piés; porque lleva las mangas del jubon desmesuradamente anchas, y los calzones estrechos, y el Frances trae los calzones grandemente anchos y las mangas del jubon extremadamente estrechas. Las ligas de un español son muy pequeñas, porque procuran hacer que se vean muy poco; y las del Frances son tan desmesuradas, que á las veces les llegan hasta el tubillo. La bizarría de un frances es traer por lazos dos grandes platillos que casi cubren todo el empeine del zapato; y la pompa de un español es traer el lazo tan pequeño, que apénas se vea. Aman los Franceses traer los zapatos muy altos de talon, arqueados y con punta; y el Español los trae bajos, anchos y romos. El Español trae las medias tan tirantes y bruñidas, que con gran pena le podrán asir dellas con unas pinzas de hierro; el Frances las trae caidas y rugadas, teniendo por gala llevar cuatro pliegues en ellas sobre el tubillo. Traen los Españoles la capa muy grande y del todo caida, y los Franceses muy corta, y tan rollada, que casi no se ve della, que el ca-

bezon. Es imposible á un frances llevar los brazos dentro de la capa por la calle; y el Español jamas los saca fuera. Acostumbran traer los Franceses la espada corta y alzada la contera della, que casi viene á darles en el pescuezo; la de los Españoles, al reves, larga y tan baja de punta, que casi va rastrando por tierra. El Frances lleva siempre el puñal en medio de la pretina; el Español lo lleva al lado. El Frances, cuando se sale á matar con otro, se quita el jubon y áun la camisa; el Español se viste camisa, jubon, cuera de ante y sobre ella un jaco. El Frances comienza á botonar el jubon por el cuello y acaba en la cintura; el Español comienza por la cintura y acaba en el cuello. El Español se comienza á vestir por el jubon, y el Frances es lo último que se pone. El Frances se viste la almilla la noche en la cama, cuando hace frio, y se la quita el dia, por no parecer grueso de cuerpo; y el Español se la viste el dia y se la quita de noche.

CAPITULO XIII.

De la contrariedad del comer y beber.

El Español tiene su ordinario reglado en dos comidas al dia, que son el comer y cenar; el Frances en cuatro, porque, á más de las dos sobredichas, siempre almuerza y merienda. El Español pone la fruta al principio en la mesa; el Frances á la postre. Çada español tiene su escudilla particular donde come las sopas, y entre los Franceses todos comen en un plato. La vianda que se pone en la mesa de un español, está toda cortada á pedacitos, y la que se pone en la mesa del Frances, toda va entera. Muchos de los franceses meten los cinco dedos en el plato para sacar las sopas; y el Español mete los dos dedos con grande melindre, si acaso no tiene cuchara. El Español guarda el buen bocado que sobra de la comida, para la cena; y el Frances jamas mete en la mesa lo que della sobra. El Frances come primero lo cocido y despues lo asado; el Español come lo asado y despues lo cocido. La ensalada come

el Español en sola la cena y al principio; el Frances en todas las comidas y á la postre. El Frances despues de comer anda y se pasea; y el Español despues de la comida se reposa y duerme. Cuando el Español bebe, pone primero el agua y despues el vino; el Frances, al contrario, porque pone primero el vino, y despues el agua. El Frances, cuando come, jamas calla; y el Español por maravilla dirá una palabra. El Frances, cuando quiere beber, lo pide gritando; y el Español por señas y sin hablar. El Español come mucho pan y poca vianda, el Frances mucha vianda y poco pan. El Español come muy despacio, y el Frances muy de priesa y con grande inquietud.

CAPITULO XIV.

De la antipatía del andar.

Es cosa admirable ver una compañía de diez ó doce franceses caminando por la calle. Porque todos, y aunque fuesen ciento, van en una hilera, tomando toda la anchura de la calle. Y andarán más apretados que las uvas

de un racimo, tropezando, cayendo y levantándose, y con todo eso, no dejarán su órden, sin que el tumulto y tropel de gente que pasa por la calle, ni los continuos golpes que se dan los unos con los otros en los codos, piés y pecho, les haga adelantarse ó quedarse atras. Cosa que sucede al reves en los Españoles. Porque, en siendo más de tres, no van juntos, sino de dos á dos; de suerte que, siendo el número grande, hacen la aparencia y concierto de una procesion. Los Franceses, cuando se pasean, guardan en todas las vueltas que dan el mesmo puesto y lugar, sin mudarse. Y los Españoles truecan su puesto en cada vuelta, entrando en el lugar de medio los que primero estaban en los extremos. Ordinariamente, los Franceses, cuando van por la calle, caminan con tanta presteza y aceleramiento, que parece que la justicia les va siguiendo; y los Españoles caminan con tanta flema, sosiego y reposo, que quien les viere por la calle, pensará que salen de una grave enfermedad ó que están cuartanarios. Tienen por costumbre y bizarría los Franceses andar con botas y espuelas por la ciudad y á pié; y entre los Españoles, no hay cosa que más mal parezca, que llevarlas. Y cuando acertaren á ir desta suerte, acos-

tumbran andar sin espuelas. Cuando los Franceses van á caballo, siempre van trotando, y los Españoles con mucha pausa. Entre los Franceses, los lacayos van detras el amo, andando á caballo; y entre los Españoles, siempre va delante. Los Españoles, cuando van á caballo, llevan su capa, su espada y la de su lacayo; y entre los Franceses, el mozo lleva la capa y espada del amo. Cuando el Frances se pasea por la calle con fantasía, lleva la capa colgada del hombro, y la mano en el pomo de la espada. El Español va echando piernas y retorciéndose los bigotes. Cuando los Franceses van acompañados por la calle, siempre van saltando, riendo, voceando y haciendo tanta algazara y grita, que pueden oirlos de una legua; y los Españoles van drechos, reposados y graves, sin hablar palabra ni hacer otros meneos ni acciones, que las que pide la modestia y prudencia. El Frances, cuando en la calle topa algun conocido suyo, le hace reverencia con todo el cuerpo, humillando la cabeza, abajando las manos y retirando los piés; y en esto estará una media hora reiterando las mesmas acciones. El Español tiene el cuerpo y cabeza más drecho que un husó de Guadarrama, y con sólo quitarse el sombrero, hace pago á

la prolija cortesía y ceremonias francesas. No hace dificultad un frances, aunque más noble, en sacar de la faldriquera una manzana ó pera, ó compralla si pasa por la calle, y comerla en presencia de todo el mundo; cosa tan aborrecida del Español, que, por cuantas cosas tiene el Mundo, no lo hará, creyendo escandalizar todos los que le vieren. Cuando un frances ve de léjos alguna persona, y quiere llamarle por señas, alza la mano y la echa hácia las espaldas; y el Español abaja la mano, inclinándola hácia los piés.

CAPITULO XV.

De la contrariedad del hablar.

Si aquí hubiera de tratar todas las particularidades que sobre este punto se pudieran decir, fuera necesario hacer un diccionario de gran volúmen. Pero, por evitar la prolijidad, de la cual soy muy enemigo, señalaré solamente la propiedad destas dos lenguas, como tambien de la tercera, que es la italiana. Fingen algunos curiosos que estas tres lenguas tuvie-

ron orígen en el principio del Mundo; porque estas tres se usaron entre Dios, la Serpiente y el Hombre. Dicen que, cuando Dios dió el precepto á Adan de no comer del árbol de la sciencia, le habló en lengua española, dando por esto á entender que su propiedad es gravedad, imperio, señorío y nobleza. Despues que Dios les dió el precepto, dicen que la Serpiente, para poder mejor hacerles pecar y quebrantar el precepto de Dios, habló en lengua italiana, dando á entender que, entre todas las lenguas, no hay otra que sea tan persuasiva, dulce y afectuosa como ella. Despues que nuestros primeros padres pecaron, les llamó Dios, y preguntándoles la causa de su desobediencia, le respondieron en lengua francesa, porque, en todas las del Mundo, no hay otra que sea más propia para excusarse y disculparse, que ésta.

En lo demas, por experiencia se ve que los Franceses ordinariamente hablan mucho y alto, y los Españoles siempre hablan poco y bajo. Si á un español le preguntan por qué salió de España, responderá que el Rey le envió á llamar para tratar con él un negocio de mucha importancia; y si á un frances le preguntan lo mesmo, dirá que fué en romería á Santiago de

Galicia, ó á visitar el santo Crucifijo de Búrgos, y que el compañero se le murió en un hospital, y él quedó sólo esperando alguna compañía para volverse á su tierra. Finalmente, no sacarán de la boca de un español, estando fuera de España, otro, que grandezas, nobleza y autoridad; y el Frances, en España, se abate á sí mismo terriblemente.

Tienen los Españoles una propiedad extremada, muy diferente de las otras naciones, y es que, en viéndose fuera de su tierra, se aman, honran y respetan grandemente, aunque en ella hayan sido enemigos mortales. Y si alguno pidiere nuevas de su compañero, preguntándole quién és y de qué calidad, aunque el otro de quien le preguntan sea el más pobre hombre del Mundo y hijo de un remendon, le responderá con grande admiracion y postura, diciendo: «¿Es posible que vuestra merced no conoce aquel caballero, ni ha oido hablar dél (y el otro no llevará zapatos), que yo apostaré que no hay en la Ciudad ni áun en el Reino niño de cinco años que no le conozca, por lo ménos de reputacion? Sepa vuestra merced que es hijo del Adelantado de Castilla, y uno de los mejores linajes de España; y áun hay muchos que dicen ser primo segundo del rey

D. Sebastian; pero una desgracia le trae disfrazado con el hábito que vuestra merced ve. Y le suplico no se divulgue lo que le descubro con gran segreto; porque, si el Rey lo supiere, se ofenderá de que no se haya ido drecho á apearse á Palacio, y él, por cuantas cosas hay en el Mundo, no querria ser descubierto.» Y si algun frances ó cualquiera de otra nacion se topa fuera de Francia con otro, luégo se hacen enemigos mortales, diciendo toda suerte de mal el uno del otro. Y cuando alguno quisiere saber quién es su compañero y tomáre informacion dél, le dirá, con toda suerte de desprecio y baldon: «Señor, aquel hombre es un frances, hijo de un pobre carpintero, que á su padre vendió la justicia todo el bien que tenía, por deudas; quedáronle ocho ó diez escudos, con los cuales compró en una fripería el vestido que lleva, con que parece algo, no siendo nada. Pero ántes de tres dias lo venderá, y le verá vuestra merced andar pidiendo limosna por las calles.» Finalmente, le contará toda suerte de mal dél.

No puede negarse que toda la industria del Mundo será bastante para hacer callar un segreto á un frances, pues no puede reposar hasta que lo publica; y para sacar una cosa

segreta del pecho de un español, no tendrán virtud ni fuerza todas las drogas de la India. Finalmente, casi todas las acciones que en los Españoles se hallan, son del todo contrarias á las francesas, como claramente verá el que atentamente las considerare por menudo; sin que entre ellos haya algun género de acuerdo y semejanza.

CAPITULO XVI.

Del fruto de la dicha antipatía.

LAS sobredichas y otras casi infinitas contrariedades, que manifiestan el ódio y mortal enemistad destas dos naciones, sembró aquel maldito Leviatan, enemigo del género humano; plantando esta maldita raíz en ellas, para que, inficionada la cabeza, todos los miembros (que no son otro las demas naciones en comparacion destas) quedasen desordenados y del todo perdidos, con tan extraña variedad de religiones, costumbres y leyes, cuales hoy vemos en todo el Mundo: pues podemos libremente decir que la libertad y campo que tienen las bárbaras

naciones para multiplicar sus fieras y bestiales costumbres, estatutos y edictos, no nacen de otro, que de la enemistad y poco acuerdo destas dos. Y que la grandeza y magnificencia de muchos príncipes que hoy tienen gran poder y señorío en diversas partes del Mundo, nace de la desconfianza que ambas tienen, temiendo cada una dellas perder su tierra, en tanto que se divertirá en conquistar la ajena.

¿Quién duda sino que, si de comun acuerdo y paz comunicáran cada una destas dos naciones el milagroso talento de sciencia, virtud y letras que Dios les dió, en esas provincias infieles hubieran sacado de las manos del Demonio infinito número de almas que, por falta de desengaño y dotrina, viven hoy sepultadas en los tinieblas y cáos de la ignorancia y error? Y áun ahora vemos, por nuestros pecados y con grande afrenta del valor y grandeza destas dos naciones, que un bárbaro y tirano rey domina y señorea todo el Oriente, rindiéndole obediencia, homenaje y tributo todo el Cristianismo. Y que todo el Mundo le honra y confiesa por gran señor, en menoscabo del honor que á la Fe católica se debe, y al título que su cabeza y defensores merecen: todo lo cual no tiene otro fundamento ni cau-

sa, que este maldito ódio y perniciosa enemistad. Porque, estando el valor y fuerzas destas dos naciones sepultado en él, necesariamente se augmentarán las de sus enemigos y se extenderán por todo el Universo innumerables olas y reflujos de herejías, errores, sectas é infidelidad, con las cuales cada dia está perseguida y maltratada la nave de la Iglesia. Y así, el Demonio, como astuto y en todo avisado, se valió de la traza é invencion que tiene el buen pastor, cuando un tropel de lobos acometen su ganado: y es que azora sus perros y mastines contra ellos, para que, combatiendo los unos con los otros, se diviertan y dejen pasar el ganado libremente sin detenerle. Invencion y astucia maravillosa del Demonio, para llegar al fin de su maldita pretension. Pues claramente veia Satanas que, si dejaba sueltas las fuerzas y dientes destos dos leones valerosos, habian de tragarse y devorar toda esa infidelidad y barbarismo, y ocuparlo con todo género de virtud y santidad, de lo cual no podia resultarle á él otro, que infamia y confusion. Y así, temiendo perder su trono y silla, la cual tenía sitiada sobre la Infidelidad, ordenó que el ódio, enemistad y discordia entretuviese estas dos naciones y las divirtiese de tal suerte, que no

estorbase el paso, augmento y prosperidad de sus ovejas y vasallos. Y verdaderamente, cuando de propósito considero este punto, quedo del todo pasmado de maravilla, no pudiendo imaginar cuál trampantojo ó catarata tiene tan ciegas estas naciones, que no vean tan notable mal, y que permitan tan á ojos vistos engrandecer y ensalzar sus enemigos, con tanto menoscabo de la reputacion que en todo el Universo tienen, pues en todo él se cree ser estas dos monarquías las más poderosas.

Y cuando todo esto y el celo de la propia honra no les moviese á abrir los ojos y ofenderse de que, siendo las dos columnas de la Fe, y teniendo la una el título de cristianisma y la otra de católica, un bárbaro, infiel y tirano señoree y usurpe la prenda más cara del cristianismo, que es la Casa Santa, y en su presencia se intitule gran señor; las contínuas voces que la pobre Grecia, Bulgaria, Esclavonia, Armenia, Albania y otras casi infinitas provincias de pobres cristianos están dando, implorando solamente el favor y amparo destas dos naciones, ó de alguna dellas, para salir de la esclavitud y duro servicio con que viven; debria moverles á compasion, siendo una de las más fáciles y seguras empresas del Mun-

do, por las razones que saben bien los que en esas partes han estado.

¿No es grande mengua y afrenta que casi todos los reinos y señoríos de Europa tengan embajadores en la córte del Gran Turco, y él estime tan en poco las otras naciones, que no se digne de tener el suyo en la córte de los otros? ¡Y que permita esto una de las más nobles y belicosas naciones que hoy tiene el suelo, cual es la francesa! ¡Y que estén tan paralíticas é insensibles ambas á dos, que no se ofendan de que el enemigo llegue casi á sus puertas á burlarse dellos cada dia! ¡Y tan ciegas, que no vean ser traza é invencion diabólica las quimeras, temores y desconfianzas que á cada una se les propone, creyendo que, si se ajuntaren para hacer la empresa que voy persuadiendo, faltarán á la fe prometida; y en vez de embestir al enemigo, dará la que se sintiere más fuerte contra la más flaca y ménos fortalecida!

Este es el lazo con que el Demonio tiene encerradas las fuerzas destas dos naciones, y el trampantojo con que les ciega, quedándose hoy sepultados en Francia infinito número de valerosos soldados, los cuales no estudian sí sólo en cómo poder deshacer la astucia y

fuerzas españolas; que, si entráran esa morisma adentro, hicieran más hazañas que de Héctor y Ulíses escribe Homero. Con esta persuasion y enredo, tiene este maldito enemigo embelesados un gran número de caballeros y gente noble, contentándose con su baja fortuna; que, si el valor de su brazo y ánimo belicoso se hubiera empleado en esa pérfida Turquía, fueran hoy, no simples caballeros, pero grandes monarcas. Y con este mesmo recelo, hay en Francia un casi infinito número de príncipes ilustres, magnánimos y generosos, que viven en sus estados siguiendo el ordinario curso de la córte y servicio de su rey, que, si pusieran en ejecucion el fin á que su noble pecho les inclina, en esa Africa y Asia conquistáran más provincias, que ganó ciudades Fernando Cortés en la América. Pero no sé por cuál diabólico engaño se ciegan tan nobles entendimientos, para no ver que con este ódio y enemistad pierden muchas coronas y reinos ambas á dos naciones, que, sin él, les estuvieran ahora sujetas y vasallas; y que la union de entrambas, siendo union entre dos las más cristianas y temerosas de Dios que viven en este suelo, no han de permitir que sean ofendidas, no solamente la una de la

otra, pero ni entrambas de las demas naciones; ántes bien, se debe creer que la tal amistad y acuerdo no ha de tener otro fin, que el servicio de Dios y la exaltacion de su Iglesia, la paz en el Mundo, el destierro de la Infidelidad y el augmento del bien público y particular. Todo lo cual estorba é impide este pestífero veneno de la enemistad, resultando della la multiplicacion de las herejías en Europa, la institucion de sectas y religiones en el Oriente, la observancia de costumbres y estatutos bestiales y fieros en aquellas partes de Libia y Guinea, la exaltacion de la ley de Mahoma en Africa y Asia, la soberbia y hinchazon del Turco Otoman en Constantinopla, el poco respeto y descortesía del Rey de Fez y Marruecos, el desconsuelo de los pobres cristianos que viven entre los infieles, el captiverio de la Casa Santa, el martirio y tormento de infinitos esclavos en tierra de paganos, la multitud de señorías y estados que no conocen rey ni señor, la persecucion de la Iglesia católica, las turbaciones y motines de las repúblicas, la desconfianza y poca siguridad de los vecinos, el menosprecio de los apartados y la osadía de los vasallos: todo lo cual sucede hoy por el ódio y enemistad que está

casi naturalizado entre estas dos naciones; pues es más que cierto que, si el Cielo ordenáre que, así como por alianza y matrimonio se han unido, se ajunten tambien por conformidad de voluntades, el Mundo entero y todo junto no podrá resistir á la virtud y fuerza desta union maravillosa, ni habrá quien pueda impedir á estas dos naciones el señorío de todo él. En testimonio de lo cual, quiero alegar una razon que un moro anciano y muy sabio me dijo en Constantinopla un dia de viérnes: el cual, despues de haberme preguntado largamente el modo de vivir destos reyes de Europa, y particularmente destas dos coronas, las cuales ellos confiesan poderosas y las primeras de toda la Cristiandad; me dijo que todas las veces que entraban en su mezquita á decir sus oraciones, rogaban á Dios que conservase perpétuamente el ódio y enemistad entre estas dos naciones, para que, estando divertidas la una con la otra y en contínuo recelo y desconfianza, no se acordasen dellos, ni les viniese al pensamiento tomar las armas contra ellos.

CAPITULO XVII.

De la causa de la enemistad y antipatía de los Españoles y Franceses.

MIL veces he procurado, con particular especulacion, buscar la causa fundamental del ódio y ojeriza entre estas dos naciones: porque, si bien es verdad que el Demonio ha sido el autor principal desta antipatía y mortal discordia, por estorbar el fruto que podia nacer de la union de ambas naciones; con todo eso, se debe creer que halló algun fundamento y raíz en ellas, para multiplicar tan maldita cizaña y pernicioso veneno.

Algunos atribuyen esta contrariedad á la diferencia de los astros é influjo de las estrellas, como causas universales destos inferiores. Y así, dicen que, siendo el sitio del cielo y constelacion de España muy diferente del que tienen los Franceses, por necesidad el temperamento y humores de entrambos serán muy diversos. La cual doctrina fortifican con la que el grande Hipócrates dejó escrita en el libro

De ære, *aquis et locis*, afirmando que la vária constitucion de los astros es causa de la variedad y mudanza de los temperamentos, complexiones y humores del Hombre. Y verdaderamente, hallará alguna aparencia en esta razon, el que consideráre el humor de entrambas naciones, en órden á la constelacion y mudanza del tiempo. Porque en España, si el calor comienza, va continuando en su mesma furia y rigor tres ó cuatro meses, sin que en el dicho tiempo haya alguna variedad notable; y al mesmo compas corre el humor del Español, porque, en dando en un propósito y deliberacion, persevera firmemente en él, sin trocalle ni alterarle un punto. El contrario desto sucede en Francia, en la cual, ora sea en invierno, ora en verano, jamas el frio ni el calor, ni la serenidad duran tres dias enteros; ántes bien, es tan grande la variabilidad é inconstancia desta constelacion, que no se puede discernir en qué tiempo del año se viva. Bien saben esta verdad los moradores de París, pues en un mesmo dia sucede mudarse el tiempo ocho ó diez veces, rompiendo el alba con grande serenidad, y de allí á dos horas viene un diluvio de agua; tras della aparece el sol más claro y resplandeciente que en el mes

de Junio, y apénas ha extendido sus rayos, cuando suena una baraunda de truenos, relámpagos y viento, que parece hundirse el Mundo con ellos: y teniendo estos inferiores dependencia del influjo y constelacion, es forzoso que los Franceses, como sujetos á un clima inconstante y revuelto, tengan alguna variabilidad en su propósito y determinacion. Y así, el que diere por razon desta antipatía y ódio la diversidad del clima que tienen ambas naciones, dirá que el Demonio fundó su malicia sobre la Naturaleza, valiéndose de la diferencia de los astros.

Esta razon, aunque aparente y en alguna manera verdadera, no satisface la dificultad de nuestra cuestion, pues los astros, aunque confesemos tener virtud y dominio sobre las cosas naturales, no podemos decir que su virtud y fuerza se extienda á los actos que inmediatamente dependen del absoluto imperio de la voluntad, cuales son el ódio y amor: y así, acordarémos, con los que siguieren esta razon, que los astros mueven é inclinan las cosas sujetas á ellos, cuales son las naturales, y por razon de la amistad que tiene la voluntad con ellas, le toca algo deste influjo y virtud, moviéndole en alguna manera, pero no forzándole.

Y pues la materia me dá ocasion para tratar una dificultad que vulgarmente corre casi entre todos los que practican las letras, y demas curiosos, no quiero pasarla en silencio, sin declarar lo que mi poco talento alcanzáre della. Casi todo el mundo se maravilla de algunas cosas que pronostican los astrólogos, las cuales dependen del absoluto y puro albedrío del Hombre, sobre quien no hay constelacion, influjo ó virtud celeste que pueda moverle ni forzarle; ántes bien al contrario, la voluntad y el discurso dominan y señorean los astros y el influjo dellos. De donde tomó principio aquel vulgar proverbio, tan repetido entre los astrólogos, que dice: *Sapiens dominabitur astris.* Y con todo eso, vemos que muchas veces dicen la verdad, y tan puntualmente, como si directamente las estrellas forzasen el libre albedrío del Hombre: y así, teniendo las tales predicciones por milagrosas, canonizan á los astrólogos por mágicos, no pudiendo creer que las tales cosas puedan saberse por alguna via natural, teniendo por imposible que el dominio de las estrellas pase de las cosas materiales, debajo de las cuales no se comprenden las potencias y actos de nuestra alma.

Verdaderamente, los que hallaren en esto dificultad, tendrán grande fundamento para ello; pero, si consideraren el órden que nuestro entendimiento y voluntad tienen en producir sus acciones, hallarán que esto se puede hacer sin salir fuera de los límites de la Naturaleza, con sola la perfecta especulacion de las estrellas. Porque todos me acordarán que los astros influyen en estos inferiores, y que tienen gran poder y fuerza sobre las cosas naturales, pues todas ellas se gobiernan por ellos. Y siendo esto así, se sigue, en buena consecuencia, que el influjo y virtud celeste tendrá dominio sobre todo lo que en el Hombre fuere natural, como es el cuerpo con todos sus sentidos: de los cuales estando nuestra alma tan asida y dependente, que no puede producir un solo acto, si ellos no le favorecen presentándole la materia, que es la especie inteligible, es necesario que, por razon desta union y estrecho lazo de amistad que entrambos tienen, participe algo del dominio que directamente cae sobre los sentidos. Y aunque por esta via no fuercen, sino inciten y muevan, con todo eso, nuestra voluntad quedó despues del pecado tan enemiga de la ley de la razon, y tan familiar al apetito sensitivo, que muy

pocas veces le contradice, reprobando las cosas que le propone: las cuales, siendo gobernadas por el influjo y virtud de los astros, como sujetas y dependentes dellos, es fuerza que la voluntad siga lo que el apetito sensitivo le propone. Y así, los astrólogos, juzgando los actos de la voluntad por el influjo que gobierna el apetito sensitivo, pronostican la verdad muchas veces, aunque dependa absolutamente del libre albedrío del Hombre.

Desta doctrina, aunque verdadera, no se sigue que sólo el influjo de las estrellas y la diversidad del clima sea la causa fundamental del ódio y antipatía destas dos naciones. Porque otras muchas naciones hay en el Mundo, harto más diferentes de clima y constelacion que estas dos, y no tienen tal contrariedad y ódio. Y así, será necesario buscar otra causa y fundamento, más fuerte que el de las estrellas.

En las historias de Francia me acuerdo haber leido que el rey Luis XI fué á toparse con el Rey de Castilla en la raya de Francia, por comunicar con él ciertos negocios de importancia. Este Rey, aunque magnánimo y generoso, tenía su particular humor, como cada uno de los demas hombres: y así, lleva-

ba ordinariamente una medalla de plomo en el sombrero, y sus vestidos y traje, así como el de todos los franceses que le acompañaban, era muy ordinario y de una materia pobre. Finalmente, fué muy llanamente y sin alguna sumptuosidad ni aparato. Los Españoles procuraron vestirse lo mejor que pudieron, no dejando género de gala que no sacasen, creyendo que el Rey de Francia habia de venir con la bizarría y magnificencia que de un tan grande Rey se esperaba; pero, viendo lo contrario, comenzaron á menospreciar el Rey y burlarse de los Franceses, con extraño menosprecio y baldon. De donde concibieron tal ódio contra los Españoles, que no ha sido posible olvidar jamas este agravio y afrenta. Y si queremos decir que en este encuentro fundó el Demonio la enemistad y antipatía que hoy reina, no dirémos mal, pues para él, ménos fundamento que éste basta.

A todo lo sobredicho podrá ajuntarse un grande motivo que estas dos naciones han tenido para menospreciarse y aborrecerse, cual es, que en los tiempos pasados no venía de Francia en España alguna persona noble y de consideracion, sino aquella gente pobre, mendiga y menesterosa de las fronteras, como son

gascones, bearneses y otros, los cuales iban (como hoy en dia hacen) con una gorreta blanca, redonda como un tajador, en la cabeza; la pierna desnuda, y unos zapatos de leño en los piés, que entre ellos llaman esclops. Éstos, con extremada avaricia, se meten á toda suerte de oficios viles y bajos, cuales son guardar vacas y puercos, limpiar chimeneas y privadas, y otros semejantes: los cuales, aunque en comida son muy sobrios y limitados, porque con una cebolla ó con una cabeza de ajos y pan pasan un dia entero, con todo eso, en el beber son del todo desmesurados, pues toda la ganancia se va en vino: el cual, siendo fuerte y de gran virtud, les embriaga fácilmente, y desta suerte van la mayor parte del dia por las calles hechos unos cueros, allí cayendo y acullá levantándose, con grandísimo escándalo de los Españoles, entre los cuales no hay cosa de mayor infamia y deshonra, que tocarse del vino. Por donde, los Españoles, que no veian otra gente que ésta, creian que todos los demas eran de una mesma suerte y condicion, y ansí concibieron un extraño menosprecio, aborrecimiento y enemistad. Esto mesmo sucedia á los Franceses: porque, siendo muy pocos ó ningunos los españoles de tomo y con-

sideracion que venian en Francia, ántes bien no veian otro, que la pobre y miserable gente que viene á tocarse por los lamparones ó porcelanas; tenian por más que claro que todos los demas españoles eran del mesmo jaez. Y así, desta bajeza, tomaron ocasion para tener en poco los Españoles y encender, tras deste menosprecio, mortal enemistad.

Cada una de las razones arriba dichas me parece que son ocasion y suficiente motivo para el ódio y ojeriza que entre estas dos naciones vemos, andando particularmente mezclada con él la industria y solicitud del Demonio. Pero, si yo hubiere de decir lo que siento, me parece que no se hallará otra razon desta antipatía, más fuerte, que la natural contrariedad de humores que entrambas naciones tienen. Por donde, siendo tan dificultoso poder forzar la Naturaleza con la Razon, no me maravillo que la Voluntad, á quien pertenece el amar y aborrecer, se acompañe con la Naturaleza y siga su hilo, favoreciendo su contrariedad y repugnancia. Y para más mover la Voluntad á la contrariedad de los humores, debemos creer que despertó el Diablo todos los accidentes sobredichos: de tal suerte, que, juntándose la constelacion, la diversidad de

los humores, el desprecio de ambas naciones, y el Demonio; no se podia esperar otro, que inmortal ódio y la antipatía que hoy vemos, cuyo remedio está reservado á solo Dios poderoso, porque en la Tierra no creo se halle antídoto para tan pestífero veneno.

CAPITULO XVIII.

Cómo la conjuncion y alianza de estas dos coronas viene del Cielo.

ENTRE otras máximas y apuradas verdades que en sus epístolas nos dejó escritas el apóstol San Pablo, para llevarnos al conocimiento de Dios, me parece admirable la que nos enseña cuando dice que *lo invisible de Dios se conoce y manifiesta por lo visible deste Mundo.* Que es decir, que en todas y cada una de las criaturas resplandece el infinito poder y sabiduría divina, y todas ellas son lenguas que nos interpretan la incomprensible omnipotencia de su Autor. Pues será harto material y grosero el entendimiento, que, por la contemplacion de

las cosas criadas, no alcance la perfecion y nobleza de su causa.

Esta mesma intencion tuvo el real profeta David, cuando dice que *los Cielos cuentan la gloria de Dios, y el Firmamento anuncia la obra de sus manos*. En lo cual se ve la imperfecion y miseria de nuestro Entendimiento, sujeto á entender lo más grosero y material deste Mundo, y del todo imposibilitado para llegar al conocimiento de las cosas que pasan los límites de la Naturaleza, pues con ellas tiene (como dice Aristóteles) la proporcion que la Lechuza ó Murciélago con los rayos del Sol, cuando más claro y resplandeciente está. Esta verdad conocia muy bien el Salmista, cuando pedia á Dios con grande vehemencia que le renovase los ojos para considerar las maravillas de su Ley, teniendo por cierto que, con la imperfecion natural, no podia alcanzar la contemplacion de tan altos misterios. Y así, viendo el Supremo Artífice que, entre sus grandezas y el entendimiento humano no se halla proporcion alguna, por ser ellas infinitas, y él material limitado, determinó enseñar al Hombre el conocimiento de su inmenso poder, por los efectos palpables y visibles deste Mundo.

Por esta razon hallarémos que Dios se ha

comunicado en todo tiempo á los hombres con medios materiales y visibles, cuales eran guiar su pueblo de Israel con una nube en el dia y con una columna de fuego en la noche; hacer temblar la montaña de Sinay, cuando les daba la Ley, atemorizarles con una multitud de truenos y relámpagos, enviar fuego del Cielo, allenar todo el Mundo de agua, y otros semejantes, con los cuales se acomodaba á la flaqueza de nuestro entendimiento. Porque, si no tomára Dios por instrumento de su grandeza cosas materiales y fáciles de entender, por ventura, el entendimiento humano atribuyera á otra causa los tales efectos, ó no conociera de qué parte venian. Y así, cierto es que, cuando determinó Dios castigar el Mundo con el Diluvio, podia muy bien aniquilarlo y deshacerlo, sin allenarlo de agua, ni hacer otra accion patente y visible. Pero, la maravilla no pareciera tan grande á los ojos humanos, si todos cayeran muertos sin alguna causa manifiesta, cual fué salir todos los rios de madre y abrirse las cataratas y ventanas de los Cielos. Y aunque podia muy bien Dios arruinar aquellas malditas ciudades de Sodoma y Gomorra, sin causa manifiesta, sólo con hacellas càer simplemente, sin ver otro efecto; con todo eso, quiso que

esta ruina fuese por una causa material, que manifestase el gran poder del que mandaba hacer esta ejecucion, cual fué bajar (como dice el texto) de los Cielos fuego y piedra-azufre: cosa por la cual el más grosero entendimiento podia conocer el poder y justicia divina; que, si Dios tomára un medio insensible, no se conociera la causa, y su gran poder y virtud se ignorára. Así tambien, cuando dió libertad á su pueblo de Israel, sacándolo de Egipto, podia muy bien una noche abrir las puertas de la ciudad y hacelle salir; ó cegar en el dia todos los moradores de Egipto para que no le vieran; ó verdaderamente, buscar otro medio para sacalle de captiverio. Pero, si hiciera esto, no dejára la reputacion y temor que infundieron las maravillas, que, con medios materiales y visibles, hizo convirtiendo las aguas en sangre, allenando la tierra de langostas, piojos y ranas, con otros maravillosos efetos, por los cuales toda aquella gente bárbara y grosera, juntamente con Faraon su rey, confesaron la omnipotencia del Dios de los Judíos, y rogaron á Moisén y á Aaron, su hermano, que se metiesen en oracion por ellos, suplicándole que les quitase aquella plaga, y le servirian. Que, si Dios usára otro medio, que no

fuera tan claro, patente y manifiesto como éste y el que tuvo en el Mar Bermejo para librar su pueblo de Faraon; por ventura, los Gitanos no atribuyeran al poder de Dios la libertad de sus esclavos, ni el pueblo de Israel (que entónces era grosero y de dura cerviz) creyera que sola su Omnipotencia podia hacer aquel efecto.

Este mesmo modo de manifestarse tuvo Dios en la Ley de Gracia, pues todas las maravillas que hizo (como nos enseñan los Sagrados Evangelistas) fueron por medios sensibles y materiales, de los cuales puede el más rudo y grosero entendimiento concluir la grandeza y supremo poder del Criador. Porque, ¿cuál será tan vasto y material, que, viendo dar la vista á un ciego, con sólo metelle un poquito de barro en los ojos, como hizo Cristo; no conozca que aquel barro en sí mismo no tiene tál virtud, y que, forzosamente, el que aplicó aquella medicina, tiene imperio sobre la Naturaleza? ¿Y qué, hacer levantar á un Lázaro, al cabo de cuatro dias muerto, con solo decille: «Levántate Lázaro»; arguye tener poder y autoridad sobre la Muerte? ¿Y qué, hartar cinco mil y tantas personas con cinco panes y dos pescados, echándoles solamente la bendicion

en su presencia y á sus ojos; manifiesta supremo valor y poder? ¿Y qué, curar á unos, dar vista á otros, convertir el agua en vino, y desterrar la Muerte con medios materiales y sensibles; supone una virtud y fuerza sobrenatural? Que, por ventura, si todos estos efectos y maravillas hubiera hecho Cristo absolutamente, quiero decir, sin medios visibles y materiales; no se conociera la infinita virtud que tenía.

Y así, concluimos, con la autoridad de San Pablo, que por las cosas visibles y materiales venimos á alcanzar lo invisible de Dios, cual es su infinidad, inmensidad, bondad y omnipotencia. Y si en toda la Naturaleza hay cosa visible que nos muestre este poder divino, es la milagrosa conjuncion destas dos naciones: y tan prodigiosa, que, verdaderamente, conocerá el más grosero entendimiento ser obra inmediata de la Omnipotencia Divina, la cual sola podia deshacer todo el artificio que el Demonio ha hecho con tanta diligencia y cuidado; pues no podemos presumir que en alguna de las causas segundas haya tal valor, industria y virtud, que pueda en un instante ajuntar dos naturalezas, apartadas casi con distancia infinita, y pasarlas, de un extremo de ódio y enemistad, á otro de union y alianza. Porque, si la

discordia y contrariedad destas dos naciones fuera un acidente nuevo y superficial, sola la consideracion de los buenos entendimientos y astucia de las personas sábias y prudentes, bastára para poner remedio. Pero, siendo, no acidente, sino naturaleza y antipatía, que como otro pecado original va por sucesion, derivándose de padres á hijos, y destos á nietos, y sobre todo esto, fomentada con la malicia del Demonio, debemos infaliblemente creer que es obra del Cielo, y que á solo Dios estaba reservada esta gloriosa conjuncion, para evitar un abismo de males y miserias, que la dicha enemistad nos andaba amenazando. Y así, Dios, á cuya bondad toca disponer las cosas suavemente, habiendo criado y conservado el Mundo por la union y paz de sus criaturas, viendo que sola la discordia destas dos naciones era bastante para perderla y prevaricarse del todo; detuvo con su omnipotencia el ímpetu deste mal, y con su bondad y misericordia proveyó de un remedio tan perfecto y saludable, cual es el desta divina conjuncion, para que quedase el Mundo con ella, no sólo libre de la ruina y calamidades que la enemistad prometia, pero enriquecido con los preciosos frutos que de ella se esperan. Uno de

los cuales, y el más principal, es la exaltacion de su Iglesia militante, cuya proteccion dejó depositada en el celo destas dos nobilísimas Coronas, paraque dellas, como de principio y fuente, anduviese extendiendo y aumentándose, por medio de la paz y union que dellas se espera.

Y como el fin pretendido de Dios en esta alianza y conjuncion, no es otro, que éste, se ve claramente que el Demonio, con todos sus secuaces, no ha podido impedir la ejecucion dél, con todas sus telas, invenciones, falsos pretextos y temores, que infundió en la gente popular y áun en los más nobles desta nacion, animándoles con el fuego de la enemistad y ódio, para oponerse, con las fuerzas que todos saben, á la determinacion de Dios, reposo de la república y bien de todo el Mundo. Y aunque el Diablo andaba suelto y ufano, teniendo por cierta su victoria, con sus fuerzas y las pocas que un Rey niño prometian; con todo eso, siendo su diligencia y cuidado contra la voluntad divina y paz universal, no me maravillo que Dios enviase una mujer que le rompiese la cabeza, cuando él estuviese más desvelado en acechar su calcañar, y quedasen las llagas del pueblo sanas, con la prudencia de tan buen médico.

Y cuando no hubiera otra razon para probar que esta conjuncion y alianza venía del Cielo, sí sólo ver que, contra todas las diligencias humanas y dificultades propuestas, se ha efectuado gloriosamente; me parece suficientísima y concluyente razon, á más de otras más fuertes, que por ahora quiero dejar á la contemplacion del discreto y á la pluma de otros que, por ventura, escribirán sobre esta materia: y concluyo, diciendo que, habiéndose hecho esta conjuncion en tiempo que la enemistad y antipatía estaba tan arraigada en estas dos naciones, arguye un poder y fuerza divina; pues el ódio, la ojeriza, la diversidad del clima y humores, la variedad de costumbres, la desconfianza y la solicitud del Demonio no han sido poderosos para impedirla.

CAPITULO XIX.

De la maravillosa invencion que tuvo Dios para unir estas dos naciones.

No será muy dificultoso persuadir al buen entendimiento, que està tan importante y gloriosa alianza venga del Cielo y sea ordènada acá en la Tierra para el bien universal de toda la generacion humana; pues los efectos, circunstancias y modos de efectuarse han sido tales y tan misteriosos, que son indicios y áun argumentos infalibles desta verdad. Y lo que más admira y del todo pasma los entendimientos humanos, es la maravillosa y divina invencion que usó Dios para ajuntar y unir estas dos tan apartadas naciones. Traza tan ingeniosa y soberana, cual se podia esperar de aquel inacesible y augusto consistorio de la Santísima Trinidad, pues en ella ha descubierto Dios tres efectos de su inmensa deidad, cuales son, el de su omnipotencia, ajuntando una distancia infinita; el de su misericordia, remediando un abismo de males que amenazaban al Mun-

do; y el de sabiduría, ordenando una conjuncion y matrimonio indisoluble. Sobre lo cual se debe considerar que, no sólo se contentó Dios con buscar un medio y traza que remediára el mal presente; pero, como buen médico, dejó el antídoto y medecina para preservar estas dos naciones de toda suerte de enfermedades y peligros que les pudiesen suceder.

Esta salutífera medicina que Dios invió al Mundo, es el Matrimonio: medio más eficaz y seguro que podia hallarse en toda la Naturaleza, pues por medio dél se enlazan las voluntades tan íntima y estrechamente, que, siendo dos los que se ajuntan, vienen á ser una misma carne, y tan unida y conforme, que hace olvidar el padre, madre y hermanos, dejar la patria, el propio interese y á sí mismo, porque mil veces los casados se privan de la propia libertad y regalo, por unirse con el gusto y deseo de sus consortes. Y así, teniendo tales efectos el Matrimonio, podemos decir que, habiendo Dios ajuntado estas dos naciones con él, ordenó un estremo y exquisito remedio á una estrema y exquisita enfermedad, quedándoles con él por sucesion una eterna y perfecta union, sin temor de perderla jamas, por la

estabilidad que las cosas que vienen del Cielo prometen. De donde, me atrevo á decir que no podia hallarse otra invencion más á propósito, ni más segura que ésta. Porque, si bien se considera, no hay cosa en el Mundo que apague tanto y mortifique el fuego de la enemistad y discordia, que el yugo conyugal; pues, contraido una vez entre dos personas enemigas, cuando les viene á la memoria las ofensas y agravios pasados, se hielan del todo, no teniendo ánimo ni corazon para perseguir ni ofender, áun con el pensamiento, los que son ó dependen de su mesma sangre.

Desta traza y remedio se valieron, segun cuentan las historias, los Romanos, en tiempo que se vieron más acosados y perseguidos de los Sabinos. Entre los cuales hubo tanta enemistad, ódio y persecucion, que los unos y los otros se perdian y arruinaban, quemando los unos las mieses, los otros descepando las viñas y, finalmente, matándose donde quiera que se topaban: de lo cual resultaba que los otros pueblos indevotos suyos augmentaban sus fuerzas y se engrandecian con la enemistad y guerras de entrambos. Y así, viendo claramente los daños y ruina que, de perseguirse los unos á los otros tenian, y el triunfo y glo-

ria de las otras naciones, que de su discordia esperaban su felicidad y grandeza, acordaron tomar por remedio esta mesma traza que Dios ha usado entre estas dos naciones. Y fué, que determinaron los Romanos dar sus hijas á los hijos de los Sabinos, y los Sabinos hallaron por buen remedio dar sus hijos á las hijas de los Romanos, para que con esta mezcla quedase el mal remediado y ambas naciones pacíficas y concordes: pues es llano que, aunque los Romanos se acordasen de los agravios y ofensas que habian recebido de los Sabinos, y con la memoria dellos se despertase algun apetito y deseo de venganza; con todo eso, viendo que, si ejecutasen su saña y furor, habian de ejecutarla en su mesma sangre, pues tenian sus propias hijas entre los Sabinos, se habian de detener y arrepentir de intentar cosa que les ofendiese. La cual consideracion servia tambien de freno á los Sabinos, viendo claramente que no podian extender el cuchillo contra los Romanos, sin degollar su mesma sangre. Y así, por medio del matrimonio y alianza deshicieron toda la enemistad pasada, quedando íntimos y cordiales amigos. Estos y otros infinitos bienes debemos seguramente esperar del medio y alianza que Dios ha ordenado en-

tre estas dos naciones. Pues, quedando enlazadas y unidas con un lazo tan fuerte y eficaz, cual es el del Matrimonio, debemos tener por cierto que, teniendo España su hija casada con el hijo de Francia, han de olvidarse del todo todas las enemistades, rencores y enojos que hasta aquí han turbado la paz y reposo de entrambas naciones, con grande menoscabo y diminucion de la fama que pudieran alcanzar, si estuvieran de acuerdo, y unirse con tan indisoluble y firme amistad, que ya no se vea rastro ni sombra de lo pasado. Y las voluntades han de quedar tan bien ordenadas y dispuestas, que ninguna dellas tenga ánimo ni resolucion para intentar guerra, persecucion, falsa fe, ó alguna otra especie de engaño contra la otra, teniendo cada una de ellas las manos atadas, para hacer mal, con la obligacion que debe á su propia sangre. Cuanto más, que ningun buen entendimiento se puede persuadir que con esta alianza no muera y se acabe del todo la antipatía y enemistad pasada, porque, á toda razon y ley, el respeto del Matrimonio ha de tener más fuerza y eficacia en sujetos tan nobles, generosos, prudentes, cristianos y tan temerosos de Dios, cuales son estas dos naciones, que no entre gente

bárbara, gentil é idólatra, cuales eran los Sabinos y Romanos. Por donde seguramente pueden los devotos destas dos naciones prometerse y esperar una paz y concordia tan perfecta y cabal, que no se ha visto en el Mundo otra semejante, con todos los frutos y prosperidad que della se puede y debe legítimamente esperar, como de obra venida directamente del Cielo. En esta dichosa alianza contemplo yo el singular y extraordinario amor que Dios ha mostrado á estas dos naciones, dándoles el medio y traza de paz y union, que él mesmo tomó cuando más enemistado estaba con el Mundo.

No solamente los teólogos, pero todos los buenos entendimientos saben la contínua guerra y enemistad que habia, ántes de la Encarnacion del Verbo divino, entre los Hombres y Dios, pues ellos no tenian otro empleo, sino ofenderle con todos cuantos pecados y abominaciones podian, sin que el temor, la vergüenza, ni otra fuerte consideracion pudiese detener sus desenfrenados apetitos. Y esta abominacion y desventura era tan grande, que no pudieron hallarse cinco justos, ni áun uno, en Sodoma, para detener el castigo del Cielo; ántes bien, toda la Naturaleza estaba tan de-

pravada y perdida, que, viendo Dios las abominaciones y pecados della, dijo (segun el Génesis): «Yo me arrepiento de haber hecho al Hombre.» No ya que él se arrepintiese, porque, siendo sumamente perfeto, es incapaz de dolor, arrepentimiento, mudanza ó imperfecion, sino fué una ponderacion, como si dijera: «Veo esta naturaleza humana tan pervertida, desobediente, é ingrata, que, si yo fuera capaz de arrepentirme de haberla criado, lo hiciera.» De suerte, que entónces los Hombres andaban á porfía con Dios, menospreciando sus mandamientos y ofendiéndole á rienda suelta; y Dios, de la otra parte, era extremadamente severo y riguroso, no dejando pasar alguna falta sin castigo. De lo cual serán fieles testigos los títulos y nombres que la Sagrada Escritura le daba entónces, llamándole Dios de los Ejércitos, Dios de las Venganzas, Dios fuerte, riguroso y severo. Los cuales títulos iban acompañados con el furor de su poder, como se ve en el Diluvio universal que envió para castigar al Mundo; en el fuego que envió del Cielo para castigar á Sodoma; en el número de los judíos que mandó degollar á Moisén, cuando adoraron el Becerro; en cuatrocientos años que tuvo cautivo á

su pueblo en Egipto; en el número de gitanos que hizo anegar en el Mar Bermejo, y en otros cuatrocientos mil ejemplos que nos enseña la Escritura Sagrada. De suerte, que Dios no hacia otro, que castigar, y los Hombres siempre ofenderle. Pero, viendo Dios que habia criado esta Naturaleza humana para salvarla y no para perderla, y que su divina bondad era más inclinada á caridad, misericordia y amor, que á justicia y crueldad, tuvo compasion y piedad della, y determinó hacer la paz y amistad, por el medio del más glorioso y admirable matrimonio que el entendimiento puede concebir, cual fué casar su hijo, el Verbo Divino, con nuestra hija, la Naturaleza humana, y unirse con ella tan intrínseca y perfetamente, que jamas la dejó ni dejará por toda la Eternidad, como dice el grande Anselmo: con la cual alianza é hipostática union, quedó nuestra naturaleza tan ensalzada, noble y favorecida, que pasó el grado espiritual de los ángeles: de cuya grandeza tomó (como ya dijimos) el primer Ángel ocasion para rebelarse contra su Criador.

Por esta divina y soberana alianza quedó convertida toda la justicia y furor divino, en blandura, misericordia y piedad, encontrándo-

se (como dice el real profeta David) la misericordia y la verdad, y dándose dulces besos la paz y justicia. Della quedó obligacion á los Hombres para no ofender jamas á Dios, ántes bien, servirle siempre, tomando por motivo desto la clemencia y misericordia tan extraordinaria que tuvo del Hombre, casándose con la Naturaleza humana, nuestra hija. Porque la ofensa, á más de ser ingrata y desleal, es contra nuestra propia sangre y naturaleza, á quien, por razon de la union y comunicacion, convienen todos los atributos que á Dios podemos aplicar. Y della mesma quedó motivo á Dios, para tratar con misericordia y blandura los pecadores, deteniendo el castigo y rigor, por amor del matrimonio que su Hijo contrayó con nuestra naturaleza: teniendo por más que cierto, que este grande abogado que tenemos en el Cielo para con el Padre, que es Cristo, nos alcanza el perdon de todos nuestros pecados, y en consideracion de sus merecimientos, nos comunica su Padre Eterno las misericordias y favores que cada dia experimentamos.

De aquí es, que el sancto rey David, cuando imploraba el favor divino, siempre decia: *Dios, nuestro protector, miradnos, pero mirad en*

la cara de vuestro Ungido. Como, si claramente dijera: «Dios de mi alma, mi amparo, mi protector y todo mi refugio, miradme con los ojos de vuestra divina misericordia; pero no me mireis á mí inmediatamente, porque no veréis sino pecados, iniquidad, desobediencia y maldades, las cuales os provocarán á ira y furor; mas poned los ojos en vuestro Hijo, porque, viéndole casado con mi naturaleza, sin dificultad os moveréis á piedad y misericordia.» Finalmente, con esta maravillosa alianza, remedió Dios la enemistad entre él y los Hombres, y les dejó ſortalecidos con eterna paz y amistad. Todo lo cual se puede presumir de la celestial conjuncion que Dios ha ordenado entre estas dos naciones, las cuales, como amadas y escogidas suyas, ha querido amparar con su infinita misericordia, teniendo por cierto y seguro que, habiendo sido traza é invencion divina la que les ha juntado y unido, vivirán en paz perpétua y contínuo acuerdo, triunfando de todos sus enemigos, y dejando á la posteridad memorables hazañas de generosidad y nobleza.

CAPITULO XX.

Cómo, en toda la descendencia de Adan, no se podia hallar quien mereciese ser esposa de nuestro gran LUIS, *sí sólo la Cristianísima Reyna de Francia.*

AQUÍ fuera necesario que la Divina Omnipotencia cometiera esta empresa á un espíritu angélico, ó, ya que la dejó entre mis manos, me caldeára la lengua, como á otro Hieremías para poder hablar. Porque, si me abismo en el profundo de virtud, bondad, mansedumbre, nobleza y merecimientos deste inmenso océano, me pierdo, no pudiendo hallar el fondo de tanta grandeza. Y por otra parte, si á la inacesible magnanimidad, hermosura, nobleza y celsitud deste empíreo cielo me remonto, doy conmigo en tierra, avergonzado como otro Ícaro, con las alas de mi entendimiento derretidas en la admiracion y espanto. Y si amedrentado con estos imposibles, me retiro al silencio, mis dos Luminares quedarán obscuros, imperfectos y del todo eclipsados, pues la

hermosura dellos depende del resplandor y rayos desta luz soberana. Finalmente, tomando, entre tantos inconvenientes, por último remedio, la eleccion del menor, me resuelvo á decir, no lo que el objeto merece, mas lo que mi poca elegancia permite, ayudándome siempre del consejo y doctrina de Aristóteles, el cual, ignorando la perfecion esencial de las cosas (porque ¿quién será tan dichoso que pueda sabellas?), la va rastreando por sus propriedades y causas, infiriendo dellas la virtud del efecto.

Si por la causa eficiente comienzo la perfecion desta soberana Princesa, toda mi diligencia se acaba, con decir que es hija del gran Filipo, en quien sumó Dios las virtudes y excelencias, que en toda la Naturaleza humana podia distribuir: pues un rey tan justo, piadoso, humano, liberal y generoso, con grande dificultad se hallará en el Mundo.

La causa material deste milagroso efecto, quiero decir, aquella Fénix del Mundo, de cuya virtud inmensa enamorado y celoso el Cielo, nos la arrebató al perpétuo reposo y bienaventuranza, dejando con su ausencia eclipsada la España y anublado el suelo, nos enseñará la Fama, en quien, juntamente con la

admiracion, están depositadas sus infinitas grandezas.

Ni será menor la noticia que nos dará el fin á que este singular efecto se ordena, viendo manifiestamente que Dios le envió en este Mundo, para el reposo y conservacion dél. Para el augmento y estabilidad de su Iglesia militante. Para el destierro de la Infidelidad. Para el consuelo y defensa del Cristianismo. Y para ofrecer á Dios infinito número de almas, que, sin duda, convertirá con su extremada diligencia y celo.

De la causa formal, que es las inumerables prerogativas y excelencias desta gran Reina, no trato, por ser (como dije) del todo imposible á mi entendimiento y áun al humano, dar alcance á lo infinito. Pero, si el ingenio, bachiller y demasiadamente curioso, intentáre temerariamente esta especulacion, más satisfacion tendrá de su perfecion, conociendo todo lo que no es, que buscando alguna y la mínima parte de lo que es. Y si en esto se resolviere, verá que esta noble Princesa no es luz, ni cielo, ni sol, ni singular, ni admirable, ni perfecta, ni maravilla del Mundo, ni archivo de la Hermosura, ni manantial de gracias, ni jardin de virtudes, ni tesoro de honestidad, ni

fuente de nobleza, ni mar de discrecion, ni abismo de bondad; sino más que todo esto. Lo cual se acaba, con decir que es la legítima esposa de nuestro gran Luis, con que se echa el sello á todas cuantas grandezas y prerogativas puede concebir un entendimiento angélico. Que ésta sea la mayor excelencia y nobleza desta milagrosa Reina, ningun buen entendimiento lo negará; pero tambien confesará todo el mundo que sus virtudes, hermosura, valor y raras perfecciones, merecian, en rigor de justicia, la conjuncion deste resplandeciente sol. De tal suerte, que ni el Cielo podia hacer mejor conjuncion, más propia y en todo perfecta en la Tierra, ni la Tierra hacer presente más agradable al Cielo.

No piense el malicioso que defiendo esta proposicion con las armas de la pasion, dádivas, favores, cohecho ó celo de la patria; porque, con mi estado y ordinaria condicion, se desengañará fácilmente. Sola la verdad pura es la que en esta empresa me fortalece: y ésta, autorizada con las palabras del mesmo Dios, las cuales, si con atencion consideráre el discreto, claramente verá que, en toda la estirpe de Adan, no se podia hallar otro sujeto, que con mas justicia mereciese ser luminar deste

cielo, luna deste sol, y esposa de tan gran rey. Porque, si la perfecion de la mujer consiste en ser ayuda del marido y semejante á él (como dijo Dios cuando formó á Eva de la costilla de Adan); en toda la Naturaleza humana se hallará quien más propia, esencial y perfectamente tenga esta condicion y propiedad, que esta excelsa Reina: tanto, que no puedo persuadirme, sino que la Naturaleza, de los dos, quiso hacer un solo individuo.

Cuanto á la primera condicion, cual es ser ayuda, nadie habrá en el Mundo que, contemplando su rara discrecion y extremada prudencia, no confiese que su valor y capacidad puede, no solamente ayudar al Rey, aliviándole la pesada carga del gobierno y disposicion de su reino (si él tuviera necesidad desta ayuda), pero el de todo el Mundo, si á su imperio estuviere sujeto.

En lo segundo, que es la semejanza é igualdad, hallará el discreto tal y tan recíproca correspondencia, que con grande dificultad podrá discerner el uno del otro, si el sexo no le desengaña.

Porque, primeramente, en los bienes de fortuna, ninguna desigualdad se halla, pues las tres partes del Mundo pueden bien correspon-

der á esta sola, que tanto como las otras vale. Por la nobleza del linaje, nadie estimará inferior la Casa de Austria á la augusta sangre de Borbon: así como, en los títulos, dignidad, ni trofeos, hallará alguna desigualdad, pues un Católico recibe el que un Cristianísimo da. Si la personal semejanza destos dos luminares contemplo, quedo pasmado y atónito, viendo la más prodigiosa igualdad que hubo en los siglos pasados, ni en los futuros se espera. Porque, trece letras contiene el nombre del Rey; trece años cumplia, cuando se concluyó el matrimonio, y trece reyes deste nombre ha tenido la Corona de Francia. De la propia suerte, el nombre de la Cristianísima Reina está compuesto de trece letras; trece años hacia, cuando se efectuó el desposorio, y trece infantas se hallan desde nombre en la Casa de Austria. Si á la igualdad y semejanza del cuerpo me divierto, ¿quién habrá que, considerando la disposicion y estatura de entrambos, no confiese que la Naturaleza hurtó el compás á la Matemática, ó tomó modelo del uno para hacer el otro? La igualdad de las virtudes y excelencias de Alma no refiero, por ser (como ya dije) del todo incapaz mi entendimiento para contemplallas, y mi lengua muy basta, tor-

pe y grosera para decillas. Remítolas á otro ingenio más especulativo y elegante que el mio, y á los milagrosos efectos que, de la singular prudencia y extremada discrecion de entrambos, nos promete la experiencia. Y por ahora, concluyo este capítulo y mi libro, con decir que, pues en esta augusta y soberana Princesa se hallan perfectísimamente todas las propiedades, condiciones y requisitos que debe y puede tener una perfecta esposa, nadie dudará que sola ella sea el Luminar deste Cielo, la Luna deste Sol. El Elemento desta Region. La Salamandra deste Fuego. La Tierra desta Flor de Lis. La Sirena deste Mar. El Norte deste Hemisferio. La Fénix deste Mundo. La Eva deste Adan. Y la verdadera, legítima y perfecta Esposa de nuestro gran LUIS.

FIN.





LISTA DE LOS SUSCRITORES

S. M. el Rey D. Alfonso XII.
Excmo. Sr. D. Juan Valera.
Juan Eugenio Hartzenbusch.
Marqués de la Fuensanta del Valle.
Sr. D. Pascual de Gayángos.
Ilmo. Sr. D. Cayetano Rosell.
Excmo. Sr. D. Gregorio Cruzada Villaamil.
Sr. D. Eduardo de Mariátegui.
José María Escudero de la Peña.
José María Octavio de Toledo.
Mariano Zabálburu.
Excmo. Sr. D. José Luis Alvareda.
Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri.
Toribio del Campillo.
Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.
Antonio Cánovas del Castillo.

Lista

Sr. D. Ricardo Heredia.
Excmo. Sr. Marqués de Casa Loring.
Sr. D. Luis de Eguílaz.
Excmo. Sr. D. Emilio Bernar.
Adelardo Lopez de Ayala.
Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo.
Sr. D. Francisco Barca.
Excmo. Sr. D. José de Echegaray.
Eduardo Saavedra.
Patricio de la Escosura.
Sr. D. Francisco de Paula Canalejas.
Excmo. Sr. Marqués de Molins.
Ilmo. Sr. D. José Moreno Nieto.
Sr. D. Luis Vidart.
Pedro de Madrazo.
Jacobo de la Pezuela.
Ángel Lasso de la Vega y Argüelles.
José Sancho Rayon.
Alonso Messía de la Cerda.
Pedro Nolasco Oseñalde.
Andres Domec.
Vicente Vignau.
Gumersindo Laverde y Ruiz.
Juan Uña y Gomez.
Isidoro de Urzaiz y Garro.
Manuel Ibo Alfaro.
Juan Lasso de la Vega y Argüelles.
Sr. Conde de Roche.

de los suscritores

Sr. *Conde de Agramonte.*
Sr. D. *Félix María de Urcullu y Zulueta.*
Excmo. Sr. D. *José Fernandez y Gimenez.*
Sr. D. *Bonifacio Montejo.*
José Antonio de Balenchana.
F. M. Tubino.
Juan de D. de la Rada y Delgado.
Excmo. Sr. D. *Agustin Pascual.*
Excmo. Sr. D. *Ramon de Campoamor.*
Marqués de Isasi.
Sr. D. *Manuel Cerdá.*
Cárlos Haes.
Excmo. Sr. D. *Alejandro Llorente.*
Leopoldo Augusto de Cueto.
Ilmo. Sr. D. *Manuel Cañete.*
Sr. D. *Alfredo A. Camús.*
Ilmo. Sr. D. *Antonio M. Fabié.*
Sr. D. *Florencio Janer.*
J. M. Sbarbi.
Excmo. Sr. *Marqués de la Mesa de Asta.*
Biblioteca Real.
Biblioteca Nacional.
Academia Española.
Academia de la Historia.
Academia de San Fernando.
Universidad Central.
Biblioteca del Senado.
Congreso de los Diputados.

c

Lista

Ministerio de Fomento.
Ministerio de Gracia y Justicia.
Ministerio de Ultramar.
Biblioteca del Ministerio de Marina.
Museo Arqueológico Nacional.
Ateneo científico y literario.
Biblioteca Colombina (Sevilla).
Museo Británico (Lóndres).
Biblioteca Nacional (París).
Biblioteca Imperial (Viena).
Biblioteca Imperial (Berlin).
Biblioteca Imperial (San Petersburgo).
Biblioteca Real (Roma).
Sr. D. Emilio Huelin.
Nicolás Gato de Lema.
Antonio Villalonga.
Eusebio Pascual.
Ilmo. Sr. D. Dámaso de Acha.
Sr. D. J. N. de Acha.
Juan Facundo Riaño.
Fermin Lasala.
Vicente Barrantes.
Eduardo Gasset y Matheu.
Fernando Fernandez de Velasco.
Enrique Suender y Rodriguez.
José de Fontagud y Gargollo.
José Coll y Vehí,
Manuel del Palacio.

de los suscritores

Sr. D. Eduardo Bustillo.
Excmo. Sr. Conde de Villalobos.
Sr. D. José Anlló.
Joaquin Arjona.
Joaquin Azpiazu y Cuenca.
Excmo. Sr. Marqués de Alcañices.
Sr. D. Dámaso Bueno.
Juan José Bueno.
Rafael R. de Carrera.
José Carranza y Valle.
Félix Diaz.
Alejandro Dunffield.
Luis Estrada.
Cárlos Frontaura.
Cristóbal Ferriz.
Bernardino Fernandez de Velasco.
Sres. Hijos de Fe.
Sr. D. Manuel Goicoechea.
Rafael García Santistéban.
Excmo. Sr. Marqués de Guadalest.
Sr. D. Pedro Ibañez Pacheco.
Santiago Perez Junquera.
Excmo. Sr. D. Manuel Lasala.
Sr. D. Juan Llordachs.
Excmo. Sr. Marqués de Muros.
Sr. D. Guillermo Martinez.
Francisco de Moya.
Manuel Morillas.

Lista

Sr. D. *Manuel Merelo.*
Blas Osés.
Luis Olleros.
Escolástico de la Parra.
Agustin Felipe Peró.
Excmo. Sr. *Vizconde del Ponton.*
Sr. D. *Antonio Pineda y Ceballos Escalera.*
Lino Peñuelas.
Eduardo Perez de la Fanosa.
Juan Manuel Ranero.
Juan Rodriguez.
Vicente Romero Giron.
Cárlos Ramirez Arellano.
Enrique Rouget de Loscos.
Excmo. Sr. D. *Bonifacio Cortés Llanos.*
Sr. D. *Manuel R. Zarco del Valle.*
Excmo. Sr. *Conde de las Almenas.*
Sr. D. *Emilio Santos.*
Eduardo Sanchez Rubio.
Francisco Sanchez Molero.
José Sol Torrenz.
José María Santucho.
Braulio Saenz Yañez.
Gonzalo Segovia y Ardizone.
Fidel Sagarmínaga.
Sociedad Bilbaína.
Jacinto Sarrasí.
Juan de Tró y Ortolano.

de los suscritores

Excmo. Sr. Marqués de Vallejo.
Sr. D. Joaquin Valera.
Sr. D. Mariano Vazquez.
Excmo. Sr. Conde de Valencia.
Sr. D. Cayetano Vidal.
Excmo. Sr. Marqués de Yarayabo.
D. José Elduayen.
Sr. D. Eusebio Blasco.
Santos María Robledo.
Mariano Catalina.
Ilmo. Sr. D. Sabino Herrero.
Sr. D. Joaquin María Sanromá.
José Arce y Luque.
Emilio Ruiz de Salazar.
Salvador Monserrat.
Sres. Maisonneuve y Compañía.
Sr. D. Domingo Perez Gallego.
Sres. Rosa y Bouret.
Sr. D. Francisco Brachet.
MM. Dulau y Compañía.
M. B. Quaritch.
Sr. D. Leocadio Lopez.
José de Carvajal-Hue.
Luis G. Búrgos.
Joaquin García Icazbalceta.
Salvador de Albacete.
Manuel Arenas.
Excmo. Sr. Marqués de Aranda.

g

Lista

Sr. D. Pascual Aguilar.
Excmo. Sr. Conde de Adanero.
Sr. D. Saturnino Álvarez Bugallal.
Excmo. Sr. D. Antonio de Benavides.
Sta. D.ª Elisa Boldun.
Sr. D. Juan Pedro Basterreche.
Julio Baulenas y Oliver.
Excmo. Sr. Conde de San Bernardo.
Sr. D. Francisco Javier Cañedo.
Álvaro Campaner.
Emilio Castelar.
Sra. Viuda é hijos de Cuesta.
Sr. D. Manuel Gatalina.
Sres. Charlain y Fernandez.
Sr. D. Juan Francisco Camacho.
Excmo. Sr. Marqués de las Dos Hermanas.
Sr, Hijo mayor de la viuda de Delmas.
Sr. D. Juan José Diaz y Martinez.
José Enrique Dart.
José Jorge Daroqui.
Nilo M. Fabra.
Excmo. Sr. Duque de Frias.
Sr. D. Pablo Gil.
Donato Guio.
Julian García San Miguel.
Francisco García Franco.
Sr. Goitia.
Sr. D. Fermin Hernandez Iglesias.

de los suscritores

Sr. D. Teodomiro Ibañez.
Manuel Jontaya.
Inocencio Junquera y Sanchez.
German Knust.
Eduardo Lustonó.
Sr. Lopez Guijarro.
Excma. Sra. Condesa del Montijo.
Sr. Martinez de Espinosa.
Sr. D. Francisco Javier Mendoza.
Excmo. Sr. D. Tomás O'Ryan.
Sr. D. Manuel Prieto y Prieto.
Antonio Pirala.
Dióscoro Puebla.
Sr. Perez Seoane.
Sr D. Manuel Pereda.
Bernardo Rein.
Miguel Vicente Roca.
Santiago Rodriguez Alonso.
Joaquin Rubio.
Federico Real y Prado.
Manuel Ramos Calleja.
Manuel María Ramon.
Antonio de Santiyan.
Márcos Sanchez.
Paulino Ventura Sabatell.
Manuel María de Santa Ana.
Sebastian Soto.
Rafael Tarascó.

Lista

Sr. D. Federico de Uhagon.
Excmo. Sr. Conde de Villanueva de Perales.
Sr. D. Ciriaco Tejedor.
José de Palacio y Vitery.
Tomás Ximenez Embun.
Ateneo Barcelonés.
Excmo. Sr. Duque de Abrantes.
Sr. D. Isidoro Autran.
M. A. A. Adée.
Biblioteca Provincial de Palma de Mallorca.
Excmo. Sr. Marqués de Viluma.
Conde de Santiago.
Sr. D. Abelardo de Cárlos.
Pedro Carrere y L'Embeye.
José María Fé.
Rafael Calvo.
Excmo. Sr. D. José Gil Dorregaray.
Excmo. Sr. Conde de Donadio.
Sres. Ferreira, Lisboa y Compañía.
Sr. D. Andrés Freuller.
Manuel García Rodrigo.
José Jimenez Mena.
Sres. Gaspar y Homdedeu.
Sra. Vinda de Heredia.
Instituto de 2.ª enseñanza (Jaen).
Sr. D. Mateo Tuñon y Lara.
Mr. Knapp.
Sr. D. Ramon Mata.

Sr. D. Emilio de Montluc.
Francisco Muñoz.
Juan Mariana y Sanz.
Manuel Mariana.
Excma. Sra. Duquesa de Malakoff.
Excmo. Sr. D. Eugenio Moreno Lopez.
Vizconde de Manzanera.
Sr. D. Francisco Navarro y Aznar.
Gaspar Nuñez de Arce.
Eugenio Nava y Caveda.
Federico Savva.
Francisco Silvela.
Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.
Sr. D. Miguel Fernandez Cuesta.
Sr. Marqués de Florez Dávila.
Sr. D. Pablo Gil.
Guillermo Martinez.
Leon Medina.
Manuel Marañon.
Mariano Murillo.
Antonio Marzo y Fernandez.
Lorenzo Marin.
Emilio del Perojo.
Victoriano Suarez.
Rafael Serrano Alcázar.
Camilo de Villavaso.
Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega.
Sr. D. Francisco Aguilar.

Lista de los suscritores

Sr. D. Cárlos Bailly-Baillière.
Excmo. Sr. Marqués de Barzanallana.
Sr. Conde de Valencia.
Sr. D. Eduardo Corredor.
Excmo. Sr. Marqués de Guadalcazar.
Ilmo. Sr. D. Joaquin Maldonado Macanaz.
Sr. D. Augusto Pecoul.
Excmo. Sr. D. Eduardo Fernandez de San Roman.
Excmo. Sr. Conde de Toreno.



LIBROS DE ANTAÑO.

OBRAS PUBLICADAS.

(TIRADA DE 400 EJEMPLARES.)

Entremeses de Luis Quiñones de Benavente.—Edicion dirigida y anotada por *D. Cayetano Rosell*, 2 volúmenes.. . . . . (agotados.)

El Cortesano, del Conde Baltasar Castellon, traducido por *Boscan.*—Edicion dirigida y anotada por *D. Antonio María Fabié*, 1 vol. (agotado.)

Cronica del Rey Henrico Octavo de Ingalaterra.—Edicion dirigida y anotada por el *Excmo. señor Marqués de Molins*, 1 vol. . . . (agotado.)

Alfonso de Palencia. Batalla campal de los Perros y Lobos.—Tratado de la Perfeccion del Triunfo militar.—Con un Estudio biográfico y un glosario por *D. Antonio María Fabié*. . . . 1 vol.

Comentarios de las cosas sucedidas en los Paises Baxos de Flándes, desde el año de 1594 *hasta el de* 1598, compuesto por *D. Diego de Villalobos y Benavi-*

des, Capitan de Caballos lanzas españolas.— Con una Introduccion, notas é ilustraciones por *D. Alejandro Llorente*. . . . . . . 1 vol.

La Desordenada codicia de los bienes ajenos (*antigüedad y nobleza de los Ladrones*).—*Oposicion y conjuncion de los dos grandes luminares de la tierra* (*antipatía de los franceses y españoles*), por el *Dr. Cárlos García*. . . . . 1 vol.



